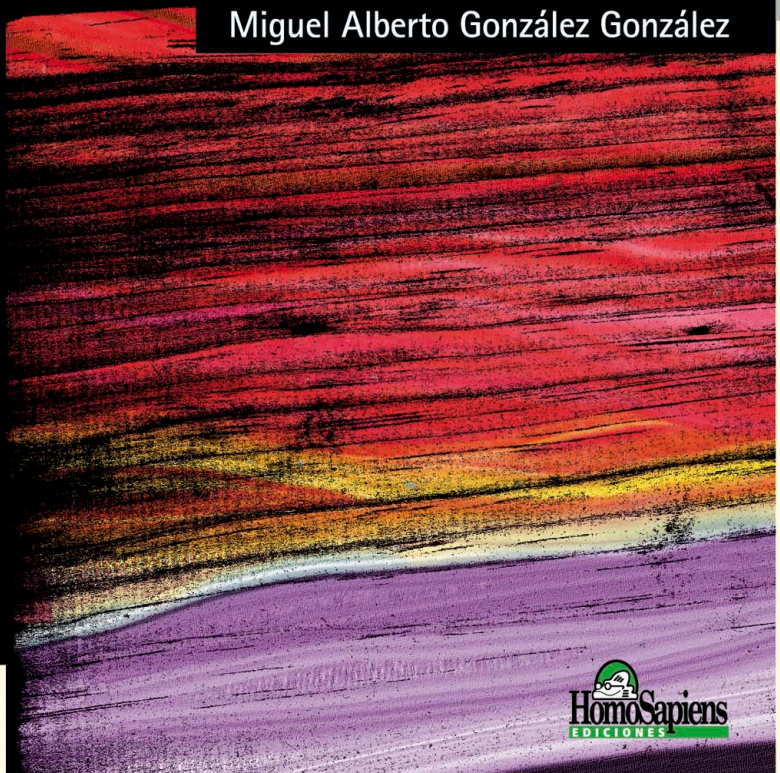
Educación

Miedos y olvidos pedagógicos

Miguel Alberto González González



HomoSapiens EDICIONES

Miedos y olvidos pedagógicos. Miguel Alberto González González

Miguel Alberto González González

Docente e investigador de la Universidad Católica de Pereira, Colombia. PhD en Ciencias de la educación en la Universidad Tecnológica de Pereira y PhD en conocimiento y cultura en América Latina, Ipecal, México. Posee libros y artículos en revistas nacionales e internacionales. Ha participado con ponencias en eventos académicos de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, España, Francia, India, Turquía, Italia y México.

E-mail:
miguel.gonzalez@ucp.edu.co
mgcaronte@me.com

Miedos y olvidos pedagógicos

Miguel Alberto González González

Universidad Católica de Pereira

HomoSapiens Ediciones

González González, Miguel Alberto
Miedos y olvidos pedagógicos. - 1a ed. - Rosario: Homo Sapiens Ediciones; Editorial Universidad Católica de Pereira, Colombia, 2014.
112 p.; 22x15 cm. - (Colección Educación)

ISBN 978-950-808-857-4

1. Educación. 2. Pedagogía. I. Título
CDD 370.15

Esta publicación se realiza con la
Editorial Universidad Católica de Pereira - www.ucp.edu.co
Avenida de las Américas Carrera 21 Nº 49-95
Pereira - Risaralda - Colombia.

© 2014 · **Homo Sapiens Ediciones**
Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario | Santa Fe | Argentina
Telefax: 54 341 4406892 | 4253852
E-mail: editorial@homosapiens.com.ar
Página web: www.homosapiens.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial

ISBN 978-950-808-857-4

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2014
en **Gráfica Amalevi SRL |** Mendoza 1851/53
2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

Dedicatoria

A Raúl González Navarro, a ese maestro que supo
seducir en la simpleza de su sabiduría.

A mis abuelos maternos y paternos. A mis cercanos y lejanos,
a los conocidos y sin conocer, nada sería posible sin ellos.

Agradecimiento

A esa comunidad académica que aún le seduce
resistir en la esperanza, que sueña despierta porque tiene
sensibilidades diferentes a los soñadores nocturnos,
a esa comunidad que le apuesta al sujeto comunal.

A las heterodoxias humanas, porque el pensamiento
nace muchas veces y de muchas maneras.

Índice

Prefacio 11

Proemio 15

Momento I. Entre la fantasía y la ansiedad.
Metáforas y paradojas de los miedos en los docentes 17

• Los profesores viven y enseñan los miedos 19
• Introito. *Timore* 19
• Primera instantánea: Sentido de los testimonios de vida 21
• Segunda instantánea: Miedos históricos de los docentes 24
• Tercera instantánea: Condición de actualidad
de los miedos 34
• Cuarta instantánea: Metáforas y paradojas del miedo 57
• Quinta instantánea: Punto de cierre. Futuro del miedo.
Fantasía y ansiedad 60

Momento II. Lenguajear el poder.
Los olvidos de los docentes. ¿La memoria escindida? 65

• De olvido en olvido pedagógico. ¿Y si no olvidáramos? 67
1. Una historia conocida 68
2. Abordando olvidos 71
3. Olvido, no como muerte 73
4. Recordando los olvidos. Olvidos que deconstruyen
el ejercicio docente 74
5. Olvidamos enseñar las felicidades 78

6. Olvidamos enseñar las audacias para confrontar los miedos 80
7. Olvidamos enseñar las esperanzas para enseñar desencantos 82
8. Olvidamos enseñar a estar a la deriva, a estar en riesgos 83
9. Olvidamos enseñar las autonomías para instruir en los celos 84
10. Persistencia de olvidos. Las memorias escindidas 85
11. Hilvanando las oclusiones 89

Multiculturalidades. Inter-trans-endo-exo culturalidad 97
A la plebe debe bastarle con ser plebe 103

Bibliografía, miedos y olvidos pedagógicos 105

Prefacio

He aquí un libro extraño, diferente y retador. Miguel Alberto González González ya nos tiene acostumbrados a propuestas escriturales heterodoxas, construidas a partir –retomo sus palabras– de muchas atalayas interpretativas y de muchos caleidoscopios hermenéuticos. Este nuevo libro tensa la cuerda, digamos, y explora los miedos y los olvidos, y no solo en el horizonte pedagógico que anuncia el título de la obra. También lo hace en un sentido más global y antropológico: los miedos y los olvidos como condición humana menesterosa, limitada, batalladora, incluso apesadumbrada. Pero no solo así: igualmente como sentido de apertura, posibilidad y utopía, explorando el inédito viable –así lo diría Paulo Freire– como horizonte positivo y esperanzado.

"La palabra 'miedo' está cargada de tanta vergüenza –escribe G. Delpierre– que la ocultamos. Sepultamos en lo más profundo de nosotros el miedo que se nos agarra a las entrañas". Pero en realidad, la historia humana está construida sobre la base de la idealización del valor y de la negación del miedo. Esta tesis, presentada de manera brillante por el historiador francés Jean Delumeau en su libro *El miedo en Occidente*, es una clave hermenéutica interesante para acercarnos a la historia de los últimos siglos. Y así nos encontramos con personajes como Juan sin Miedo o Carlos el Temerario, es decir, con personajes históricos y literarios que han simbolizado el rechazo del miedo. Frente a todo esto, aquí tenemos que recordar y reivindicar la intuición de Marc Oraison, que consideraba que el hombre es, por excelencia,

el ser que tiene miedo. Aunque siglos antes, ya el siempre perspicaz Thomas Hobbes había dejado escrito: "El día que yo nací, mi madre parió dos gemelos: yo y mi miedo".

Miguel Alberto González González retoma esta tradición y la ubica en el ámbito educativo, reivindicando la exploración de los miedos y de los olvidos como camino real para acceder a la perspectiva de sentido de los docentes. Y estos recogen la invitación del autor, y relatan sus miedos y sus olvidos. El resultado es una coreografía original, que transita entre el ensayo clásico –aquí tejido en clave modesta y casi poética– y la narrativa testimonial de los docentes. Haber sabido hilvanar estos dos planos, y además en un ejercicio de escritura breve, constituye uno de los grandes aciertos de esta obra. Moviéndose entre el registro de escritura personal –con curiosidad, históricamente documentado, inquieto con los registros del lenguaje– y el inventario de los miedos y de los olvidos ajenos, este libro alcanza a conmover, a interesar, a sembrar la duda, a desear saber más, e incluso me atrevería a decir que alcanza a hacernos *terapia* de manera informal y distendida.

El libro, como bien lo subraya su autor, tiene su origen en Colombia, país –esto ya lo añado yo, producto de mi modesta experiencia colombiana, siempre urbana, casi siempre universitaria– intenso, barroco, dinámico, hospitalario, hablador, alegre y sufridor. Pero las reflexiones y las narrativas presentadas tienen valor universal. Y el propio autor se encarga de señalar esta perspectiva. En todo caso, la perspectiva colombiana y latinoamericana de los miedos y de los olvidos se evidencia en los relatos de los docentes.

La doble perspectiva de presentar miedos y olvidos funciona muy bien. Me ha resultado curioso poner en relación esta cuestión con las intuiciones de Jean Delumeau, quien escribe que los caminos utilizados para salir del país del miedo han sido principalmente tres: los olvidos, los remedios y las audacias. Si esto es así, Miguel Alberto nos debe un libro sobre los remedios y las audacias. Algo de esto late ya en la presente obra, que no se conforma con el lado sufriente y agonista de los miedos y de los olvidos, y que aspira, pues, a trascender unos y otros, para explorar zonas más luminosas y transparentes.

Concluyo diciendo que este es un libro bello, de escritura cuidada, que se ofrece a los lectores como promesa de exploración humana, ontológica, intercultural y educativa. Frente a registros escriturales actualmente dominantes –sesudos informes de investigación, artículos científicos para revistas que congelan la experiencia y el devenir humanos– este libro ofrece una propuesta inteligente, lúcida, creativa, irreverente y solidaria. Y esto es poco, visto –acudo a un tópico del lenguaje, que no me gusta, pero que se usa mucho ahora por estas latitudes europeas– "lo que está cayendo".

José González-Monteagudo (PhD)
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Sevilla (España)

Proemio

Somos plurales, somos muchos, somos multiculturales, somos no sólo diversos sino pluridiversos, incluyentes, abiertos a lo inédito y soñadores profundos, pero también somos conservadores, obsesos, excluyentes, compulsivos con ciertas tradiciones y somos paradójicos cuando nos confrontamos con aquellas culturas que poco se parecen a las nuestras.

En este mundo de corrupciones, drogadicciones, injusticias, inequidades, guerras, humillaciones y sometimientos pensar los miedos y los olvidos pedagógicos es ir un poco más allá del sindicato de las palabras y un poco más acá de la piratería a la realidad que nos editan los medios de información.

Del miedo tenemos muchos relatos, es la gran historia de la humanidad, es el gran motor de los poderes, sembrar miedo cuando lo precisan; del olvido no estamos lejos, lo vivenciamos en todas nuestras dimensiones humanas. ¿Un sujeto que tiene miedos y olvida cómo acciona la apuesta multicultural? La respuesta tiene muchas aristas, pero si la complementamos con el ejercicio docente, con ser una mujer o un hombre dedicado a la enseñanza, entonces podremos tener mayores conjeturas.

Este libro trata de dos investigaciones llevadas a cabo con docentes que, sin morderse la lengua, sin ajusticiar sus recuerdos nos cuentan con honestidad, de la que poca nos queda, sus grandes miedos y olvidos; relatos que nos rasgan la piel pero que nos traslucen un fondo de profunda humanidad, saberse con miedos y olvidos.

¿Cómo reconocer los olvidos, cómo confrontar los miedos, cómo no quedarse preso en el medio de tantas violencias? Los docentes nos entregan algunas pistas, desde sus olvidos y miedos pedagógicos nos abren a lenguajes no pensados, a interesarnos no sólo por nuestras diversidades en singular sino por nuestras soledades en plural, de ahí nuestras pluridiversidades en esto del multicolor cultural mundial.

Más multiculturales que los miedos y los olvidos serán los deseos mismos, de ahí que si somos tiempo, si somos opciones, disponibilidad, también devenimos constelación de olvidos y de miedos, también devenimos semblanzas y esperanzas.

El autor

Momento I

Entre la fantasía y la ansiedad. Metáforas y paradojas de los miedos en los docentes

Los profesores viven y enseñan los miedos[1]

Lo inexplicable, lo incomprensible es, a menudo, la otra revelación de lo conocido, de lo obvio. De ahí que todo olvido, por inexplicable o aceptable que parezca, ha de ser la manifestación opuesta de lo recordado, de lo cuidado y mimado por la memoria.

A partir de unos testimonios de vida o biografías de conocimiento sobre el ejercicio didáctico se abordan los miedos de los docentes de universidades colombianas, junto a voces de educadores de otros países del continente latinoamericano, que no resultan tan extraños al mundo cotidiano si los vamos revisando en el paso a paso de la vida misma.

En nuestras pluralidades diversas hay muchas formas de existir, unas que se transforman en miedos y que, de una parte, inmovilizan al sujeto docente y, de otra, lo pueden convertir en un riesgo enseñante, puesto que esos miedos llegan a ser delegados en el sujeto aprendiente.

Introito. *Timore*

En latín miedo se escribe *timore*, en portugués *medo*, en gallego *medo*, en inglés *fear*, en griego *fobos-φόβος*, en francés *peur*, en catalán

1. El presente libro es fruto de una investigación realizada entre febrero del 2010 a 2014, titulada "Lenguajes del poder. ¿Lenguajes que nos piensan?" Como ponencia se presentó en el Colloque International Écritures en Migration(s) Histoires d'écrits, histoires d'exilsen. Universidad de parís 8. París. Francia. Mayo 12 de 2012.

por, en italiano *paura*, en alemán *angst*, en euskara *beldurra*, en bosnio *strah*, en checo *strach*, en inca *manchay*, en nahual *ehecaquiahuitl*. En esa búsqueda podemos extendernos por las múltiples lenguas humanas y todas tienen no una sino varias expresiones para nombrar y para vivenciar el miedo, es decir, la riqueza de esta expresión, la cantidad de sinónimos que aparecen en los diferentes escenarios humanos es abrumador. El miedo es tan poético como el amor, tan prometedor como la felicidad, tan liberador como el perdón, pero tan opresor y descomunal como todas las pesadillas humanas juntas. El miedo es una emoción, es una excitación extrema por la cercanía de un peligro real o imaginario que se acompaña, en su primera manifestación, por el deseo de escapar, de evitar la amenaza. El miedo es común a todas las especies vivientes, es instintivo y delegable; en el ámbito social, las gentes llegan a sentir miedos viendo a otros con miedo. Para Freud, en *La interpretación de los sueños,* existen dos tipos de miedo: el real y el neurótico. El primero es cuando existe un peligro verdadero, evidente que pone en riesgo el cuerpo físico o mental. Para el neurótico no se requiere de un peligro tangible; siente miedo ante algo que no existe, parte de puros supuestos, su mundo imaginario maquina, inventa los miedos, fabrica dantescas realidades.

Los miedos de supervivencia, de adaptación-relación, los psicológicos y los físicos corresponden a una de las múltiples clasificaciones que se les pueden otorgar; para un gran sector de la sociedad joven, los miedos alrededor del cuerpo, los que se producen por variaciones físicas que no se ajustan a los estándares sociales de homogenización, generan zozobras e inseguridades que suelen resolverse con aislamiento o con rutinas de invisibilización. Nuestro cuerpo no queda por fuera de sus transformaciones; el tiempo, las enfermedades y los accidentes participan de estos cambios; el temor por nuestra figura corporal, por sus mutaciones, pero ante todo, por lo que el otro piensa de la salud y la presencia física es muy determinante.

Hay una estela de miedo, un pavor que no siempre es visible pero que signa ciertos comportamientos del dejar hacer y del dejar pasar. Estamos plenos de frases lapidarias en torno al miedo, forjadoras de un pensar y de un estar mismo: “Los sapos mueren destripados en la carretera”; “En boca cerrada no entran moscas”; “No se meta donde no lo llaman”; “El pez muere por la boca”; “Los muertos no hablan”; “El silencio es la virtud de los sabios”; “Si quiere vivir mucho, no se meta en cosas ajenas”; “Solo vine al mundo y solo me voy”; “No le

tenga miedo a los muertos, téngale miedo a los vivos"; "Los valientes están en el cementerio"; "Cada quien se labra su propia desgracia"; "Es mejor decir que por aquí corrió un cobarde y no que aquí cayó un valiente"; "Nadie es eterno en el mundo"; "El miedo es mi compañero más fiel, jamás me ha dejado para irse con otro"; "Líbrame de una ira de Dios"; "No temas a tu sombra, teme a tu honra". Estas y otras tantas expresiones han permitido cierta forma de accionar el mundo, cierta constitución de sujeto, cierta cosmogonía del quehacer social, del cual no queda por fuera el docente. Es como si desde los miedos fundáramos y refundáramos la existencia humana.

La rareza es que estas frases han sido poco trabajadas o pensadas en el foro universitario mundial. Constituyen un tema casi olvidado, pero al revisarlo en el detalle identificamos demasiada relevancia desde las cotidianidades. El miedo no surge como un invitado a las teorizaciones ni a los grandes conversatorios intelectuales para encontrarle salidas diferentes a las tradicionales, lo que ha llevado a reducir los miedos a problemas de seguridad, a carencias del sistema judicial, a falta de mecanismos de control sobre las instituciones o personas generadoras de violencia. El miedo, así sobrevenga de la violencia y genere violencia, va más allá de la violencia misma, puede desaparecer el acto violento pero quedan unas huellas vitales en las personas o en las sociedades que no dejan olvidar los miedos y que nos fracturan las existencias mismas.

Aunque nada es definitivo en los terrenos del miedo, no es de olvidar que las fobias, miedos psicológicos instalados en las personas, son casi infinitas; cualquier evento puede ser un espacio para el temor, así que entre fobias que dan miedos y miedos que nos tornan fóbicos viajamos por uno de los entramados humanos más complejos y tiránicos.

Primera instantánea: Sentido de los testimonios de vida

Las autobiografías o testimonios de vida han tenido muchas variantes, pero fueron los historiadores quienes dieron trascendencia a los relatos de vida de las personas, denominándolas biografías. Es decir, se centraron en escribir la vida de una persona relatando a la vez cierta época de humanidad. Con posteridad aparecen aquellas personas que ven sus propias vidas como algo digno para dejar en la memoria de la humanidad; estos relatos escritos por ellas mismas se

denominan autobiografías. Quienes mejor tomaron partida de esta experiencia fueron los guerreros de alta gradación, así mismo los escritores, luego los emperadores, y ya en las últimas décadas aparecen los hombres y mujeres de la farándula haciendo de sus vidas todo un testimonio de época, todo un ritual del comercio. Se trata en estos casos de escribir sin serio estilo literario, pero con lenguaje simple, para enriquecerse y enriquecer a empresas dedicadas a la publicación.

Las narraciones de los acontecimientos de la vida de una persona han tenido varias designaciones, clasificación más depurada debido al fenómeno que esta forma escritural ha suscitado: autobiografías, historias de vida, narraciones, testimonios de vida, diarios personales, que pueden darnos paso a narraciones más centradas en ciertos roles como las didactobiografías, corpobiografías, infobiografías, deportobiografías, politografías, idolobiografías, sexobiografías, autobiografías espirituales, autobiografías conceptuales, diarios de amor, memorias familiares y grupales, es decir, escrituras biográficas centradas en un interés en particular. Por ejemplo, la didactobiografía permite a un docente revisar la propia historia didáctica para reconocer y reconocerse, para dar cuenta de aquello que lo afecta, que lo incomoda y así tratar de incidir en la realidad; si en cambio no lo hace, seguirá replicando el sistema, seguirá replicando, por ejemplo, los mismos miedos que le enseñaron sus padres, amigos, vecinos y profesores.

En el caso que nos ocupa, los testimonios de vida son una apuesta para que el primer texto seamos nosotros. El testimonio escrito puede partir de varias fuentes: el curriculum vitae, una fotografía, un objeto artesanal, una canción, un vestuario, un poema, un problema de momento, una película, registros de periódicos en papel o electrónicos guardados con celo porque están dando cuenta de nuestras vidas –egotecas–; igual, son válidas las memorias familiares, el árbol genealógico, una fonoteca, una videoteca, una imagen o instantánea que en nuestra memoria ha quedado y de la cual podemos dar cuenta.

En lo metodológico, una autobiografía es un acto escritural o narrativo que va en rescate de la memoria del sujeto, pero con actualidad de presente; por tanto, la relación de conocimiento no es para convocar autores sino para verlos en composición de la propia vida, es un querer conocer algo más de nosotros mismos, lo que nos afecta; se transita por la afectación cuando en nosotros ocurre algo que marca un antes y un después; entonces, el sentido, el significado, la interpretación

y la resignificación ocupan otro lugar en la historia del sujeto; intuyendo que algo o alguien se resignifica cuando empieza a ser sujeto-objeto de nuestro interés.

Que la propia vida sirva de testimonio, de provocación para dar evidencia de una época, de unas características culturales y sociales, de un territorio o de un país es, de por sí y en sí mismo, un recurso metodológico. Es un horadar no sólo la vida de un sujeto en términos cronológicos, sino la misma sinopsis de una comunidad, su realidad social, sus arterias y vasos comunicantes, elementos que conforman su circuito cultural.

Al reunir a los docentes y pedirles que narren de sus vidas aquellos aspectos que les han producido miedo, una pregunta centra el interés: ¿Históricamente cuáles han sido tus miedos? Este interrogante permite encontrar que existen unos miedos aprendidos, heredados, transferidos de generación en generación, de mano en mano, de boca en boca, delegados por la cultura, casi a priori. Es decir, se llega a la vida y estos miedos se incorporan o se inoculan con el lenguaje, se apoderan del sujeto mismo. No es sólo pasado, aparecen unos miedos renovados, convocados por la sociedad global, donde lo mejor que se ha globalizado es el fetiche de la compra, la pobreza, el riesgo y su consiguiente desenlace: el miedo.

Reconocer esos miedos, dar cuenta de los mismos y reconfigurar los lenguajes usados por los docentes nos ayuda a identificar el rostro de época detrás de esos miedos.

Varias podrían ser las instantáneas de los miedos, varias las fronteras del quehacer educativo pero, como nos dice Delumeau, "Las otras dos fronteras son de tiempo y de espacio", esto es que el miedo se puede reconocer en un lugar determinado y en un tiempo dado, es decir, los miedos no tienen la misma intensidad, dependerá del territorio y del momento donde acaezcan. Desde luego, entendemos ahora que los miedos que aquí se exploran son los de un territorio colombiano, cuyos últimos 50 años han estado marcados por una violencia ritualizada, casi endémica, que afecta todas las condiciones de humanidad, todas las disciplinas, todas las formas culturales de habitar el mundo, lo cual no implica lejanía de las que comúnmente tiene la humanidad, la heredada o cultivada por los diferentes poderes.

Así las cosas, expone Beck que "Vivimos en una era de riesgo que es global, individualista y más moral de lo que suponemos". Mundializado el riesgo, el miedo es su gran oferta y su gran medicina son las

compañías de seguros y las ventas futuras de planes turísticos, la felicidad vendida para un tiempo que no ha sido. Los miedos históricos de los docentes no siempre son de orden global. Sin embargo, desde lo local se globalizan, por tanto, sí tienen bastante cercanía a lo que históricamente nos han vendido los poderes religiosos, económicos, políticos, jurídicos, éticos y educativos como miedo.

Tener miedo a la guerrilla, a los paramilitares, a los policías, a las fuerzas de seguridad del Estado, a pisar una mina quiebra patas, tiene connotaciones destacadas en países donde se imponen regímenes militares o donde la democracia nunca ha brillado porque no tiene líderes para ello. En Latinoamérica varios países comparten estos miedos; no obstante, son Colombia, México y sus naciones limítrofes los que temen a las guerrillas, a los paramilitares, a las intervenciones de las Fuerzas Militares, porque han padecido y padecen sus excesos, porque ni la guerra se ha declarado ni la paz se ha firmado.

De estos miedos los docentes colombianos hablan suficiente; no lo harán docentes de Costa Rica o de un país europeo pero, como en nada definitivo debemos confiar, esas sombras nos hacen pensar en todos los miedos que los docentes tenemos alrededor de las apuestas políticas mal concebidas, en insanas utopías.

Segunda instantánea: Miedos históricos de los docentes

Los miedos históricos de los docentes, desde sus narraciones-testimonios de vida se pueden comprender como unas herencias notariadas y cuidadas al extremo, herencias religiosas, herencias políticas, herencias económicas, herencias formativas, herencias familiares, herencias militares, es decir, auténticas herraduras de herencias culturales. “Lo que se hereda no se hurta” refieren los abuelos. En lo profundo nos quieren anunciar: lo que se hereda es patrimonio, se conserva y se delega; siendo así, ¿cómo no se van a heredar los miedos?

Los miedos son tan diversos y en tal número que, de alguna manera, nos hacen pensar en la sociedad del miedo en que nos hemos convertido; que de una sociedad del riesgo pasamos a una sociedad del miedo o peor aún, siempre hemos sido una sociedad del miedo, pero cada vez con mayores riesgos y renovados miedos.

El mundo fálico. La humanidad comprendida desde la voz de los hombres, de la arquitectura rompiendo espacios, de una apuesta por la virilidad y la poca apreciación del género femenino que se suele tener desde los poderes, pese a ser la mujer la gran gestante, se reduce a objeto del deseo o sujeto de reproducción, a los hombres se les llama intelectuales, estudiosos, a las mujeres, juiciosas, disciplinadas; los hombres son valientes; las mujeres, cobardes; unas expresiones culturales machistas que nos ponen a pensar acerca del cómo comprendemos y clasificamos los miedos, incluso por géneros. Por fuera de estas clásicas referencias, es cierto, los miedos femeninos no siempre coinciden con los masculinos: miedo a quedar en embarazo, por ejemplo, es un clásico miedo femenino.

> "Esto de los miedos no lo había pensado, creí que era un problema de otros, pero encuentro que le temo a la muerte, a la enfermedad, a la pobreza, a las alturas, a los fantasmas, a los perros, a morir ahogado, también encuentro que cuando niño le tuve miedo a la oscuridad, a mi padre, a la policía, a la escuela, a quedar en embarazo por accidente, a los profesores. Es difícil darse cuenta de tantos miedos y tan pocos elementos que nos enseñaron para afrontarlos, en mi caso que soy hombre, mi padre y madre me decían que *los hombres no lloraban* y no debían tener miedo".

Este testimonio de vida de un docente de 65 años nos muestra que la formación machista insiste en que un hombre con miedos se reduce a mujer, como si ser mujer tuviese una gradación a menor; secuelas evidentes de un machismo visible, tangible que designa y hasta casi resigna la discusión por el género, como si el hombre no tuviese derecho a sentir y a manifestar sus miedos.

Del miedo a los hombres también nos hablan las mujeres. Para muchas de ellas, la presencia de un hombre en zonas oscuras o desconocidas es un auténtico riesgo.

> "Mi mamá insistía que debía tenerle miedo a los hombres porque sólo querían dormir conmigo, sólo sexo. Claro, no sólo a los hombres les he temido, también a las arañas, a los ratones, a las culebras, a los perros y aún les sigo teniendo miedo, claro, ya no tanto a los hombres.

> Me da miedo perder un integrante de la familia, temo a los cementerios, a los muertos, a lo desconocido. En mi ejercicio docente le he temido a algunos estudiantes, a sus padres, a compañeros de docencia, también he tenido miedo a ser ignorante, a estar equivocada en lo que enseño. Como profesora he tratado de no replicar estos miedos en mis estudiantes, lo que no sé es si he sido exitosa".

Esta profesora de 45 años nos hace caer en la cuenta de que hay miedos en la niñez que incluso no se superan en la madurez de la vida, miedos que nos siguen acompañando hasta el fin de nuestras vidas. ¿Qué tal eso de saberse acompañado por el miedo? Expone Freire: "El miedo es muy concreto y causado por motivos concretos o que se presentan como si fueran concretos". Alguna vez expuso Descartes que lo mejor distribuido era la razón porque todos creíamos tener suficiente, es posible que sea el miedo otro de los mejores distribuidos en la humanidad.

El próximo testimonio nos habla hasta de los ruidos, los temores al río, a los rayos, a los terremotos, a las avalanchas, a los muertos: fobias o no, son auténticos desafíos para la existencia.

> "En mi vida he sido una miedosa increíble, le tengo miedo al ruido de los vientos, a los ríos, a los rayos, a los terremotos, a los incendios, a las inundaciones, a las avalanchas o empalizadas, es decir, a casi a todos los fenómenos naturales les temo. No temo mucho a la muerte ni menos a los muertos, pero si a los ruidos de las puertas en las noches, a ser odiada, a odiar, a quedar ciega, a quedar sorda. Los profesores siempre me produjeron miedo, ahora respeto a varios y detesto a muchos por lo mala gente que eran. Le tuve miedo a la primera noche con un hombre, mi madre me insistía que eso era muy doloroso y la verdad fue terrible esa primera vez con un hombre, luego me fui acostumbrando y hasta he aprendido a disfrutar. En mis clases trato de que las niñas no le teman a los hombres, sólo que se cuiden, no las prevengo de la primera experiencia sexual, les insisto en la prevención. Esto es, he tratado de no replicar mis miedos".

Aquí la profesora de Manizales de 48 años escribe de sus miedos a la naturaleza con bastante holgura e incluso relata de sus miedos a los hombres y al sexo mismo que, luego, ha ido superando. La erótica no como creación sino como contención, de lo cual se pueden preciar muchas religiones: satanizar las pasiones, satanizar el sexo; de ello también nos deberían explicaciones Sócrates, Platón y Aristóteles, que bastante hicieron para elevar la razón a la cúspide, al Parnaso y enviar a las pasiones al mismísimo Tártaro, al hades, al infierno.

No provocar a Dios. La siguiente versión de un profesor de Caldas dedicado a enseñar historia nos muestra que la influencia de las religiones es notable en esto de la gestación y conservación de los miedos; digamos que son miedos sagrados, casi intocables por quien los padece: a Dios todo le es posible, todo lo queda bien, incluso asustar a los hombres, versión bastante difundida en el medioevo. De lo cual escribe González: "Lo que ocurre es que sembrar miedo resultó más fácil de lo esperado, eso ya nos lo enseñaron los dos grandes metarrelatos".

> "Esto de los miedos produce hasta miedo relatarlo, le temo a la locura, no sé, pero me produce mucho miedo llegar a enloquecerme. Le temo a una ira de Dios, al futuro, a la vejez, a la soledad, a la desaprobación, a la cárcel, al hospital, a los cementerios, a la muerte, a la enfermedad, le temo al fin del mundo. Cuando hablan sobre la profecía de los Mayas o de Nostradamus me parece espantoso. Le temo a la injusticia, a la desaprobación, al rechazo, a las alturas, incluso, a la tecnología que ya nos supera. Le he temido a sacar malas notas, a los profesores, a mi padre, a mi hermano mayor. Claro, ya no les temo, los quiero mucho, tanto a profesores, a mi padre y a mi hermano, pero les tuve mucho miedo. No quiero replicar los miedos en mis estudiantes, pero sin darme cuenta les habla de no provocar a Dios, de cuidarse de una locura, de no caer a la cárcel, de estar preparados con el Creador por si llega el fin del mundo; esto se los digo de buena forma, pero supongo que estoy replicando miedos".

Autorrealización. En tanto, el no autorrealizarse es otro de los grandes miedos, casi de las mayores pesadillas de la humanidad, en este caso, presente en los relatos de los docentes.

> "Hay unos miedos que he denominado como histerias de una época y que los vivo, como, por ejemplo, miedo a la inseguridad de las ciudades; les temo a las grandes ciudades, les temo a los ladrones, le temo a una bomba, a un carro bomba, les temo a los grupos ruidosos, al arribismo, a la insensibilidad. Hay unos miedos que no logro clasificar en términos de ser perjudiciales o no, pero que están en mí; le temo al cáncer, le temo a la velocidad, le temo a la ignorancia, pero no a la ignorancia del que no sabe sino a la ignorancia del que cree saber mucho y no escucha a nadie, le temo a perder lo que he conseguido, a perder lo que tengo, le temo a perder el aprecio, el amor de mis cercanos, temo a no llegar a autorrealizarme y a que mis hijos no puedan autorrealizarse. Para mí es fundamental como docente que los estudiantes se autorrealicen; un ser autorrealizado es bueno, es mejor y más generoso que alguien frustrado. La verdad, tenemos mucha gente frustrada. Ahora yo no sé para qué pueda servir explorar esto de los miedos, pero ya empieza a interesarme el tema que antes ni había pensado; puede ser que uno no logre autorrealizarse por tantos miedos aprendidos".

Esto lo expresa un profesor de 59 años; para él es fundamental la autorrealización no sólo como acto de superación sino como opción de confrontar los miedos. Temerle a los cruces no es nuevo, los caminantes helenos se alteraban en las intersecciones porque el dios griego Pan se aparecía en los cruces-encrucijadas de caminos, su presencia generaba miedo, pánico. Por estos hechos, las ciudades se consideraban seguras, pero cuando crecen las polis por la llegada de habitantes rurales –bárbaros por no ser civitas, citadinos, civilizados–, estas ciudades dejan de ser seguras y el pánico se va apoderando en la medida que las urbes crecen. Hoy podemos decir que el pánico en las ciudades es uno de los tantos lenguajes que nos somete. "Ciudad pánico" la ha titulado Virilio, no sólo por los temores que allí se generan sino por el encarcelamiento mismo del progreso. La idea de ir hacia el

progreso pone a las humanidades, a las ciudades en una triste cárcel, ciudades temidas y temerosas que no permiten la autorrealización como en principio de sus fundaciones sucedió.

Autorrealizarse es quizá una de las grandes esferas humanas, saberse autorrealizado, saber de sus apuestas cumplidas; sí es de cuidar la idea misma, porque conocemos de gentes autorrealizadas en la destrucción del otro, en sus gestas nefastas; por suerte, para nuestro caso, el autorrealizarse es saberse posible para la humanidad en su idea de no perder las rutas éticas, aquellas riveras que estando o no escritas nos informan lo que es viable o no realizar en función última de humanidad; no es un asunto de formación académica; un agricultor iletrado o un PhD de cualquier lugar del mundo saben en lo profundo, en su sentido común, cuándo están tomando decisiones y acciones que afectan a los otros. Para estos sujetos la autorrealización no puede ir más allá de saberse reconocido y posible para los demás.

La felicidad. Nada más complejo que adentrarnos por las felicidades, por ese ideal de ir hacia lo mejor, de evadir las dificultades. De estos y otros tópicos los profesores tienen sus versiones.

> "Yo sugiero que investiguemos la felicidad; para qué dedicarle tiempo a los miedos; a eso no le veo importancia, pero escribiré, no describiré ninguno de mis miedos. Creo que siempre le he temido a la vejez, al silencio; no me gusta la gente silenciosa, le temo a la insensibilidad, a la falta de solidaridad; no sé si le temo, pero me desagrada la mentira, le temo a la invisibilidad positiva, es decir, me gusta ser visible, hacer visible mis cosas buenas y las cosas buenas de los demás; es mejor resaltar lo bueno y no darle tanto valor a lo malo, a lo negativo. Es que somos una sociedad negativa y hasta peligrosa porque hacemos apología a lo indebido, como a esto de los miedos, en vez, de preguntar por nuestras potencias, por la felicidad, por lo que nos hace íntegros. No veo tan interesante esto de los miedos, porque si así lo aceptamos terminaremos encerrados por el miedo".

Este profesor rescata que si estudiamos el miedo con buenos argumentos podremos ayudar a formar sujetos más libres, pero se pregunta

de manera constante: ¿Por qué no estudiamos la felicidad para aprender a ser felices?

Los miedos raros. Hay una secuencia de temores que hacen la vida un poco menos amable, cual se puede deducir de muchos comportamientos humanos que impactan los procesos pedagógicos.

> "Es que esto de los miedos es muy curioso. Tenemos tantos miedos que la lista es para un libro. En mi caso tengo unos miedos raros; le temo a las puertas cerradas, a la luna llena, no sé si por eso de los lobos, a las cucarachas, a dormir sola, a no ser buena gente, a que mis hijas sufran, a una bomba atómica, pero también a un carro bomba, a manejar bicicleta, a montar en patines, le tengo miedo al futuro, a que Dios adelante el juicio final, le temo a los ateos, al diablo. Cuando niña le tenía miedo a la policía, a mi tía, a mi padre porque era muy exigente, tenía miedo a que me llegara la primera menstruación, temía a tocarme mis partes íntimas porque era pecado, pero no le temía a la oscuridad, me reía de los niños que sentían miedo a la oscuridad. Ahora le temo a los espantos, a los fantasmas. He tratado de no replicar esos miedos en mi ejercicio docente, no sé si he tenido algún éxito, pero comprendo que, si no estudiamos esto de los miedos, cualquiera nos puede dominar, claro, cualquiera que tenga poder".

La profesora decide extender la escritura sobre su misma intimidad, recuerdos, secuelas de una formación machista que aún puede seguirse manifestando en lugres donde viven grupos económicamente vulnerables. Temerle a la luna llena o tocarse las partes íntimas son extensiones curiosas, pero muy dicientes del cómo hemos hecho del miedo un ejercicio de poder. "Si no come llamo al diablo", "Si corre que se abra la tierra y se lo trague", "Si miente que se le infecte la lengua", expresiones que aún se pueden escuchar en ciertos grupos culturales, donde quien tiene poder decide amenazar a sus hijos para desde las ansiedades que les genera controlarlos, en la medida que van superando estos temores adoptan otros, de ahí que meterles miedos bastante extraños es una manera de educar niños que se convertirán en difusores y defensores de esos miedos.

Miedo a ser humillado. No parece relevante a primera vista, pero esto de ser ridiculizado y humillado produce preocupación y miedo a muchas personas; los docentes son conscientes de ello. "Siempre he sentido miedo a ser humillado por los que presumen de mayor poder, de ahí que no quisiera humillar a nadie", nos relata un profesor chileno. En Chile, como en la mayoría de países latinoamericanos, las fuerzas militares han sido violentas, han germinando una sociedad violenta con capacidad de someter y humillar.

Otro profesor colombiano nos indica su larga lista de miedos, entre ellos insiste en esto de las humillaciones y las secuelas sociales.

> "Cuando decidí escribir parte de mi vida, dar un testimonio de la misma, esto de los miedos me sorprendió; primero creí no tener miedos, luego encontré una lista increíble, la hice en una hoja frente a mi computador y conté más de 150 miedos, unos miedos colectivos y otros individuales, propios de mis propios fantasmas, a los cuales también les temí bastante. He tenido miedo a la libertad, por raro que esto parezca, miedo a enamorarme, miedo a ser odiado, miedo a no ser reconocido, a no ser aceptado, a ser invisible, a ser agredido, a los ladrones, a las guerras, a ser humillado y a humillar, a la injusticia, a la cárcel, a ser ignorante, a ser arribista, a lo desconocido, a la locura, a morir solo, a la enfermedad en la vejez. Le temo a cualquier tipo de sufrimiento o de dolor, temo a la tecnología deshumanizada, a una tecnología superior al hombre. Soy miedoso con las serpientes, con las arañas, con los toros, temo a una estampida, a una hambruna. Estoy seguro que muchos de mis miedos los he multiplicado en el ejercicio de aula, en el ejercicio como padre. Estoy seguro que si antes hubiese pensado esto de los temores hubiese tenido mejores argumentos en el aula para no replicarlos. A partir de ahora me revisaré para ver cómo puedo superar algunos y evitar no ser un profesor propagador de miedos".

Es como si no estuviésemos libres del miedo; algo nos une a los mismos. El miedo a las nuevas tecnologías constituye versiones de miedos reeditados, de aquellos grupos humanos que le temían al

futuro porque allí encontraban el fin de la humanidad y la gran eclosión de todos los males.

El miedo a los grupos extremistas. Es evidente el miedo que producen los grupos extremistas, sean de extrema izquierda, derecha o secciones disidentes, ya no sólo políticas sino religiosas y hasta económicas. Restrepo narra en *Multitudes errantes* algunas facetas de la violencia colombiana: "Enterré a mi marido y a tres de mis hijos y salí corriendo con lo que me había quedado". Este relato de uno de los personajes de la multitud errante nos acerca al dolor de los últimos cincuenta años de Colombia, mujeres viendo morir a sus hijos y cónyuges, mujeres rehaciendo sus vidas luego de muchas barbaridades, mujeres instaurando vida en otras tierras donde luego podrán repetir la historia, ver morir a sus amados o, aún más, afrontar su propia muerte. De ahí que el miedo a los grupos extremistas no es fundado sino elaborado desde la cotidianidad, desde la experiencia vital.

Otra mirada que nos ratifica sobre la poca credibilidad de los grupos armados extremistas nos la entrega una profesora:

> "El miedo nos constituye; mucho he pensado en mis miedos. Mi primera profesora nos hablaba a las niñas que el miedo era un asunto psicológico, que la mayoría de los miedos eran invenciones de la mente. Estoy de acuerdo con ella; tenemos muchos miedos que no valen la pena. Mi padre decía: téngale miedo a los vivos, no a los muertos, pero yo le tenía miedo a los muertos, luego aprendí que los vivos son los peligrosos. La guerrilla y los paramilitares me han producido muchos miedos, ellos saben secuestrar, asesinar y mentir sobre sus acciones terroristas. Le temo a la pobreza, a una enfermedad, a ser injusta, a calificar de manera indebida un estudiante, le tengo miedo a una ira mía, a perder la conciencia, o sea, a volverme loca, le tengo miedo a que una de mis hijas quede embarazada, me daría miedo del Sida, de una escasez de alimentos, incluso a que se caiga el avión donde viajo. Le tuve miedo a mi profesor de matemáticas, a los gritos de mi padre y, claro, siempre tuve miedo que alguna vez pudiese ser violada".

La docente reconoce a su primera profesora y a su padre como sujetos que decidieron enseñarle a confrontar sus miedos, caso que no parecía normal para los años 70s cuando inició sus estudios. Pese a esto, reconoce que sigue estando encarcelada o atada a tantos riesgos que visibiliza desde su cotidianidad.

Miedo a la ausencia de miedo. Es bastante conflictivo encontrar profesores que temen que la gente no tema, temen no temer. "Si la gente no teme, puede hacer lo que quiere", "¿Qué pasa si no tememos a nada?: el desastre total", explica un profesor de Manizales de unos 53 años.

> "Si quiere vivir bastante cierre la boca, porque los sapos mueren destripados en la carretera, nos decía mi padre. Ténganle miedo a una ira de Dios, las mías no son nada, insistía mi madre. Cuando se lo propone usted es un demonio, reiteraba mi padre. Mi padre decía que las mujeres eran el mismo demonio, mero objeto de provocación, y temí casarme por no vivir con el demonio; luego de casarme también temí que mi mujer fuera infiel; creo que ya superé ese problema. Aprendí a temerle a Dios, al infierno y, por supuesto, al diablo, a los asesinos a sueldo o sicarios, que en el fondo es miedo a morirse. Me daba miedo masturbarme porque me iría al infierno. Temí a los profesores, a ir a la escuela, a recibir la nota de los profesores, a no entender las explicaciones en el aula, a quedarme ignorante, a una pobreza endiablada. Temo llegar a ser injusto, a la vejez, a enfermedades como el cáncer, el sida o la locura. Me da miedo la pérdida de un familiar; le temo al futuro, a un fin del mundo provocado por las amenazas nucleares, al mundo de las drogas y a las religiones dogmáticas. Estoy seguro de que hay mucha gente mala y que los buenos hacemos poco; eso me da bastante miedo, que el mundo termine en manos de los malos. Ahora, no estoy seguro que con estos miedos esté formando a mis estudiantes para vivir en el miedo, pero sí sospecho que puedo dejar de decir cosas por temor a equivocarme, o por temor de hacerles daño".

Este profesor de Manizales describe sus miedos como una experiencia familiar pero no cree ser replicador de los mismos ante sus

estudiantes; el miedo a equivocarse, a cometer errores hace parte de ese ideal de perfección humana donde le huimos al error, lo apedreamos como a perro callejero; esta paradoja se ha ido confrontando y hoy existen programas, libros y muchas apuestas formativas que insisten en no temerle y sí estar dispuestos para aprender del error.

En términos generales encontramos cierta demonización del otro, bastantes miedos donde la mujer no siempre sale bien librada, posee mayores riesgos que los hombres, cierta degradación para hacerlas inferiores, para dominarlas luego de meterles miedo; al fin de cuentas en las muchas culturas del mundo la mujer es un demonio.

Desde estos testimonios escriturales avanzamos por la actualidad de los miedos, por lo que ellos han sido y por lo que signan, puesto que los miedos nos constituyen, casi nos conforman y deforman, nos suprimen en las mismas búsquedas de libertades, igualdades y felicidades. Sin embargo, no es lo mismo ubicar el miedo al frente que ponerlo a las espaldas: el primero detiene, el segundo nos puede propulsar.

Tercera instantánea: Condición de actualidad de los miedos

> Si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.
>
> SÓFOCLES
> *Edipo Rey. Antígona*

La provocación de Antígona a su tío Creonte es tácita, ella lo confronta sabiendo de los castigos pero decide darle al miedo de su propia medicina, no silenciarse para no terminar lamentándose toda la existencia; ya sabemos, el miedo deprime y comprime a quien no lo confronta.

Si un miedo es actual o no, puede ser un asunto complejo de comprender, lo que sí puede exponerse es que en algunas épocas ciertos miedos son más incidentes que en otras; para este tercer milenio hay miedos muy de la vida citadina, como el miedo a la inseguridad en las calles, al cabo que en otras épocas rondaban los miedos a los cruces de caminos; así también hay miedos de supervivencia y miedos de la especie, por sabernos pensantes y capaces de modificar el entorno,

de intervenirlo e, incluso, de intervenirnos nosotros mismos como personas. Hay un miedo en la historia de la humanidad bastante paradójico pero muy actual, es el miedo a la mentira, nadie quiere ser objeto de una mentira. La mentira podría ser un canto a la imaginación o un grito a las verdades, un grito que en las humanidades se mantiene en su lucha por controlar la mentira o un canto al ingenio de supervivencia. En lo profundo de nuestras éticas humanas le tememos a las mentiras.

Desde los docentes se encuentran múltiples miedos, miedos que se gritan pero que no escuchamos porque también aprendimos a vivir en cierta sordera, sordera selectiva, aprendimos a ser sordos y ciegos por conveniencia y, cómo no, por miedo. Los siguientes miedos refrescan nuestra memoria extendida del miedo, nos muestran que el camino para superarlos está bastante empedrado.

Miedo a la muerte. Esta, que es una de las pocas verdades, una de las instancias inevitables, constituye el principal de los miedos de nuestros docentes, pese a que Colombia ha tenido altísimas tasas de asesinatos; de 30.000 al año registrados en la última década de los 90s, luego se ha pasado a 15.000 asesinatos al año en la primera década del siglo XXI, lo que nos muestra que ese fenómeno de la muerte violenta es muy incidente en el país. No obstante, los docentes sienten el miedo natural a morirse pero enfatizan en el miedo a morir asesinados a manos de sicarios. *El Anuario estadístico* (2010: 15) expone así la relación de homicidios: "2003, 23.523 homicidios; 2004, 20.210; 2005, 18.111; 2006, 17.479; 2007, 17.198; 2008, 16.140 y en el 2009, 15.817 homicidios". Con estos datos es posible que la muerte nos ponga siempre en aviso; dentro de sus características violentas, una de ellas es el sicariato, venido a menos, pero que aún sigue siendo una gran amenaza. No aplica para este caso lo dicho por Epicuro: No vale temerle a la muerte, cuando ella llega nosotros ya no estamos. Entendible para el caso colombiano, donde hasta a la paz se le tiene miedo, Molano (2009) indica que "Los acuerdos de paz han traído más muertos, pensaba yo, que los combates". La guerra es una gran fábrica para dañar corazones, para hacer salvajes a los humanos, para temerle a la muerte y ni siquiera apostarle a la paz, porque cuando se habla de paz los muertos los sigue poniendo el pueblo.

Miedo a perder un miembro de la familia. Saberse padre, madre, hermano, hermana, hijo o hija genera bastante cercanía, por tanto,

la muerte de un integrante de la familia es otro de los miedos. Explica Fromm que "el miedo a la muerte sigue viviendo entre nosotros una existencia ilegítima". Ese miedo a morirnos o a que alguien cercano se muera fue aprendido y sigue entre nosotros.

Miedo a los muertos. Es histórica la expresión "Los muertos no hacen nada", sin embargo pocos desean encontrarse en su caminar un muerto. No se encuentran motivos reales de que un muerto pueda regresar y atacar a un ser viviente, pese a ello, muchos de los profesores les tienen miedo a los muertos. El sabernos finitos, el sabernos no inmortales nos obliga a estar en el aquí, en el ahora, pero si ello implica un encuentro con personas fallecidas aparece una intranquilidad, un cierto temor que no logra explicarse desde las ciencias racionales sino desde las emociones. "Me muero del miedo imaginando que me puedo encontrar un muerto o más aún que se me aparezca su alma", refiere una profesora de Manizales.

Miedo a los cementerios. El miedo a los cementerios deriva del miedo a la muerte. El saberse solo en un cementerio o el tener que transitar cerca de estos lugares, refieren las historias narradas de los docentes, les produce escozor. "Desde niño y aún a esta edad los cementerios me producen miedo y conste que soy un hombre que tiene 48 años, además, como si fuera poco, docente de la Universidad Nacional de Colombia, donde estamos dizque los profesores más avezados". Ser docente de algunas universidades entrega un lugar simbólico social que le impediría decir a sus integrantes algo tan extraño como el tenerle miedo a los cementerios, pero ya sabemos, el miedo no conoce de clasificaciones ni de organizaciones sociales, el miedo es el miedo.

Miedo a los fantasmas. Una creencia de que algún espíritu puede asustar es bastante frecuente. Los fantasmas aparecen en la noche, son, por así decirlo, hijos de la oscuridad, de las tempestades; según la imaginería popular en la luz o en el día los fantasmas no aparecen. Latinoamérica aprendió a crear fantasmas, a gestar espantos, ya sabemos que los mitos son amorales por permitir el crimen, pero sufren de la confrontación humana, al cabo que los espantos producen miedo, nos hacen correr, nos provocan la huida. Tal vez, Latinoamérica se conformó con los espantos y sólo quiere vivir de los mitos ajenos.

Esto nos muestra que no tenemos grandes mitos pero sí bastantes fantasmas o espantos. No es raro, entonces, que, pese a la ciencia y al exceso de luz, los docentes aún le teman a los fantasmas, a las oscuridades.

Miedo a la oscuridad. Esta es una reacción muy fuerte en la niñez, sin embargo, muchas de las mujeres describieron en sus historias un miedo constante a la oscuridad, bien porque se puede aparecer un fantasma, un muerto, un ratón, un reptil o un delincuente. En los hombres se reconoce que preocuparse por la oscuridad es un miedo de niños que, en condiciones de adultez, es superado. "Desde niño le tengo miedo a la oscuridad y aún a mis años siento de todo cuando debo pasar por zonas demasiado oscuras, mejor dicho, les tengo miedo", explica un profesor universitario de Manizales. De esto no dudan psicólogos y sociólogos, los miedos a la oscuridad no se dan por cobardías o valentías venidas a menos, acaecen por la sorpresa que nos depara el no poder ver más allá de nosotros mismos, si bien la oscuridad se ha creído que es más influyente en las mujeres, entre más profundizamos más encontramos que pasa a ser un miedo común y aceptado entre los hombres.

Miedo a lo desconocido. Es muy cercano al miedo al futuro. Ese temor a lo desconocido se materializa por los sorpresivo que pueda ser, pero lo sorpresivo en términos de desgracia, puesto que coinciden todos los profesores en que si lo desconocido llevase a cosas gratas poco se le temería y más bien se buscaría. "Lo desconocido me produce miedo, porque si es desconocido es porque algo malo encierra", expone una profesora universitaria de Pereira. La curiosa creencia de que lo desconocido alberga dificultades para el ser humano sigue denotando y connotando nuestras decisiones; de hecho las ciencias, las religiones, las políticas, las jurídicas, las medicinas y la gran mayoría de actos humanos se centran en dar cuenta de lo desconocido para conocerlo y controlarlo.

Miedo al futuro. Reconocen los profesores que esa inseguridad frente al futuro se debe a lo desconocido de ese tiempo por venir, a tantas formas de apocalipsis narradas que ofrecen un futuro poco interesante, el mismo fracaso de aquella idea romántica de que todo iba para mejor, que ahora ha perdido validez y eso también genera

miedo, miedo a un futuro incierto eco-humano. El futuro también nos lo venden los políticos pero cuando llega el momento de la acción las palabras no siguen a sus promesas; muchas religiones nos venden un futuro apocalíptico, casi imposible de conquistar ese más allá, porque el cuerpo será, por suerte, fuente de pasiones, las mismas pasiones que estas religiones han querido dominar, suprimir.

Miedo a la enfermedad. Este miedo va en varios sentidos: el primero, la cercanía a la muerte cuando se registra una enfermedad; el segundo, el dolor, el desgaste físico; el tercero, las exigencias económicas para afrontar una enfermedad; el cuarto, el riesgo de una incapacidad, pasar a ser dependiente de otras personas, idea que produce miedo en los docentes. La enfermedad de mayor miedo es el cáncer, luego el Sida y la locura.

Miedo a la locura. Esta es una extraña paradoja: si bien describen muchas alabanzas a los locos, en esa capacidad de creación y de ruptura, viéndolos como incomprendidos, pese a lo anterior, no quieren ser similares a ellos. Los docentes tienen absoluto pavor a llegar a la insania mental, a la desconexión de la realidad. Por lo relatado parece que la locura, si bien es considerada enfermedad, posee algunas variantes que la suelen poner en otro sitial, cual es el caso de los que rompen los moldes. "La verdad temo a esos locos que se salen de lo normal, son un peligro porque pueden convencer a mucha gente para que les sigan, por ejemplo, Jesús fue un loco, un revolucionario, bueno él, como otros, son unas excepciones porque sus locuras son para hacer bien a la humanidad, pero hay otros que arrastran para mal como Hitler, Bin Laden o el Chapo Guzmán", explica una docente mexicana.

Miedo a caer en la drogadicción. Es evidente que los profesores ven en el consumo de estupefacientes un problema social y temen caer o que alguien cercano se convierta en drogadicto. "Le temo mucho a caer o que alguien de mi familia caiga en la drogadicción" Esta profesora de Pereira escribe que la drogadicción es la que más la intimida. Este miedo es muy fuerte en los últimos cincuenta años de la humanidad. En otras épocas ni se pensaba en él pero en este siglo XXI constituye una amenaza por las implicaciones sociales, económicas, familiares y personales; sabemos de calles con drogadictos que deam-

bulan e irrumpen en escenarios públicos para solicitar colaboraciones o, incluso, actúan como villanos para obtener dineros en su urgencia de satisfacer su adicción. Estas acciones, cada vez más comunes, nos muestran que los miedos se reeditan de muchas maneras.

Miedo a la vejez. Los viejos, incluidos abuelos, padres y vecinos, nos hacen caer en la cuenta de que ser viejo es poco grato, casi espantoso por la escasa autonomía, por las enfermedades y por los olvidos que la sociedad tiene sobre los viejos. Quizá el mayor miedo, luego de la enfermedad, es la invisibilización que sufren los viejos, el distanciamiento del que son objeto. Especifica Fromm que "La desocupación ha aumentado también el miedo a la vejez. En muchos casos se requiere tan sólo a jóvenes y aun a personas sin experiencia". Ser viejo no sólo constituye un estado temporal sino anímico y de relación con el otro; un viejo, en países occidentalizados, deja de ser útil para la sociedad.

Miedo a una ira de Dios. "Líbrame de una ira de Dios" es la expresión que mejor resume esta situación. La posibilidad de que Dios se pueda enojar ante tanto mal, que pueda acabar con el mundo o la idea misma del juicio final produce miedo, a pesar de que los docentes destacan que Dios es misericordioso. Pese a la formación académica, es muy curioso este miedo; se encuentra todo un enrolamiento cultural, toda una imposición que no se logra resolver en algunos docentes, aun con su mundo formativo; de hecho, varios reconocen su asistencia a misa los domingos: "Me producen rabia los que dudan de Dios o quienes no le temen", escribe un profesor de Armenia.

Miedo al diablo, miedo al infierno. Este es un miedo que no comparten todos los docentes, pero un número importante destaca que el diablo aún tiene poderes de corromper e influir, entre ellos de enamorarnos del dinero y los bienes materiales, El diablo, explican muchos, hace ver el dinero como el dios de la tierra; "todo es comprable, todo es vendible y en ello Luzbel tiene mucho que ver", es lo que manifiestan algunos de estos textos. El miedo al diablo también se traduce como esa amenaza latente, ante todo en los creyentes religiosos, de ir al infierno. Ya se sabe del espacio que la biblia le dedica al diablo; es el rey de las tinieblas, es quien dirige el infierno, con el agregado de que, como Dios, también conoce el futuro y se dedica

a robar las almas, a convencer al hombre hacia el mal. Como buena muestra de este miedo, en el Apocalipsis 20:10 se lee: "Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por las eras de las eras".

Miedo a la policía. La policía latinoamericana de los 50s hasta los 90s era temida por su brutalidad; Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, Colombia, México o cualquiera de los otros países centroamericanos son nefastos ejemplos de lo violentas que fueron esas policías; ese miedo se ha quedado en el imaginario de los profesores. A partir de los 90s los policías tienen otro tipo de relaciones con la sociedad, sin embargo, se les acusa de corrupción, de cometer delitos y de ser violentos, lo cual sigue generando miedo en la sociedad misma. Se continúan leyendo crónicas de bandas criminales lideradas por policías y de muchas otras vejaciones a los Derechos Humanos llevadas a cabo por las fuerzas de Policía.

Miedo a ir a la escuela. Muchas veces ir a la escuela, en lugar de alegría, en los profesores produjo zozobra. En todo caso, la escuela goza de poco prestigio, aburre a la mayoría de los estudiantes y, en casos extremos, genera miedos. La condición de actualidad de dicho miedo, exponen los profesores, se ha mutado por "pereza a ir a la escuela". Da pereza, da miedo ir a estudiar por la violencia misma, por el fastidio al matoneo –bullying en inglés– de los compañeros o de los profesores, por el agelastismo docente de no aprender de las risas, por ese centramiento que existe en el conocimiento, desnaturalizando, olvidando al sujeto. "Mi hija no quiere estudiar, dice que los profesores la regañan, sus amigos se burlan de ella, la verdad, muchas veces llora antes de ir a estudiar, ya ni sé qué hacer", expone una profesora universitaria de Armenia. Esta paradoja es frecuente; profesores cuyos hijos le temen al sistema educativo, profesores que padecieron humillaciones en su formación académica ahora ven cómo sus hijos siguen con las mismas amenazas. ¿En estas épocas de desempleo académico, de tan escasas opciones para los jóvenes, de qué nos perdemos cuando no vamos a estudiar? La novela *Nada* de Teller nos avisa bastante, nos alerta sobre el fastidio de ir a estudiar. Así las cosas, es posible que con estos modelos pedagógicos actuales, asistir a la escuela es perder un poco de felicidad y eso ya es demasiado. En la academia, algunos

hablamos de la sal y olvidamos la sazón. Enseñamos los miedos y sabemos poco de felicidades.

Miedo a los profesores. Los actuales profesores les tuvieron miedo a sus profesores, les huyeron, sus profesores fueron fuente de temores. "Yo entraba a la escuela hablando con mis compañeritas o compañeritos, pero apenas llegaba el profesor sentía un miedo increíble, hasta me orinaba en la ropa muerta del miedo. No era sólo a un profesor, casi a todos les temía, porque gritaban, le hacían preguntas a uno inquisidoras, preguntas que uno no sabía las respuestas, lo ridiculizaban ante los compañeros, lo ponían a uno de mal ejemplo y cuando hablaban con los papás de uno ya el mundo se hacía peor, porque siempre tenían quejas contra uno. La verdad, mis profesores fueron terribles, uno o dos fueron magníficos, los demás ni que decir. Ahora quiero ser amigable con mis estudiantes, pienso que no soy un terror, que no he replicado esa experiencia", manifiesta una docente universitaria de Manizales. Los maltratos a estudiantes marcaron una época en la educación colombiana, formación con lineamientos religiosos cerrados y con disciplinas militarescas, experiencia que no ha sido superada del todo. La experiencia con resonancia humana, su misma configuración se traduce en acontecimiento cuando adquiere sentido y pasa a ser imborrable en la memoria del sujeto.

Miedo a recibir las notas o calificaciones escolares. Uno de los grandes miedos docentes se reconocen, en este caso, en el poder que tienen al emitir la nota, la misma que se va haciendo un fantasma desde los exámenes; esperar la nota luego de un examen les producía a los profesores un miedo paralizador. "Temblaba cuando los profesores entregaban los exámenes; si me iba bien estaba feliz; si perdía, algo de mí se perdía", escribe uno de los docentes de Manizales. Aún en pleno siglo XXI los estudiantes sienten ese temor, saben que los docentes que padecieron esa presión siguen aferrados al poder que les otorga emitir calificaciones; se evidencia así que los miedos vividos los conservan y los transmiten, que los profesores se constituyen en difusores de un miedo que ya parecía superado.

Miedo al padre. La autoridad del padre no se pone en cuestión; los profesores que participaron de estos diálogos narrados, hombres y mujeres entre 40 y 60 años, le tenían un respeto al padre que se tornaba

en miedo. Ver llegar al padre en horas de la noche les daba miedo y era peor en el momento de recepcionar los boletines escolares: "¿Dónde está?, preguntaba mi padre con el boletín en la mano; luego de que me encontraba, lo que seguía era un castigo físico, alguna queja transmitida por mi madre o recibida directamente por mi padre me hacía merecedora, junto a mis hermanos, de regaños o, incluso, golpes", escribe otra profesora en relación con sus miedos. Donde mejor se refleja el miedo al padre es en la biblia misma cuando en el Génesis 3, 9-10 dice: "Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás? Éste contestó: Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí". Este es un miedo al padre, unos de los auténticos miedos de la humanidad, relación que gravita entre el amor y el odio; el padre da, pero puede quitar, entrega amor, pero puede castigar, por tanto, no es extraño que los docentes le tuviesen, en algún momento, miedo al padre.

Miedo al sufrimiento. Sufrir por una enfermedad, por un dolor, por la partida de un ser querido, por la pobreza, por el abandono social son, entre otros, los padecimientos por los que ninguno de los profesores quisiera pasar, incluso, afirma Saramago en *El evangelio Según Jesucristo* que Jesús, Dios, temió al sufrimiento que padecería en la cruz. Sabemos de bastantes sufrimientos, pero le tememos porque un sufrir trae consigo muchas pruebas al ser humano que no siempre está en condiciones físicas o psicológicas de sortear.

Miedo a la ignorancia. Pese a que todos los profesores tienen formación universitaria, temen a la ignorancia, temen a no saber estar a la altura de los tiempos con la información de que disponen. En *El miedo a la libertad* Fromm destaca que incluso hay miedo de parecer mal informado, esto es, el miedo a la ignorancia es un miedo a ser tachado de bruto. "Temo a la ignorancia, a la brutalidad humana; cuando las personas se dejan llevar por doctrinas cerradas y poco dialogantes siento un gran miedo", nos dice una profesora mexicana; para esto se apoya en las diversas logias, sectarismos políticos, religiosos, enclaves económicas y guetos sociales.

Miedo a los reptiles y a los ratones. Este es un miedo típico de las mujeres, casi de los primeros miedos que ellas manifiestan. Si bien es una fobia, se resalta esto por la cantidad de veces que fue reconocido

como un miedo casi incontrolable. Los reptiles han gozado de mala prensa desde tiempos bíblicos; las serpientes generan bastantes temores; los ratones tienen una condición poco benigna en la transmisión de enfermedades. Como se puede entender, estos miedos tienen una solidez social que se representa y vivencia casi en todas las culturas humanas.

Miedo a los grupos, a las colectividades. Se tiene miedo a los colectivos, a los grupos por lo impredecibles que son. Es un miedo al qué dirán. Una fobia a los grupos que contradice el cooperativismo. Cada vez nos acercamos con mayor beligerancia a las colectividades que no se parecen a nuestros intereses o que contradicen nuestros gustos. Uno de los grandes miedos a las colectividades son sus posibilidades de manipulación porque se puede correr el riesgo del callejero refrán "Para dónde va la gente, para donde va Vicente"; no obstante, los miedos aquí manifestados se refieren a la confluencia o aglomeración de personas.

Miedo a ser distinto. Aquí subyace una curiosa paradoja: unos tienen miedo a ser distintos, mientras otros temen no ser distintos, temen parecerse a los colectivos. Lo distinto genera desconfianza: "Mis profesores decían que yo era distinta, que hacía las cosas en contra vía, contra corriente y que eso me iba a generar muchos problemas; loca, me insultaban algunos compañeros; mi mamá insistía en que no fuese tan rebelde, que me pareciera a las hijas de las vecinas que todos querían. Poco a poco fui sintiendo miedo a ser distinta; todos me señalaban, me sindicaban por ser distinta y lo único raro que hacía era salir con mis compañeros, fumar cigarrillo, leer novelas en lugar de matemáticas y preguntar por temas que los profesores no abordaban. Al final, el ser distinta me obligó a estar de colegio en colegio, luego me hice común a todos y aquí me tienen como profesora, tal vez, domada, tal vez, vencida de una rebeldía que ahora me duele haber olvidado. Tuve miedo a ser distinta, por eso hoy me parezco a los demás y hasta me aprecian mucho por ese cambio", expone una profesora universitaria argentina. Los gustos sociales, casi controlados por los grandes poderes, pasan a ser formas culturales de control, de ahí que si alguien se niega o decide no continuar por las sendas homogéneas genera miradas y expresiones, casi siempre descalificadoras; comportamientos que, en todas las épocas humanas,

se han tratado de controlar o de difamar poniendo en riesgo cualquier apuesta individual o colectiva de quererse salir del redil.

Miedo a las exclusiones. El anterior miedo se conecta con la exclusión, porque casi toda exclusión pone en condiciones de inferioridad a las personas o grupos que los padecen. "Fui excluido por ser negro, aún sigo sintiendo el racismo, desde chistes tontos hasta acciones directas de decanos y compañeros de la universidad; la verdad, le tengo miedo a esas formas de exclusión, junto a otras tantas que se van dando en las sociedades", indica un profesor universitario de Pereira. Ya sabemos de múltiples exclusiones, por creencias, por color de piel, por capacidad económica, por habilidades intelectuales, por fanatismos deportivos, por tener una determinada nacionalidad, por ir corriente arriba, así podríamos seguir completando un listado casi interminable de exclusiones que la sociedad apenas está pensando, pero que no tiene las claves lingüísticas políticas y jurídicas para confrontarlo; no sabemos cómo debilitar tanto pensamiento y acción excluyente.

Miedo al rechazo, a ser desaprobado. Hay un pensamiento vencido que se ha constituido desde unas teorías y prácticas que deprimen al sujeto. Aún parece más complejo; es como si el conocimiento fuese diseñado para rechazar y desaprobar, una realidad dura y exclusora. No se puede construir conocimiento auténtico expulsando la realidad, desconociendo estos fenómenos. Hay una necesidad de sentirse aprobado, pero ante todo aprobado por las jerarquías, o sea, tener un reconocimiento en las instancias sociales; el no tener esa aprobación produce miedo. La no autorrealización tiene en su profunda construcción social el miedo a ser rechazado, a no ser validado por los grupos culturales, bien por una representación inferior a lo exigido o por salirse de las rutinas que priman dentro de los conglomerados sociales.

Miedo a la no autorrealización. Es un miedo a no autorrealizarse, a ser inferior a las propias expectativas que devienen a marcas culturales donde tienen medidores para los perdedores y ganadores**.** De hecho, expone Beck: "La ética de la autorrealización y logro individual es la corriente más poderosa de la sociedad occidental moderna". Esa necesidad de ser reconocido, de saberse autorrealizado

es una de los mayores escollos de la modernidad. En la escala social cada vez se hace más complejo entender la autorrealización porque emerge una incontrolable insatisfacción de lo que tenemos, no tanto de lo que somos, lo que estimula una suerte de infelicidad. "Mis estudiantes quieren más y más novedades, más cosas nuevas, nada les satisface y ello no parece una decisión individual sino una marca de época", nos refiere una profesora argentina; esto nos muestra que los estándares de autorrealización se han desplazado para forzar la escala de los deseos; no importa tanto el ser sino el tener, el acumular para mostrar, lo que nos hace sentir amenazados y amenazadores; sentir miedo a no cumplir lo que nos proyectamos.

Miedo al fracaso. Nadie quiere fracasar, a veces, ni reconocer sus propios fracasos; el fracaso es uno de los miedos más comunes encontrados en estas historias narradas de los profesores. Otros dirían, parodiando a Rowlands, que estamos basados en intrigas y engaños de las que el ser humano no se puede liberar. El miedo a lo inmanejable, a todo lo que no podemos controlar y a la globalización son otras variantes al miedo inminente a fracasar. La humanidad misma como proyecto es un fracaso; explica Bauman: "La humanidad dispone hoy en día de todas las armas necesarias para cometer (deliberadamente o por defecto) un suicidio colectivo, es decir, para aniquilarse a sí misma llevándose consigo el resto de la vida sobre el planeta". Ese miedo que todos sentimos por el fracaso individual, también se lee por ese fracaso colectivo al que nos encaminamos. Esa idea de la autoaniquilación por el uso de armas atómicas o por los daños al medioambiente corresponde a un miedo al fracaso colectivo del no saber estar juntos.

Miedo a humillar y a ser humillado. Humillar, dejar al otro en condiciones deplorables, no parecía un miedo vigente pero ha emergido con bastante fuerza. "Me produce miedo ser humillado; es que cuando a uno lo humillan lo reducen a lo peor", explica un profesor de Pereira. En estas sociedades clasificatorias y excluyentes se tienen muchas formas de ser humillado; un buen ejemplo son las formas laborales de contratación donde muchos empleados deben aceptar los sometimientos que imponen los patronos debido a su indefensión económica. "Me daría miedo humillar a mis estudiantes, porque fui humillada por un rector de la universidad antes de despedirme;

luego lo echaron a él, ojalá por humillativo", refiere otra docente de Manizales. En las sofisticaciones burocráticas existen sinnúmero de mecanismos para someter y humillar, mecanismos universalizados que, quiérase o no, siguen vigentes y produce miedo saber que las sociedades siguen tan vulnerables.

Miedo a la pérdida de un amor. En este sentido también aparece el miedo a no ser amado, tanto por sus cercanos como por sus mismos vecinos, lo cual va muy de la mano con el miedo a la desaprobación; la mayoría de los profesores quisieran ser queridos por sus estudiantes, recordados por su don de gentes. "No quiero que los estudiantes me odien, quiero que me recuerden, que sientan amor por mis actos docentes", escribe un profesor de Pereira. Si bien este es un amor social, el miedo a perder amores también es en relación con los sentimientos amorosos. "No quiero perder a mi esposo, me daría miedo porque lo amo demasiado", explica otra docente de Armenia. Alguna exigencia nos imprime el amor, ese deseo profundo de ser correspondidos, de no ser violentados en los sentimientos.

Miedo a la soledad. Pese a reconocer que tienen actividad intelectual que les demanda estar solos, le temen a la soledad, es decir, no quisieran llegar a la vejez en plena soledad, en abandono del otro. "Me da miedo ser viejo y estar abandonado, sólo a la buena de Dios", manifiesta un profesor de Manizales. Ya explica Fromm que el miedo a la soledad se resalta porque "Un elemento importante lo constituye el hecho de que los hombres no pueden vivir si carecen de formas de mutua cooperación". El miedo a estar solos es siempre una pregunta por la cooperación, una pregunta por el otro, por el nosotros, en sociedades que transitan con mayor fuerza al yosotros, unas comunidades de yoes.

Miedo al silencio, a no poder expresar lo que se quiere. Frente al silencio nos dice Zemelman que "Surge la tarea de recuperar el silencio como momento de reflexión prediscursiva". Es probable que también se precise del silencio luego del discurso para escuchar los rumores, los susurros del sujeto que es el otro y que soy yo. "Me da rabia cuando no me dejan hablar, cuando me obligan a silenciarme, también me da miedo que se convierta en un estilo cultural donde nos obliguen a silenciar tantas barbaridades", manifiesta un profesor de

Manizales. Este reclamo por la palabra, por la voz se legitima ante avalanchas de regímenes que prohíben redes sociales, que cierran medios de información para evitar que la humanidad se entere de lo que allí acaece; salvo rarezas, estas mutilaciones de la información corresponden a grandes violaciones a los Derechos Humanos. "No me gusta el silencio, cuando explico y los estudiantes no me preguntan quedo preocupado; esos silencios me producen miedo, creo que no me entendieron o que se aburrieron", escribe otro de los docentes. Este silencio que se acerca al desinterés del aprender, a los riesgos de quedarse ignorando por no preguntar es uno de los grandes miedos pedagógicos, pero uno de los grandes retos, aprender a entregarle la palabra a los estudiantes y a silenciar las verdades de los maestros.

Miedo a la pobreza. La pobreza es una condición económica que ninguno de los docentes aprueba; le temen, puesto que en la precariedad económica las posibilidades de sobrevivir con alguna dignidad son mínimas; es la pobreza uno de los miedos más reiterados en estos testimonios de vida. El mundo tiende a ser dicotómico, ricos-pobres, las clases económicas medias van desapareciendo y pasan, en su mayoría, a convertirse en pobres, pocos en ricos, es decir, no existe ese colchón, ese gran entramado socio-económico que media y sirve de enlace, de ahí que los profesores tienen un profundo miedo a la pobreza por todas las exclusiones, sufrimientos y humillaciones que ello conlleva.

Miedo a perder lo que se tiene. Es una cercanía con el temor a la pobreza. Básicamente en términos económicos, se manifiesta el miedo a perder sus propiedades, bien por un mal negocio, por acción de la delincuencia o porque el poder adquisitivo se disminuya de tal forma que se pierda lo que se tiene. "Me da miedo perder mi casa por una mala decisión, a perder mi empleo o mi familia; es muy duro perder lo que uno ha conseguido con tanto sacrificio", explica un profesor de Armenia.

Miedo a la insensibilidad. La insensibilidad se ubica en el afuera, pocos la reconocen como su práctica cotidiana; la insolidaridad se comprende como incapacidad de acercarse al otro, de comprenderse con el otro, de interesarse más allá de sí mismo. "No me gusta la gente insensible, les tengo miedo, mucho miedo, son capaces de lo

peor", destaca una de las profesoras mexicanas. En la medida que aumenta la población, los niveles de insensibilidad parecen progresar en el mismo sentido. "Temo a convertirme insensible cual hacen los adinerados", refiere un profesor argentino. Esa sensación simbólica de malquerencia del poderoso sobre el menesteroso no desaparece, se comprende que los adinerados son gentes poco sensibles y prestas a servirle a la sociedad.

Miedo a la injusticia. Hay temor a ser objeto de una injusticia. "Uno puede ser injusto de muchas maneras, entregando una calificación, emitiendo un concepto o simplemente designando labores extra clase", indica uno de los testimonios de vida leídos. Se le pide justicia a las organizaciones del Estado, pero cuando no llega, entonces pasa lo de los gobernantes indecorosos, como el caso de los regímenes totalitaristas, que se tornan injustos e intimidantes. Esto, lo sabemos, ha sido una de las grandes marcas de las sociedades latinoamericanas, golpeadas y llenas de miedo por la violencia que los mismos gobiernos ejercen sobre sus ciudadanos; la injusticia jurídica va en conexión con las desigualdades económicas, educativas, sanitarias y de acceso a los servicios públicos básicos, entre muchas más.

Miedo al arribismo. Varias de las historias narradas hacen hincapié en que esa urgencia de llegar a un cargo por encima de cualquier condición no la desean, les produce miedo ser o estar cercanos a un arribista. *El fin justifica los medios* no justifica todo; la paradoja es que algunos docentes aceptan haber asumido posiciones donde, por sus actuaciones, estudiantes, profesores y amigos han quedado en condiciones precarias. "Tengo un compañero que sólo piensa en su éxito personal a toda costa, produce miedo verlo tan narciso", relata una profesora de 56 años de Armenia.

Miedo a ser agredido y a agredir. La agresión que más temen es la que tiene consecuencias físicas. "Le temo a los golpes, tanto a recibirlos como a darlos, cada vez que me agreden, así sea de palabra, me hacen llorar, pero a la que más le temo es a la agresión física. Como profesora soy muy dulce y trato de no asustar a los jóvenes e insisto en que a nadie se debe golpear; por ninguna razón se justifica un maltrato físico, o sea, una agresión". Esto lo manifiesta la profesora que, a sus 52 años, decide no replicar lo sufrido ni justificar esa forma de

aprendizaje, sino que en rebeldía y resignificación a lo padecido opta por apostarle a la potencia y al acto; somos ser en potencia y ser en acto describió Aristóteles, en este caso, del amor pedagógico.

Miedo al fin del mundo. En los relatos del fin de los tiempos, en los relatos bíblicos del fin del mundo, en los relatos modernos de atentados nucleares o calentamiento global, nadie saldrá bien librado, es una de las creencias más extendidas, esa posibilidad les produce bastante miedo a los docentes. La catástrofe ambiental es de los grandes apocalipsis del momento; no hay profesor que no vea venir una debacle ambiental. "Si no enseñamos una ética ambiental, una ética humana, a la tierra y sus generaciones les queda poco tiempo", nos dice un profesor chileno.

Miedo a un terremoto, a un tsunami. De los fenómenos naturales más temidos es el terremoto, no sólo por la cantidad de víctimas sino por todas las dificultades que genera. No quieren estar o padecer los efectos de un terremoto. "Yo le temo a un terremoto primero, a un tsunami después, pero ambos son horribles", escribe un profesor de Manizales. Los fenómenos naturales como terremotos, inundaciones, incendios son generadores de muchos miedos; ya sabemos de las grandes emergencias y problemas colaterales que genera cualquier fenómeno natural que implique grandes desastres sociales.

Miedo a una guerra por agua. Este, que es un miedo narrado en muchos momentos, llevado a filmes e incluso a libros, se ha ido haciendo más evidente en las comunidades académicas. "Tengo miedo, pero es real que muy pronto tendremos una auténtica guerra por agua dulce; ya es más costoso un litro de agua que uno de leche para poner un ejemplo", refiere un profesor de Armenia. Las exploraciones en zonas lacustres, la deforestación, el calentamiento terrestre, el descongelamiento de los polos y de muchos nevados son suficientes muestras de que vamos a tener dificultades con el agua, de ahí que pensar en guerras por el agua dulce ya no luce tan lejano, va más allá de mera ficción si no se adoptan medidas globales para afrontar este riesgo.

Miedo a una acción terrorista. En Colombia, en la década de los 90s, era muy común un carro bomba; desde esa memoria, los

docentes le tienen bastante miedo a los carros bomba, tanto por los daños como por las víctimas que genera. Aunado a las bombas están las minas antipersonas que suelen instalarse en zonas rurales con las desmedidas consecuencias humanas. Una explosión de una mina antipersona, de una bomba, alcanza no sólo cuerpos sino imaginarios que se mantienen en el tiempo. "Tengo miedo a los terroristas de todo el mundo, que son muchos", indica un profesor de Armenia. Lo más reciente viene en imágenes de todo el mundo, destrucciones masivas como atentados a gran escala, desaparición de aviones u otras formas violentas que usa el terrorismo; esos miedos se hacen bastantes visibles en los docentes.

Miedo a los musulmanes. Mucha propaganda occidental influye en este miedo, nos hacen creer que hombres y mujeres suicidas son musulmanes, que bombas, explosiones, secuestros de aviones y otros desmanes humanos corresponden por ser musulmán, como si no existiesen este tipo de comportamientos en sociedades con religiones diversas a la musulmana. "Me da miedo de los musulmanes, en cualquier momento se explotan y acaban con todo dizque por Alá se los premia en la muerte, cada vez, les tengo más miedo", relata un profesor universitario en Pereira. Esta arremetida de los medios informativos occidentalizados contra cualquier rastro musulmán es evidente, de hecho, en Colombia, Argentina, México, Estados Unidos, España se producen actos terroristas y violaciones, ningún medio sale a informar ni a sindicar a ninguna religión, pero si llegase a ser un musulmán la noticia se expande y toma otra dimensión. Pensar en nuestros odios, en el cómo la prensa occidentalizada nos dice cómo, cuándo, dónde y a quién odiar, cada vez, va siendo una empresa que todo docente no puede delegar, no puede quedarse con sus odios, olvidos y miedos que los poderes le han entregado en un cuentagotas.

Miedo a la inseguridad en las ciudades. Este es uno de los miedos más curiosos y más reeditados; el miedo que nos constituye, el sistémico, el que sirve para amaestrar, para hacernos renunciar a nuestro deseo y a nuestra identidad. El miedo nos homogeniza y globaliza la incertidumbre. La ciudad fue en, su momento, un albergue, un refugio contra la violencia en las villas, hoy es el escenario propicio para secuestros, robos y asesinatos. Los profesores le temen a las calles de las grandes ciudades, la falta de seguridad en las ciudades les produce

pánico. “No hay seguridad de regresar a casa” por tanta inseguridad, “Uno sale, pero ni idea cómo regresa si es que regresa. A mí la calle me produce miedo, cuando salgo lo hago en taxi o acompañado, hay sitios a los que jamás he vuelto”. Esto nos lo dice un profesor que resalta la ciudad como una selva. Es como si el problema de la seguridad fuese también una sensación, un problema de los corazones.

Miedo a los ladrones. No se quiere ser objeto de un robo en cualquiera de sus modalidades, pero los ladrones callejeros son temidos por su violencia, por sus mismas formas de proceder donde la vida y la integridad de las personas están en juego cuando aparecen los ladrones. “En Colombia robaban relojes de mano, ahora son celulares y lo matan a uno por un pedazo de celular, antes no era así”, indica un profesor de Pereira. Los ladrones, raponeros callejeros, generan demasiado miedo en Colombia y México, no tanto así en Argentina o Chile; esto se explica porque los pequeños hurtos, los raponazos de celulares desencadenan asesinatos, comportamientos bastante típicos en Colombia, que se extienden a México y otros países centroamericanos; de ahí que un ladrón siempre nos ha generado miedo por las consecuencias de sus actos, pero en estos tiempos crean mayores incertidumbres porque ya no se bastan con el bien, ponen la vida en juego.

Miedo a las alturas. Esta es una fobia bastante mencionada. “Le temo a las alturas; en el 2010 fui con mi hija a unas atracciones mecánicas y ella me insistió que subiésemos a la rueda, por dármelas de hombre acepté y ya en la parte alta lloraba, estaba hecho un manojo de miedos, parecía como loco, mi hija se asustó por mi estado y pronto me bajaron. Si de hombría se trata he quedado muy mal con mi hija. Esto de las alturas me atemoriza, me intimida”, destaca uno de los docentes. Las construcciones humanas van hacia arriba; no por ello el temor a las alturas se ha superado y los mecanismos para superarlos lucen insuficientes.

Miedo a la invisibilidad. Algunos profesores manifiestan que les agrada ser reconocidos, ser tenidos en cuenta a la hora de que se tomen las decisiones; el no ser visibles les produce miedo. Hay sujetos narcisos que luchan por ser visibles, cuyo miedo es no ser reconocidos. “Existe cierto narcisismo en mis formas de comportarme, tal

vez cierto miedo a no ser visible, lo cual confirmo con mis publicaciones, mi vestuario e incluso la presencia de mi voz en lugares que no siempre requieren de mis conceptos. Siento miedo a la invisibilidad, muy al contrario de mi hermana que habla de la prudencia, de la mesura y del gustarle pasar desapercibida". Este profesor de Pereira describe con claridad su miedo. En estas sociedades del espectáculo ser visible es una de las demandas, distinguirse por algo es la nueva rutina social.

Miedo a la tecnología deshumanizada. La tecnología por sí no parece peligrosa, pero en los términos de uso, muchos manifiestan ese miedo por lo que pueda devenir en un mundo tecnologizado y deshumanizado. "Me produce miedo ver que los aviones, barcos, trenes y vehículos los controlan por computadoras; en el futuro hasta nos controlarán nuestros pensamientos, eso es un horror", relata una profesora de Manizales. Aquí puede subyacer una imaginación colectiva, un cierto rumor que cada vez se hace más fuerte; la tecnología se está convirtiendo en un riesgo, nos dominará; esto fue un rumor en otras épocas pero ahora se está transformando en una espesa realidad.

Miedo a los estudiantes. Esta manifestación se hace más evidente con estudiantes que por su edad o condición física pueden causar agresiones físicas severas. "Hace cuatro años una estudiante me amenazó, dijo que le iba a decir a su novio que yo la perseguía por linda; el caso se llevó a rectoría y luego a la justicia porque conocí de un profesor asesinado por ese tipo de amenazas; al final resolvimos la amenaza y ella cambió de institución educativa", esto lo explica un docente que tuvo experiencia en Educación Media de Armenia. La siguiente investigación adelantada en España nos muestra la problemática: "Aunque sólo un 7,4% de los profesores reconocen haber sufrido alguna vez una agresión física por parte de los alumnos, el 54,4% afirma haber recibido insultos; un 32,4%, amenazas y el 97,9% ha visto episodios de violencia de sus pupilos entre sí. El estudio fue realizado durante el pasado curso entre 1.223 profesores de Secundaria, 240 de Andalucía. El 50,2% reconoce que el temor a una agresión le provoca un nivel de estrés alto o muy alto"[2]. Es decir, este miedo

2. http://www.libertaddigital.com/sociedad/la-mitad-de-los-profesores-sufre-ansiedad-por-miedo-a-los-alumnos-1276385793/ (Recuperado el 21/12/2012)

no es exclusivo de los docentes colombianos, también lo padecen profesores de otros continentes, lo que nos lleva a pensar que si algo está bien globalizado es el miedo. Por la violencia armada y la alta influencia del narcotráfico es común que un estudiante decida amenazar no sólo a sus compañeros sino que lo extienda a sus profesores, bien por una calificación o por reportarle comportamientos incorrectos ante sus padres y autoridades de la institución formativa.

Miedo a perder u olvidar el celular. Es probable que un miedo de estos no lo tuviera ninguna sociedad del siglo XV, no obstante, aparece este medio tecnológico que presta un gran servicio, pero que también sabe someter, casi esclavizar. "No imagino llegar a la universidad y no traer mi celular, prefiero regresar y hacerme pasar por enferma que no tener el celular conmigo; al decir esto pienso que me estoy esclavizando, pero me da miedo perder el celular, eso es cierto", destaca una profesora de unos 43 años de Manizales. Hay evidencias de estudiantes y hasta profesores que llegan tarde a su labor académica porque debieron regresar por el teléfono móvil. "Me da miedo olvidar el celular y que mi compañera lea algunos mensajes divertidos pero que puede malinterpretar", relata otro profesor de Manizales. Estos artefactos se han convertido en todo un sistema de información y almacenamiento del cual ya no podemos librarnos. "Me da miedo dejar o extraviar el teléfono móvil, ahí tengo mis contactos y casi todas las actividades y compromisos adquiridos, sería terrible perder el celular", expone un profesor de Armenia. Miedo a estar desorientado, a no tener la información portable y dinámica que despliegan estos equipos telefónicos.

Miedo a quedar en embarazo. El embarazo no consentido, el que se gesta por una noche de lujuria o producto de una violación sigue teniendo una alta valoración de miedo. Este es un miedo generalizado, si bien las que más lo manifiestan son las mujeres, los hombres sienten miedo de que su pareja quede embarazada, los padres temen que sus hijas jóvenes no terminen sus estudios y queden embarazadas: "la verdad, siempre tuve miedo a tener un embarazo en mis noviazgos y a mi hija le insisto para que planifique, me da mucho miedo que llegue a quedar embarazada", expone una profesora de Armenia. Traer al mundo una vida humana suele comprenderse como una fiesta, como un festejo a la creación, pero cuando no corresponde a lo planeado o

deseado pasa a ser una suerte de pesadilla que suele tener consecuencias molestas para el entorno familiar y para el niño-a mismo-a; de ahí que ese miedo a quedar en embarazo tiene sus sustentos desde las consecuencias sociales, económicas y personales que de ello derivan.

Miedo a los hombres. Otro temor que corresponde a las mujeres, quienes han sido víctimas de tantos siglos de dominio, pero siguen siendo víctimas de golpizas, violaciones y otras vejaciones por parte de los hombres, hace que este miedo tenga bastante vigencia. La fuerza física, pero ante todo la forma violenta que tienen muchos hombres de resolver sus diferencias les hace ser temidos por muchas mujeres, ante todo en comunidades donde siguen imperando leyes y hábitos culturales que no castigan estos actos y deciden victimizar a la mujer. "Desde pequeña le tuve miedo a los hombres, luego se los perdí, pero últimamente les vuelvo a tener respeto; por ejemplo, a mi hija le da mucho miedo encontrarse un hombre en zonas oscuras o alejadas", indica una profesora de unos 53 años de Pereira. Esta conducta nos pone a pensar que el dominio fálico es evidente y que no existen suficientes medios de control para que los hombres jamás se atrevan a violentar a una mujer. En tanto, en estas búsquedas, nadie habló de tenerle miedo a las mujeres, ¿qué tipo de sociedad hemos y estamos gestando donde un género se sienta amenazado, se sienta vulnerado?

Miedo a una invasión extraterrestre. Los movimientos alienígenas, los filmes y múltiple información al respecto pone a muchas personas a dudar de la existencia de vida terrestre. "Yo no dudo, estoy seguro de que hay extraterrestres y que tarde o temprano nos invadirán porque tienen mejores tecnologías que las nuestras; un buen ejemplo es que ellos ya nos encontraron y nosotros no sabemos dónde están", explica un profesor universitario de Manizales. Ante los nuevos ordenamientos cósmicos y extracósmicos nadie tiene una verdad absoluta, nadie puede afirmar o negar categóricamente la presencia de extraterrestres; esa dificultad va tornando a los seres humanos más dudosos de ser el centro de la creación y les infunde temores de posibles guerras o presencias externas a la realidad terrenal que pondrán en riesgo al ser humano y su entorno.

Miedo a una invasión de plagas. Parece ser una extensión de las referencias bíblicas, pero en este caso hay elementos más

preocupantes como la presencia de insectos tropicales en zonas donde antes no emigraban porque las condiciones climáticas eran demasiado frías, se escribe sobre mutaciones de muchas especies ante las nuevas condiciones ambientales que, en muchos casos, no podrán controlarse con facilidad; igual acontece con muchas enfermedades humanas y animales. "Veo venir una invasión de plagas, me da mucho miedo, le temo a las plagas porque acaban con cultivos y muchas especies de las cuales depende el hombre; leo mucho al respecto y día a día voy confirmando esa realidad: las plagas nos invadirán", expone una profesora universitaria de Pereira. Este miedo se ha tornado más universal, por tanto, desde una persona con bastante formación académica hasta alguien con menores ejercicios teóricos, se alberga un temor creciente de probables plagas incontrolables, de invasiones extraterrestres, de guerras por aguas, miedos que se viven, se sienten y, por tanto, se enseñan.

Miedo a perder el empleo. Este es uno de los miedos de la modernidad, pero es más dramático en los últimos cincuenta años. Perder el empleo es arriesgar la seguridad alimentaria propia y de la familia, es perder algún estatus dentro de la sociedad. El empleo se ha convertido en uno de los sistemas más sometedores y desquiciantes de las sociedades actuales: se estudia para trabajar, se asciende para mejorar las opciones laborales, se vive para trabajar. "Me daría mucho miedo quedarme sin empleo; a uno con cuarenta y nueve años no lo reciben en ninguna parte", escribe una profesora.

Miedo de no saber qué hacer con el tiempo libre. Si al miedo a quedarse sin empleo le surge el relato del tiempo libre, ¿qué hacer en los tiempos libres? Los pensionados se sienten desolados días después de quedar libres. Los padres y el mismo sistema educativo le temen a las horas libres de los escolares. Suponen, no sin elementos, que ese tiempo no ocupado sirve a los jóvenes para emprender acciones incorrectas o delictivas. "Hace un año pude pensionarme y no he querido pedir los derechos porque la verdad no sé qué hacer con el tiempo libre; en mi casa se fastidiarían de verme todo el día sin hacer nada", destaca un profesor universitario de Manizales. El ocio creativo, el ocio para acceder a otras apuestas humanas aún no se logra visibilizar porque la educación no dispone de suficiente conocimiento para enseñar a vivir el tiempo libre ni las políticas públicas de ciudad y

país han abordado esa nueva condición humana que es cada día más evidente. Aparte del mundo centrado en el comercio, en el turismo, en la compraventa de bienes y servicios, no tenemos muchas iniciativas para hacer del ocio creativo, del tiempo libre un lugar de encuentro.

Miedo al chisme. De lo más común, de lo cotidiano es el rumor, el chisme, el hablar sin suficientes fundamentos o el hablar de lo privado, el interesarse por la cotidianidad de las personas; el llevar a corrillos lo que en la oficialidad se silencia es una práctica milenaria, pero con consecuencias más dramáticas en unos escenarios sociales que en otros. "Cada vez le tengo más y más miedo al chisme y a los chismosos, ellos destrozan vidas; es tan lucrativo el chisme que los grandes canales de televisión tienen extensas jornadas con el máximo de audiencia en sus programas faranduleros del chisme; ah, no creas, en la universidad hay mucho chismoso", explica un profesor universitario de Armenia. Ya es momento de elevar el chisme a ciencia, la gran ciencia de lo cotidiano que descartamos por su ausencia metódica de llegar a los acontecimientos. Lo curioso es que esa actitud tan humana se manifieste como miedo, lo que en otros momentos se despreciaba o confrontaba hoy pasa a ser un miedo humano, demasiado humano porque involucra la vida en su mayor simpleza, pero en su mayor profundidad, porque el chisme otorga tanto sentido a la vida o, quizás más, que muchos postulados teóricos.

Miedo a perder el miedo. Ya nos parece el extremo, pero así es, así devenimos, hasta con miedo a perder el miedo. Esta contradicción emerge en los contornos de aquellos que al no temer a nada están dispuestos a tomar el mundo como su pañuelo. "La ciencia sin miedo, la medicina, la economía y la política sin miedos se transforman en unos grandes monstruos", nos escribe una profesora argentina. Es probable que aquí haya un gran interrogante ético, un miedo por aquellos personajes que, al no temer ni tener sobre sí ideas de seres superiores, deciden emprender todo tipo de actos desquiciados; sí requerimos del miedo para que alguien se controle. Kant nos diría que esa no es la salida, un indicador claro de que la sociedad aún no llega a la mayoría de edad. "Téngale miedo a las personas que no tienen miedo", relata un profesor de Armenia. La razón es más que suficiente, si alguien precisa ser vigilado y amenazado para que no haga un acto perjudicial es porque no ha dado el gran salto de responsabilidad social.

Ya sabemos que vivir con miedos es partir la existencia, es vivir un poco menos placentero, es debatirse entre cordura y locura, es, cuando menos, la excusa perfecta para no intentar algo, porque de no existir el objeto del miedo pasamos a inventarlo para sentirnos confortables, así de curioso, pero así de temeroso es el tránsito por los miedos.

Cuarta instantánea: Metáforas y paradojas del miedo

El poder tiene bastantes metáforas para promover el miedo; buenos ejemplos son los siguientes. Miedo a la ira de Dios: ¿es posible, tiene actualidad este miedo? Miedo al diablo, miedo a los fantasmas: se dice que la ciencia ha espantado hasta los fantasmas, nos ha deshabitado de los mitos y fantasmas. ¿Qué condiciones culturales permiten redimir estos miedos? Como vemos, muchos de estos miedos son metáforas que nos piensan, que nos someten si se quiere. Tener miedo al infierno, a no llegar al cielo u otras ofertas del más allá es una clara metaforización de la realidad, una metafísica del miedo. Dios como fuente de miedo que, bien lo relata la Biblia, tampoco le queda lejos al Corán donde en la Sura II, conocido como La Vaca, en su aleya uno expresa: "He aquí el libro que no ofrece duda; él es la dirección de los que temen al señor". Nos queda claro, el Corán es un libro para hacernos temer, para saber que es Dios quien define nuestras vidas y el más allá, por tanto, el libro sagrado de los musulmanes ha de ser y se convierte en fuente de miedo en sí mismo. La misma suerte ocurre con la Biblia, donde las palabras miedo, temor o temed plagan el libro y, por consiguiente, a los seguidores de la llamada palabra de Dios. Es probable que sean errores de traducciones, no obstante, estos dos grandes metarrelatos religiosos nos ponen a pensar la importancia que ha tenido el miedo para guiar, controlar y movilizar a las humanidades.

El miedo a una ira de Dios, claramente lo amplía Fromm al decir que "La Iglesia, al tiempo que fomentaba un sentimiento de culpabilidad, también aseguraba al individuo su amor incondicional para todos sus hijos y ofrecía una manera de adquirir la convicción de ser perdonado y amado por Dios. La relación con el Señor era antes de confianza y amor que de miedo y duda". Este miedo es una clara muestra de hasta dónde puede llegar un poder: generar miedo para

controlar, para someter, sabiendo, como muestra Fromm, que al principio la relación hombre-Dios era de confianza, de amor y de pronto fue necesario llevar esta relación a la duda, a la búsqueda de traidores y, por tanto de culpables, lo que en sí genera miedo. Esto sucede cuando hay mediaciones, un poder mediador ante otro poder suele recurrir a la amenaza, al miedo para imponerse.

Decir que hay vida más allá de la tierra es una metáfora, decir que le temamos a una ira de Dios es otra metáfora, porque es trasladar uno de los sentimientos más fuertes del hombre hacia un ordenamiento superior que, por serlo, debe ser superior a sus impulsos, a sus mismos deseos de venganza, a estos llamados impulso primarios del hombre.

Los miedos también se aprenden, muchos son de orden cultural, devienen de una experiencia real o imaginada de las comunidades que se van enseñando de voz en voz, de historia en historia, de mano en mano. Un buen ejemplo de esos miedos se encuentra en la idea de que existen fantasmas, en el miedo al mal de ojo, el miedo a sentirse envidiado por otra persona, condicionamientos culturales que se van relegando de generación en generación.

Si algo es vital en los miedos es que impactan en nuestro sistema emocional; se pueden hacer grandes razonamientos sobre la existencia o no de fantasmas, de extraterrestres, pero la conexión directa con la emoción, la casi imposibilidad de razonarlos hace que los miedos sean poderosos y vinculantes, inolvidables si se quiere.

Controlar los miedos para no caer en grandes pánicos, para predecir mejor, ha sido una de las grandes apuestas del hombre. No obstante, emergen algunos miedos casi incontrolables como es el caso de las fobias que día a día van engrosando la lista de los temores. El que un miedo ya nos supere, ya nos sobrepase va siendo una gran paradoja, sin embargo, es más común de lo que se quiere aceptar. Las paradojas del miedo son notables, no se logran resolver por ser paradojas, no consiguen ser comprendidas por las formas binarias de relacionarnos y de ejecutar los planos de la vida característicos de los seres humanos.

Esto de que tengamos miedo a la muerte no es tan inocente como se revela; meter miedo con el más allá es una de las grandes fuerzas de muchas religiones, puesto que nos ponen en la paradoja de disfrutar el cuerpo o salvar el alma y, como profesan muchas teologías, el cuerpo es la cárcel del alma, la perdición de ésta, de ahí que ese miedo

a la muerte, en términos generales, es una herencia religiosa y cultural que va en esa pulsión entre el Eros y el Tánatos, una lucha que por sí misma produce cierto miedo y cierta ilusión.

La inteligencia artificial nos produce miedo. Esta idea de tener inteligencias artificiales superiores a la condición humana causa cierto resquemor, miedo, puesto que serán inteligencias emancipadas de los hombres, de lo cual, Lyotard también coincide, habrá inteligencia sin necesidad de los humanos.

¿Y el hombre virtuoso debe sentir miedo? Esta pregunta va por lo que muchos hombres del pasado consideraban como virtud, un ser humano inclinado a hacer el bien y libre, no sólo de manchas sino de miedos. Las virtudes son los patrimonios morales del hombre, son hábitos de permanente bonhomía. Las virtudes, según Aristóteles, no son pasiones ni facultades, sino hábitos o cualidades; lo opuesto son los vicios. Las virtudes más conocidas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, a propósito, son denominaciones femeninas, lo cual nos puede sugerir cierta capacidad de autogeneración. ¿Qué pasa con la fortaleza y la templanza cuando nos asiste el miedo? No se tiene una respuesta cercana conocida y los profesores, cuando escriben sobre los miedos, en nada se refieren a las virtudes. Por tanto, estamos frente a otra paradoja: si un profesor es alguien virtuoso, cómo es posible que tenga tantos miedos.

Hay paradojas del miedo que parecen incontestables, pero que nos designan. Somos, de algún modo, sobrevivientes, en medio de guerras, de hambrunas, de enfermedades endémicas, de economías en quiebra, de democracias asesinas, de desarrollos técnicos poco cuidadosos de los hombres. Estas guerras, estas economías maltrechas y estas democracias asesinas multiplican los miedos y facilitan el ejercicio de los poderes. De ahí que tengamos profesores con tantos miedos formando sociedades con miedo que hablan de libertades, ni más ni menos que la gran paradoja.

¿Qué tipo de sujeto forma un docente con estos miedos? Desde los testimonios se reconoce que se forman sujetos limitados, llenos de miedos, seres resentidos, personas agresivas, rodeadas de muros que no dejan movilizar al hombre. El muro de las religiones o muro de los lamentos; el muro de la política o muro de Berlín, ahora muro en la frontera con México o en Gaza; el muro de la economía o Wall Street son, evidentemente, formas de actualizar los miedos, de poner divisiones entre los buenos y los malos, los bondadosos y

los peligrosos. No se sabe qué tipo de sujeto se está formando con tantos pavores, lo que sí sabemos es que pertenecemos a la sociedad del miedo.

Quinta instantánea: Punto de cierre. Futuro del miedo. Fantasía y ansiedad

Ese miedo al futuro, ese temor a lo desconocido gravita entre fantasía y ansiedad, puesto que nada de lo por venir es claro, mucho parece desastroso, desde la realidad ambiental, pasando por ciertas profecías religiosas o étnicas hasta llegando al planeamiento político-financiero; ahí emerge el futuro como una caja de Pandora empobrecida, sin siquiera una esperanza, una suerte de desesperanza aprendida, donde ni derecho a la esperanza se tiene, es un miedo reeditado: gentes sin esperanza, llenas de miedos y hasta cargadas de odios.

El conocimiento artístico, científico, filosófico, psicológico, económico, físico, químico, geográfico, militar, político, ético, jurídico, fílmico y lingüístico aloja sus propias teorías y prácticas, con las cuales construyeron y, para colmo, siguen instituyendo temores; por tanto, tensionarles y exigirles que den cuenta del cómo multiplican y el por qué ingenian miedos es la obligación mínima de cualquier docente comprometido con su realidad, de estas formas de comprender el mundo donde nada es inocente. Cada uno de estos conocimientos debería preguntarse por sus modos de leer y abordar al sujeto, donde el cómo y el para quiénes aparezcan en sus horizontes; formulas sencillas que hasta la democracia ha olvidado.

Hay un miedo que no mencionaron y es el miedo a la democracia, del cual nos advierte Chomsky: “El ansia de ver aplicada en todo el mundo la democracia al estilo norteamericano ha sido un tema persistente en la política exterior de los Estados Unidos”, esto porque donde los Estados Unidos se proponen fortalecer o instaurar la democracia se gestan sinnúmero de violaciones internas, o si es el caso de invasiones, como se ha dado en Vietnam, Panamá, Afganistán o Irak, la democracia al estilo norteamericano es una invasión militar, en el fondo, una práctica política para justificar sus ambiciones económicas expansionistas. Es curioso que ninguno de los profesores hubiese escrito sobre algún miedo en relación con las posibles intervenciones

armadas o no de los Estados Unidos, de los espionajes electrónicos o de que sus hijos permanecieran demasiado tiempo en las redes sociales digitales.

Culpar al otro, demonizar el afuera y encontrar a alguien para perseguir es una de las grandes tecnologías del miedo. Perseguir bárbaros, mujeres, negros, indígenas, desposeídos, terroristas o pobres es una línea clara del poder, buscar a quien culpar, no quieren encontrar los orígenes de los problemas sino culpables para potenciar los miedos, para hacer más grandes las cárceles. Si alguna herencia tenemos clara es la religiosa, sumada a la política y la militar, que para hacerse a sus propios fines no tiene problemas en demonizar, en deshonrar del otro. De ahí la justificación de las guerras, de ahí la justificación de la inquisición y quema de brujas; en la misoginia religiosa, política o militar nada es inocente. De ahí las injusticias, de ahí la educación, con profesores temerosos, casi acobardados, como un espacio idóneo para replicar y enseñar nuevos miedos.

Es la educación un sistema, una forma de poder, una manera de comprender y hacer comprender el mundo, de leer y accionar la realidad, por tanto, si en la educación, si los encargados de ser docentes tenemos tantos miedos y, a su vez, los replicamos, ¿qué tipo de sujeto estamos formando? Es una muestra más de la crisis, de la crisis educativa, donde se abordan temas, no problemas, se escriben currículos, se dispone de normas, pero los grandes desafíos de la humanidad no se abordan porque no se quiere o porque simplemente no se conocen.

Los nuevos grandes miedos de la humanidad, los nuevos miedos para el futuro, no se abordan por los docentes, como la pérdida de seguridad social, la pérdida de empleo, la fragilidad laboral, la contaminación ambiental, el agotamiento de aguas dulces, del agua potable, la guerra por el oxígeno limpio, la pérdida de la información de las bases de datos o en internet, el jaqueo de las cuentas bancarias, la propagación de un virus que afecte a grandes ciudades, un calentamiento global o una intoxicación general del aire; no se expusieron miedos por la desaparición o corte permanente de los servicios públicos, a una hambruna generalizada, a la falta de medicamentos, a una explosión nuclear, a una guerra final de exterminio humano, unos riesgos muy fuertes a presentarse en el futuro que no se identifican desde los relatos escritos.

Curioso es pero nadie habló de temerle a su propia cultura, a la inseguridad jurídica, pero sí de otros miedos más ilusorios. Es posible

que hayan ilusiones cognitivas en relación a los miedos, es decir, una creencia que aceptamos intuitivamente como cierta. Por consiguiente, puede haber miedos venidos de ilusiones cognitivas, miedos admitidos como ciertos por mera adopción intuitiva sin que se revisen, sin que se contrasten con la realidad y/o con el mismo juego de la razón, algo así como volvernos fanáticos del miedo, necesitar del miedo para aislarnos, para justificarnos.

Así las cosas, con profesores miedosos e inventándose desasosiegos, con docentes que no han logrado resolver sus miedos atávicos, sus miedos históricos, los miedos padecidos por las sociedades de la caverna, ¿cómo podremos bordear y abordar el mundo de los niños o de los jóvenes? Tantos miedos, tantos tabúes, tantos temores lo que promueven son inseguridades, promueven rupturas a las libertades que facilitan el juego de los poderes cuyo lema central venido de Maquiavelo se mantiene y se potencia: meter miedo para dominar, meter pánico para controlar, para regentar.

Entonces, en las sociedades como la nuestra, gobernadas por el miedo, donde el otro es una amenaza, no una promesa, donde el otro es siempre fuente de sospecha y no de esperanza, aprendimos a temernos, aprendimos a vivir asustados por todo; de ahí que encontramos en los docentes miedos religiosos, económicos, afectivos, educativos-académicos, jurídicos, existenciales, pasando por los miedos a la naturaleza de aquellos que tuvieron los llamados hombres y mujeres de las cavernas, miedo a las sombras, a las propias sombras. Visto así, aún no hemos cortado el cordón umbilical que nos une al miedo.

Desde luego que, cuando se corta el cordón umbilical, bien el que nos une a la madre, a alguien o a algo, se va construyendo la libertad. En el momento en que se corte ese cordón que nos une al miedo, es posible que aprendamos no sólo de la libertad sino de la felicidad. ¿Es la libertad presencia de algo? Se ha llegado a pensar que uno de los grandes muros del ser humano es el miedo a ejercer la libertad. ¿Es el miedo ausencia o presencia de algo, o ambos? Si un defensor a ultranza de la libertad es un esclavo de lo que libera, es posible que un hombre plagado de pavores sea otra suerte de esclavo, de ahí la fantasía, de ahí la ansiedad de los mismos miedos, libertad o seguridad.

Enseñar el miedo es perverso, descomunal y desquiciado, pero muy común en las sociedades contemporáneas. En estas pluridiversidades venidas de las multiculturalidades y sus imbricaciones

nos hemos convertido en una sociedad del miedo, una sociedad que genera, mete y administra miedos.

¿Cuánto de miedo produce pensar y escribir sobre los miedos? Es una pregunta por las ironías, es una pregunta por las metáforas con que nos venden y con que vendemos miedos y de lo cual la educación no debe hacerse la sorda ni la ciega sino, por el contrario, ser consciente de sus fantasías y ansiedades, de sus precariedades y de sus abundancias.

Ni más ni menos y sin ser entusiastas ingenuos, la gran utopía es aprender a saltar los muros, inventarles, dibujarles puertas y ventanas para evitar sus cumbres borrascosas y así transmutar los miedos en un portal de esperanzas.

Momento II

Lenguajear el poder.
Los olvidos de los docentes
¿La memoria escindida?

De olvido en olvido pedagógico. ¿Y si no olvidáramos?

Las cajas negras de los poderes son sus lenguajes secretos, sus lenguajes que nos incitan a los miedos y luego a los olvidos, una fraguada sucesión de máquinas lingüísticas que preparan la memoria humana para los olvidos y para los miedos. Los agujeros negros de los poderes son estos lenguajes que distribuyen en los cuatro cuadrantes de sus gobernajes, engullen todo lo que está a su alrededor.

El abordaje de este documento se instaura en una investigación seducida por encontrar los olvidos o memorias desmayadas, donde la prioridad es reconocer los diferentes olvidos de la comunidad docente en voces de profesores latinoamericanos. En ese sentido, se parte de una preocupación, la incidencia de los olvidos de los docentes en la sociedad y ese tipo de sujeto que despliega, por la sociedad que configuran los olvidos.

En efecto, el olvido aparece como una constante en las sociedades humanas y lo hace con mayor ahínco en culturas que, como la colombiana, no han logrado construirse, cimentarse, como un proyecto, como auténtica esperanza. Entre muchas dificultades aparecen las premuras políticas, los fantochismos científicos, las indiferencias sociales, las debilidades jurídicas, las corrupciones envolventes, la profunda ajenidad, pero ante todo por la desmesurada capacidad para olvidar.

Una pregunta esencial encuadra el horizonte investigativo: si las personas olvidan, si los docentes olvidan enseñar, ¿cuáles son esos olvidos, en qué consisten?

Desde el insumo excepcional de las historias pedagógicas narradas, herramientas que permiten hacer una retrospectiva y una prospectiva del quehacer docente. En este sentido, el presente texto es una provocación, una perspectiva, una expectativa, una espera de lo posible, pese a constituirnos en galaxias de olvidos, en ilusiones olvidadas, porque algo aventura Borges: *ya somos el olvido que seremos*.

1. **Una historia conocida**

Las ilusiones son muy confusas, no tienen defectos.
Miguel González G.

El peligro, la confusión, no sólo está en la perfección de las ilusiones sino en su opuesto, en la negación de las mismas, en no tenerlas, en el huirles, descartar la esperanza, no buscarlas, desterrarlas; por suerte, aún podemos habitar la esperanza de que el olvido es un recuerdo desmayado, una memoria abandonada esperando por su rescate, esperando su Moisés para que la lleve a los recuerdos y luchando porque Caronte no la deje para siempre en la laguna del olvido. ¿Si los docentes olvidan ensenar, cuáles son esos olvidos? Esta pregunta se instaura a lo largo de esta investigación con-versada.

Lenguajear el poder es adentrarnos por los lenguajes que los poderes administran, por su forma de configurar humanidades. Los poderes, en ciertos momentos, generan lenguajes del horror, en otros del amor, luego agilizan los del compromiso y, cuando así lo precisan, instauran lenguajes del olvido, lenguajes para olvidar y para hacer olvidar. Los profesores que tienen un poder a veces no detectan sus lenguajes del poder, pero tampoco los lenguajes venidos de los poderes y sus instancias de sometimiento. En los olvidos de los docentes bastante tienen que ver los lenguajes que los poderes habilitan por algunas épocas, lenguajeos que favorecen unos olvidos, donde la poiesis parece quedar en manos de los grandes poderes y ya no en las plumas de los poetas.

De acuerdo con Meirieu, autor de *Frankenstein Educador*, la poiesis se entiende como un proceso de fabricación que culmina cuando

se ve que ha culminado su objetivo, en las sociedades mostrencas el olvido pasa por el desconocimiento del sujeto, ahí el olvido es fabricado, es la premisa de esa creación. En este sentido se observa el carácter perverso de la poiesis en tanto cosifica al sujeto, se privilegia la técnica, expresada en unos saberes, unas capacidades, unas herramientas destinadas a producir un resultado objetivable, medible, cuantificable, un sujeto hecho objeto, ajeno ahora por completo a su creador, olvidado por su dios, un creador que le huye a su creación. Esto se puede replicar en una pedagogía del sometimiento, una pedagogía propia del poder, donde enseñar es una transmisión de conocimientos, instrumento del poder. Para oponerse a estas lógicas, Meirieu establece que "Si se reconoce el carácter irreductible de la decisión de aprender, si se acepta que los aprendizajes son aquello por medio de lo cual un sujeto se construye, se supera, modifica o contradice las expectativas de los demás respecto a él, es imperativo que la educación escape al mito de la fabricación"; la fabricación del sujeto es, por tanto, uno de los grandes objetivos del poder que los profesores, a veces, olvidan; olvida que también puede crear monstruos del olvido.

La educación ya no es lo que era, en este tercer milenio, ya no es la escuela el templo del saber, ya no es el docente el encantador que todo lo sabe o resuelve, es alguien que facilita, que media, pero también es alguien que por respetar formas y formatos olvida enseñar a pensar para sujetarse a la técnica, a los lenguajes de moda, a los formalismos burocráticos; por esto, olvida enseñar y ni recuerda que, justo al frente, tiene a un sujeto, a un ser humano que como él es alguien con memoria y olvido, con expectativas e ideales.

Hay un lugar de la memoria para el olvido, una lucha entre memoria y olvido como reseña Ricoeur: "El olvido es percibido primero y masivamente como un atentado contra la fiabilidad de la memoria. Un golpe, una debilidad, una laguna. La memoria, a este respecto, se define, al menos en primera instancia, como lucha contra el olvido". ¿Si olvidamos la escuela con su ánimo conservador existirá un paso a la renovación? Es donde el olvido adquiere nuevos sentidos; no todo olvido aparece, entonces, como problemático.

Necesario es reconocer que la función y el concepto de escuela, de educación se han ido relevando y revaluando, lo cual probablemente se deba al desarrollo social, a factores económicos y, por supuesto, a lineamientos políticos, a tensiones entre renovar y conservar, a tensiones

entre memoria y olvido. En este sentido, la práctica docente se modifica, le corresponde asumir nuevos roles. No debe olvidarse que a la educación se le ha señalado o acusado de reproducir los intereses de la clase dominante, y por tanto de generar una educación y una didáctica para el empleo, para servirle a los dueños de los capitales; lo complejo es que padres, estudiantes, comunidades y docentes tienen clara esa misión: educarse y educar para trabajar; una conciencia colectiva del trabajo no como medio sino como fin humano, entendida la conciencia como un contrato social que se tiene con uno mismo.

1.1. **Por la objetivación de los olvidos**

En la escuela, en el sistema educativo se aprenden muchas cosas inútiles, teorías, teoremas, paradigmas, esquemas y fórmulas que raras veces tienen sentido para la cotidianidad; en cambio, se olvidan enseñar aspectos básicos como aprender a vivir en comunidad. Uno de los grandes intereses de esta búsqueda, una pregunta raizal nos concita. Si los docentes olvidan, ¿en qué consisten sus olvidos?

De ahí se desprende la dinámica de reconocer esos olvidos y la manera como influyen en los ejercicios académicos y en las vidas mismas, puesto que cualquier olvido no sólo determina un acto pedagógico sino que determina e influye en la sociedad misma. No porque el olvido en sí sea peligroso, sino porque de olvido en olvido se construye una sociedad que se niega a reconocerse en sus precariedades y en sus apetencias.

No corresponde huir del olvido como si fuese un error que apesta, un perro callejero para apedrear, sino, al contrario, visitar nuestros olvidos para reconocer que se puede aprender el error, del odio mismo, por tanto, también se puede aprender de los olvidos para no repetir aquellos caminos del dolor, de la ignominia humana y sin caer en el racismo intelectual de Platón donde se configura que "Todo lo que es obra de la inteligencia y del pensamiento es laudable y, lo contrario, reprensible"; ese mundo de las ideas donde hay modelos perfectos, donde se condena lo popular no puede ser el lugar de la educación, no puede seguir siendo el lugar de la humanidad; cualquier apuesta por el perfeccionamiento, por las ideas y hombres perfectos es una selectividad tan peligrosa como la exclusión automática que la idea misma genera.

2. Abordando olvidos

Un pueblo jamás puede olvidar lo que antes no recibió.
Josef Hayim Yerushalmi

Es imposible olvidar lo que no se ha recibido, olvidar lo que no se conoce; de hecho, el ignorar algo puede ser una suerte de venganza, si ese ignorar se constituye en camino para invisibilizar al otro. Se parte de una presunción inicial: el maestro, en ejercicio de su acción, pretende enseñar. ¿Qué enseñan los maestros cuando olvidan? ¿Qué es el olvido? Algo nos sugiere la poesía, no porque estructure la respuesta sino por su mismo rodeo de incertidumbres, por su ámbito creativo, metafórico: "Sólo una cosa no hay. Es el olvido" (Borges[3]).

Este juego de ironías, paradojas y metáforas borgianas nos ponen a pensar los contornos del olvido, en sus retornos. Para los hindúes, cultura no occidental, el tema no es menor. En este punto, si lo que nos dice el autor es correcto, podemos vincular el olvido con el hecho de ser humano, y podemos ubicar el olvido como una característica intrínseca, que incluso se lee como una necesidad humana: olvidar para aprender.

Explica Eliade que en El Dighanikaya (I, 19-22) se afirma que "Los dioses caen del cielo cuando su memoria falla y se encuentran con una memoria confusa, al contrario, aquellos dioses que no olvidan son inmutables, eternos, de una naturaleza que no conoce el cambio". Encontramos varios elementos: primero, el olvido se asocia con una caída, con un descenso, y si se quiere con el caos; segundo, el olvido implica la posibilidad del cambio, es decir, en el olvido podría encontrarse también una contingencia para la transformación; tercero, la imagen del olvido se asocia con ceguera, con el no ver y, extendiendo un poco más el lenguaje, el olvido sería una posible forma de muerte.

Es evidente que el olvido y la memoria han tenido un lugar importante en todas las culturas, no siendo los griegos la excepción que, incluso, encarnaron en Mnemosine, la diosa de la memoria y madre de las musas, porque ella "sabe todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será". Entonces, Mnemosine, como fuente de

3. Jorge Luis Borges. Everness. http://www.versos.net/poemas_borges/el_olvido.html (Recuperado en diciembre de 2013)

inspiración de los poetas, se vale del recuerdo, esto es del pasado; de esta forma el poeta detenta la posibilidad única de descender a otro mundo, espacio vedado para otros mortales, el mundo del recuerdo en el cual se halla el conocimiento, y así lo que se ha olvidado, es decir los hechos del pasado, se recobran, se sobreponen, de alguna forma, a la muerte.

Existe, en la mitología griega, un lugar, o mejor un espacio, destinado exclusivamente para el olvido, el Leteo. El Leteo era uno de los ríos del infierno al cual eran llevadas las almas de los mortales al morir, a las que se obligaba a beber de sus tranquilas aguas del olvido, que les borraba los recuerdos de la vida anterior. En tal caso, los muertos ya no tenían memoria, espíritus que olvidaban, desmemoriados de su pasado. No obstante, leteo, que se traduce en olvido, sufre una variante bastante dramática al nombrarse *aleteia*, αλήθεια, que es inolvidable. Ya sabemos que, en el griego, al anteponer la a, es negación, de ahí que *aleteia* se traduce como sin olvido o lo inolvidable. Por caprichos lingüísticos la expresión se transcribe como verdad; ahora, entre inolvidable y verdad sí existe distancia. En adelante, poetas, historiadores, filólogos, filósofos y otros letrados traicionan el término, resignifican *aleteia* como verdad; hecha la tarea, la traición, las filosofías, las religiones y las ciencias empiezan a buscar no hechos inolvidables sino verdades puras, todas en universal.

Más allá del mito, el miedo, la memoria y el olvido nos constituyen; sin olvido no hay memoria, sólo memoria de olvidos. Sin embargo, los profesores saben que no todo es olvido, pero que existen olvidos bastante imprudentes, grandes como los mares, altos como las montañas y profundos como los sueños, pero más extensos cuando la memoria es opaca, como refiere Abad: “La memoria es un espejo opaco y vuelto añicos, o, mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigados sobre una playa de olvidos”. Acudir a los recuerdos de los profesores, a las conchas esparcidas en la playa del olvido es un valioso pretexto para interesarnos por los olvidos pedagógicos.

Si los muertos son los que olvidan, ¿cómo es que un profesor que tiene vida olvida enseñar algo? De hecho, se está transitando por una paradoja: también los vivos pueden olvidar, también los vivos olvidan, borran de la memoria ciertas cosas, es más, se mueven entre perdón y olvido como una concesión, como recurso de subsistencia.

3. **Olvido, no como muerte**

Si el olvido es un recuerdo desmayado, entonces, podremos persistir para rescatar aquello que se encuentra en algún lugar de la mente o en algún lugar del omniverso. Tornar a la pregunta acerca de qué han o hemos olvidado enseñar los docentes es fraguarse una respuesta ambigua; insatisfecho quedará el interrogante. Lo cierto es que algo hemos olvidado. Lo único nuevo bajo el sol, dicen algunos poetas, es el olvido. El olvido aparece así como una negación del conocimiento; lo olvidado y jamás recordado surgiría así como lo nuevo.

El olvido de la práctica pedagógica es un problema del sujeto docente que no se respeta ni a sí mismo. Olvido no es lo mismo que ignorancia, pero abandonar la obligación de tener cierto conocimiento mínimo para compartir con los educandos es poco ético, no se puede olvidar una actitud amorosa cual insinúa Freire al cuestionar: "¿Cómo ser educador si no desarrollo en mí la necesaria actitud amorosa hacia los educandos con quienes me comprometo y al propio proceso formador del que soy parte?" Nos seduce pensar que olvidados y olvidadizos tornemos al odio.

Es importante preguntarse si el olvido podría verse no sólo en términos infaustos. ¿Habrán olvidos necesarios? Hay quienes aseguran que el olvido de ciertas dificultades, el no cargar con recuerdos insanos sirve para recobrar la calma; esto puede contradecir la idea de que una cosa es perdonar y otra muy diferente y hasta perversa, llegar a olvidar. A menudo se dice que el maestro debe olvidar lo que sabe, debe desaprender ciertos rigores que le impiden movilizarse, que le impiden flexibilizar sus posturas.

Es indudable que los docentes, como humanos que son, esperan que las máquinas no los reemplacen del todo, se enfrentan a las contradicciones del olvido. Ya en García Márquez el olvido es una peste: en *Cien años de soledad* se ironiza por el raro castigo, se lucha contra el olvido escribiendo las funciones de las cosas, poniendo los nombres visibles e incluso indicando las técnicas para utilizarlos; la cura ha llegado de milagro, las gentes vuelven a recordar. Olvidar como peste es muy diferente a caer en el artilugio de querer olvidar, de ser un olvidadizo selectivo; en la novela, la comunidad macondiana logra aliviarse del olvido, no así el Estado que los tiene olvidados, relegados hasta la desaparición misma del pueblo, población que nunca registró en sus anales.

Ocurre, sin embargo, que los olvidos de los docentes son tan deplorables como los de otras profesiones, porque marcan para el resto de la vida el devenir de una persona o de una comunidad; como sabemos, el olvido de un médico puede ser la sepultura de su paciente, en tanto que los de un docente pueden ser la sepultura de una comunidad.

Los docentes son parteros y porteros, trabajan con sustancia humana, son parteros, en el sentido de Platón, de conocimiento para otros seres humanos y son porteros porque están en capacidad de indicar una salida, de abrir ventanas y puertas. La contradicción es que los docentes han olvidado inclusive la existencia de los niños.

Es cierto que los dioses de las religiones modernas olvidan; no era el caso de los dioses griegos, como bien nos muestra Homero en sus *Ilíada* y *Odisea*. Ya es tiempo de que los docentes no olviden enseñar que el futuro es una construcción y que nada vendrá por acaso; eso funciona con eficiencia en las mitologías o en las tragedias de nuestros poetas, pero, por difíciles que acaezcan los acontecimientos, al pedagogo le corresponde educar para la esperanza, apostarle a la utopía, por turbio que aparezca el horizonte, arriesgar a formar en la nostalgia del deber ser sin retroceder ante las avanzadillas irracionales, ni dejarse obnubilar por las sombras que se le inventan al mañana.

4. **Recordando los olvidos. Olvidos que deconstruyen el ejercicio docente**

Hacer memoria para los olvidos es una paradoja; cómo recordar los olvidos. Lo que aquí se pretende es listar algunos de los olvidos más dramáticos del ejercicio docente, olvidos que deconstruyen pero que no necesariamente destruyen el acto docente, pero sí ponen en riesgo el devenir de una comunidad, de una sociedad que sigue creyendo en la educación como reserva moral de la humanidad.

No es que el olvido sea una totalidad insalvable, no puede ser expresado en su totalidad; la idea misma de condensarlo se escapa, excede a la misma pretensión lingüística de totalidad, sin embargo, sí hay casos puntuales por explorar, como cuando se olvida enseñar la libertad o la misma condición humana a propósito de Arendt.

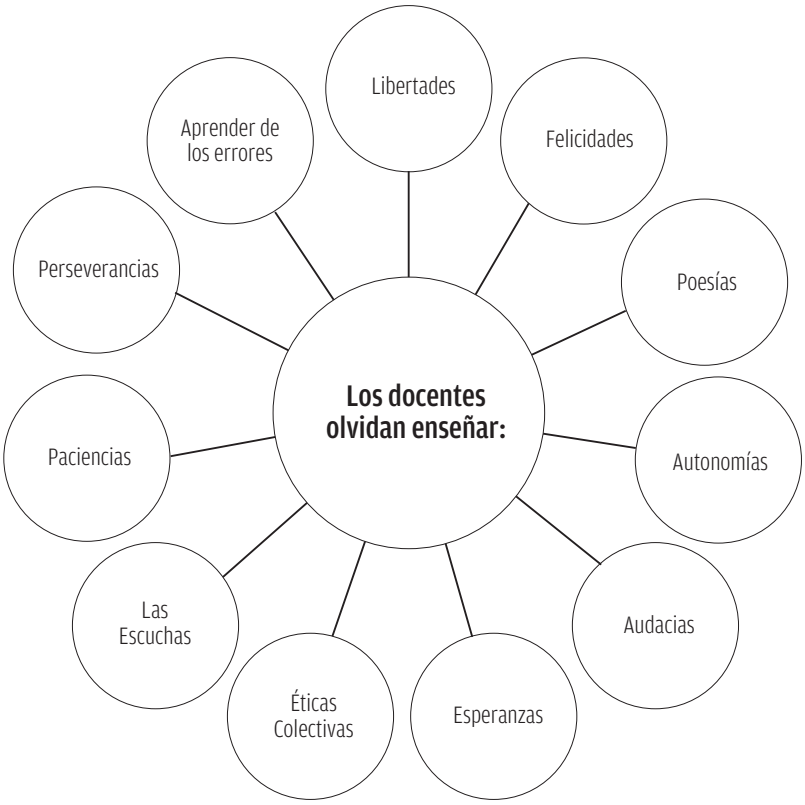


Figura 1
Olvidos de los docentes.
Una condensación de los principales olvidos de los docentes.

Los olvidos aquí graficados forman parte de los más connotados, de aquellos que se registran con mayor fuerza en los diálogos; no obstante, existe otra variedad de olvidos dramáticos en el ejercicio docente que se van visualizando y actualizando.

La insistencia de los plurales es para evadir los universales: tenemos no una sino muchas esperanzas, podemos ser pacientes para con un hijo y no tanto para con los vecinos o viceversa. Esto nos seduce a pensar que somos plurales, múltiples, mas no singulares y universales.

4.1. Olvidamos enseñar las libertades

> *Las teorías y las escuelas, como los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y aseguran por su lucha la continuidad de la vida.*
>
> Proust (2000: 277)

La discusión por las teorías, por las escuelas, por sus rivalidades, por sus rupturas nos pone a pensar que esa es una potencia de la libertad, el no olvidar parte de su pasado, el pasado biológico o el pasado de las ideas, como quiere tensionar Proust.

La libertad en singular es una contradicción; conocemos de libertades, se puede ser libre para elegir su divinidad, pero no tener libertad intelectual para cambiar de partido político.

Indica en su historia de vida uno de los profesores: "De tanto hablar de libertad ya olvidamos enseñarla, caímos prisioneros de lo que defendemos"; es posible que se confunda felicidad con alegría y bienestar como la libertad con seguridad, con tranquilidad. La escuela, como parte del sistema educativo, tiene bastantes similitudes con el sistema penitenciario; de hecho Bentham habló del panóptico, donde todos son vigilables, cual sucede con hospitales, cárceles, centros educativos y, ahora, los centros comerciales.

Los reclusos, a la celda, los enfermos, al hospital, los dementes, al nosocomio, los muertos, al cementerio, los compradores, a los cavernas comerciales, los estudiantes, al aula, al encierro; en la cárcel, reos y guardianes, en la escuela, profesores y coordinadores; los reclusos, obligados a realizar trabajos forzados, los estudiantes, a sufrir con tareas y ejercicios; uniforme para los internos y los estudiantes, ajustados a un uniforme, a un currículo inflexible, a profesores homogeneizadores que pretenden estandarizarlos, volverlos iguales, pero inteligentes e innovadores, ¿es posible?

¿Se puede enseñar la libertad cuando la libertad misma es coartada, cercenada en el ejercicio educativo? Obligamos a los estudiantes a realizar cosas que no quieren. Lo más aberrante, lo más contrario a una educación que propenda por la instauración de un espíritu libre en los estudiantes; en la mayoría de los casos, la libertad es sólo del profesor que impone sus métodos.

Este temor, o miedo a la libertad, sembrado tan efectivamente en el ámbito educativo, es la cuna de uno de los grandes olvidos de los

docentes: no se enseña a ser libre, porque la misma práctica es un ejercicio de coerción, la libertad de los estudiantes es tan restringida como la de los profesores, que también deben ajustarse a disposiciones externas, a controles internos. En general, el docente se apoya en dispositivos de poder como el autoritarismo, el currículum, los formatos, la ritualización, la falsa concepción de la disciplina, la limitación de la creatividad, el individualismo, todo esto a partir de fijar un estereotipo de estudiante maleable, sosegado, manipulable y al fin de cuentas pasivo, sometido, sin criterio propio, sin autonomía, dando cabida a un sujeto sin singularidad, heterónomo, sin colectividad, un sujeto fácil de manejar. Indica uno de los docentes que: "El olvido de la libertad es un olvido de carácter político; ser autoritario y no prodigar libertad facilita la dominación y la humillación del sujeto".

Se revive aquí la pregunta: ¿A qué le llamaríamos libertades? "Tal vez, es aquella que nos permite elegir caminos sin guías ni mesiánicos o la libertad es el albur que nos permite explorar la vida a riesgo abierto", responde uno de los profesores. Sin duda, necesitamos de una libertad para gozarnos los espacios de aprendizajes, para disfrutar la alegría de aprender, pero la libertad en el aula es un olvido apaciguado, reprimido. Tampoco es extraño que a la humanidad le gusten las aventuras sin riesgos; nada más raro que ser aventurero con planes, con mapas y cartografías de seguridad para no perderse.

Preguntarse si estamos permitiendo que los estudiantes sean libres podría ser un buen comienzo para reconocer el propio ejercicio que de la libertad se hace, porque cuando se manda a los demás a que sean libres con una brújula, con un manual de la libertad se es tan perverso como aquellos comercializadores de esclavos. Entonces, interrogarnos si estamos permitiendo la libertad en los estudiantes requiere de una dialéctica entre ética, estética, entendida como creación y política. ¿De dónde puede surgir el olvido de formar estudiantes libres? Quizá, en el de no querer desentrañar la realidad social, económica, política y educativa de una región o país, tal vez el de no permitir que la intuición e imaginación del estudiante sea tan potente como cualquier teoría, por encumbrada que ésta se presente.

Es posible que la libertad en el aula haya quedado relegada a un simplismo disfrazado de orden. Pensar que los maestros, sometidos a formatos, currículas y disposiciones de no reconocimiento, ofrecen libertad a los estudiantes es una idea bastante generosa. Vivir libremente

es respetar y al mismo tiempo decidir, es ejercer un derecho. De ahí que cuando no se enseña ni se practica la libertad es probable que también estemos olvidando enseñar la felicidad.

5. **Olvidamos enseñar las felicidades**

Es probable que el racismo lingüístico nos lleve al racismo intelectual, económico, jurídico y formativo. De ahí que hasta la felicidad emerge algo racista, hasta ni sabemos enseñarla. Del racismo intelectual se desprende la distinción por querer saber, pero tiene una implicación mayor: el ser humano no es tanto un animal que desea saber por el conocimiento mismo, desea, necesita creer en algo y para eso se refugia en el saber. El riesgo es mayor cuando en ese horizonte político del creer se abandonan las apuestas éticas, entonces se descuida al otro, se olvida que somos humanos y estamos para facilitarnos la existencia entre nosotros; frente a este olvido nos tornamos desconfiados y guerreros.

"Vamos siendo profesores del olvido, olvidados desde ya, porque no enseñamos la felicidad", refiere en su historia de vida una profesora. Esta afirmación se refleja en el siguiente poema atribuido a Borges:

> *Ya somos el olvido que seremos/ El polvo elemental que nos ignora/ y que fue el rojo Adán y que es ahora/ todos los hombres y los que seremos./ Ya somos en la tumba las dos fechas/ del principio y el fin, la caja,/ la obscena corrupción y la mortaja,/ los ritos de la muerte y las endechas*[4].

No es obvio que haya una felicidad universal; existen felicidades, formas diversas de hacer posible ese sentimiento. Es posible que, a manera de discurso, la felicidad opere en el ejercicio académico, pero como práctica esta cuestión se encuentre muy venida a menos, pero ¿cómo podemos hacer consciencia de que somos o no

4. Borges, Jorge Luis (2008) Ya somos el olvido que seremos. En: http://blogs.periodistadigital.com/juliosanfrancisco.php/2008/07/21/p180280 (Recuperado en Marzo de 2014).

felices? Esto porque el estado de ánimo salta de un lugar a otro con bastante elasticidad frente a cualquier hecho lingüístico o material. ¿Se le puede enseñar a alguien a ser feliz? Existen aparentes fórmulas como aquella de San Agustín que insiste en decir que deseemos poco y lo poco que deseemos lo deseemos poco, como una receta para ser infelices en ese no desear en exceso. Algunas religiones ubican la felicidad en el más allá, en el mundo metafísico, en este presenteísmo e hiperrealismo mediático se oferta la felicidad industrial, ya se nos exige, casi sin derecho a perdón, a ser felices, cómo si tal.

Es probable que se tenga una confusión semántica: se dice que hay felicidad porque sólo es mía y para mí, una suerte de felicidad egoísta, pero también existe una idea de felicidad colectiva o éxtasis grupal como el que se da en escenarios deportivos, religiosos, políticos, festivos u otros actos de asistencia masiva, no obstante, se itera la pregunta: ¿es eso felicidad?

Puede parecer un asunto sutil, pero en realidad hay una gran distancia entre alegrías y felicidades. Desde el punto de vista idiomático, hay quienes apuntalan entre estos dos conceptos una diferencia a partir de la dicotomía que existe entre ser y estar. Siendo así la alegría se limitaría a un estado efusivo momentáneo: estoy alegre; la felicidad se ataría al verbo ser: soy feliz, serás feliz. Para el poeta Jerome David Salinger, "La diferencia entre la alegría y la felicidad es que la alegría es un líquido y la felicidad un sólido".

Los correlatos de las felicidades son las tristezas, los dolores, las agonías. Ahora bien, la felicidad es una condición que difícilmente logra superar los muros de la escuela. Es como si los escolares, docentes y todos aquellos que ingresan al edificio del supuesto saber, se despojaran de lo que tienen de felices y lo dejaran allí justo antes de cruzar la puerta. Probablemente, en la escuela la felicidad está prohibida y a duras penas lo que vivimos en ella son instantes de alegría, ni siquiera podemos acudir con nuestros juegos. "Aquí venimos a aprender, no a jugar", manifiestan muchos docentes; con ello complementan la idea de que para llegar al conocimiento hay que tensar los músculos, hay ser agelasto, un ser olvidado de la diversión, sin risas.

En esta sociedad del control, de la vigilancia, ya nos ponen a pensar con la distopía de Huxley en *Un Mundo Feliz*. Allí nos muestra una sociedad en la cual hay avances tecnológicos, salud física, las personas y las cosas en su lugar, horas claras para laborar y descansar, hay suficiente orden pero poca creatividad, se intuye el aburrimiento

de una sociedad que todo, en apariencia, lo tiene. En tal sociedad existe un ideal universal de felicidad que se sobrepone a los deseos individuales, a la libertad de pensamiento y de acción, todo es manipulado desde el poder para que los ciudadanos sean felices de manera artificial, esto es una felicidad, sí, pero sin espíritu, una felicidad fabricada, una felicidad de mercado, una felicidad construida desde el fracaso político de querer obligarnos a ser felices.

¿No será posible que nuestra escuela también se esté fabricando la felicidad como se fabrica la verdad? A fin de cuentas es una escuela, una empresa del Estado donde se sacan hombres y mujeres en serie, estandarizados y dóciles, una escuela de este orden se preocupa más porque los niños cumplan con sus deberes, para que se sintonicen no en lo colectivo sino en lo individual.

¿Somos felices? La felicidad debe ser un común denominador dentro de los procesos formativos del ser humano. Pero, ¿qué es felicidad? En palabras de Strozzi, "La palabra felicidad es una de ésas que todos sabemos usar, pero de la cual nadie sabe qué quiere decir". ¿Cómo comprendo la felicidad? ¿Es mi felicidad un olvido? Es indudable que ser maestro es preguntarse por el cómo está comprendiendo la felicidad, por el cómo la está enseñando y poniendo en práctica. Afirma Abad que "El mejor método de educación es la felicidad". ¿Mediante qué didácticas podemos enseñar las felicidades? Por ello mi propia felicidad no puede ser un olvido, hay que encontrar rutas posibles para no ser ladrones de la felicidad, humilladores de sí mismo.

¿Hacemos felices a nuestros estudiantes? ¿Hacemos felices a las personas que nos rodean? Una de las historias de vida responde: "Más que la felicidad podemos estar enseñando a no ser fracasados, a formar personas exitosos creyendo que con ello la felicidad existe". De hecho, podemos tener hombres o mujeres más inteligentes, pero menos humanos y, por tanto, menos felices. Si eso es cierto, el proyecto educativo es un fracaso, si no enseña la libertad ni la felicidad, ¿qué le queda?, ¿acaso enseñar el miedo?

6. **Olvidamos enseñar las audacias para confrontar los miedos**

Enseñamos los miedos y restringimos las audacias. "A veces, da miedo estar en estas calles, da miedo mirar al otro, produce miedo el

futuro, genera miedo un alimento, cualquier ruido produce miedo; el miedo es uno de los negocios más lucrativos de la época", destaca uno de los docentes. De ahí las grandes empresas aseguradoras. El miedo es, evidentemente, un gran negocio. A través del miedo se doman espíritus, se coartan vidas, se castran mentes. El mie*do es una* gran invención, muy útil para el poder. El miedo es un socio inseparable de la ignorancia: quien no se atreve no aprende, o lo que es peor, aprende solamente aquello que otros, los poderosos, desean que aprenda. Ahora bien, es evidente que el miedo puede leerse y debe leerse desde muchos lugares. Así, se pueden hacer aproximaciones al miedo a partir de la biología: el que no se adapta desaparece; de la psicología: miedo a lo que el otro piensa; de la sociología: el miedo como expresión cultural, como forma de control. El miedo surge como un mecanismo de dominación excepcional que garantiza la continuidad de los sistemas y del statu quo. El poder se vale de múltiples herramientas para garantizar la implantación del miedo en los hombres: algunas religiones, el Estado, el sistema penitenciario, los medios de comunicación, las fuerzas militares, los aparatos de justicia, el sistema fiscal y, por supuesto, el aparato educativo. El miedo, ni más ni menos, en manos de los profesores para rehuirle a las audacias.

¿Cuáles son los efectos del miedo en la educación? Un estudiante asustado es un sujeto que se retrae, que no explora ni busca nuevos horizontes, sólo busca la seguridad y, por lo tanto, no tiene capacidad de arriesgarse. Los docentes tenemos miedos, somos presa de ellos: miedo a perder el trabajo, miedo a las autoridades educativas como directores y supervisores, miedo a la competencia de los compañeros docentes, miedo a no ser competente, miedo a que un estudiante lo confronte.

Este olvido, el de vivir el miedo pero no afrontarlo y no tratarlo, es un olvido socio-cultural que implica la formación de un grey incapaz de exigir sus derechos. Se tiene así un conglomerado de sujetos asustadizos que buscan protección, precisamente en las instancias del poder, que a la manera del *Gran Hermano* y su Ministerio del amor de Orwell vigilan sus vidas, las controlan, castigan, se hacen amar idólatramente y, por tanto, erigen los enemigos y monstruos falaces que generan el miedo y la desazón.

¿Qué miedo del miedo? ¿Qué miedo del olvido? Se podría aseverar que el miedo no le puede temer al miedo. El ser humano le teme a lo que conoce, a lo que no conoce y a lo poco conocido, es decir, se

encuentra con el miedo y se siente como un náufrago que lo conduce a un estado de angustia, angustia de existir. El miedo simboliza debilidad o supervivencia, sin darnos cuenta le tenemos miedo a todo, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos; salimos de la casa y somos temerosos por las personas que nos rodean. Se tiene miedo a las ideas nuevas, al poder, a estar equivocado, a no tener la verdad, a la sociedad y a todo aquello que nos desestabiliza. ¿A qué no se le tiene miedo? La audacia confronta los miedos, hasta olvida los riesgos, pero siempre hay responsabilidad porque ser audaz no implica ser temerario.

Los docentes, en muchos casos, olvidan enseñar la audacia por dedicarle demasiado esfuerzo a la vigilancia, por deificar el miedo, no sólo como forma de control sino como posible extensión de la debilidad misma del docente que, por abandonar los territorios de la esperanza, decide enseñar desencantos.

7. **Olvidamos enseñar las esperanzas para enseñar desencantos**

Se ha olvidado la esperanza como tema de aula para dar paso al desencanto, preguntarse por cuáles son nuestros relatos del desencanto. En las actuales circunstancias, ¿para qué son útiles los textos que propician desencantos? Los desencantos van aún más allá de la definición fría y escueta que nos puede entregar un diccionario. Es más que la pérdida de la ilusión, es una negación vital; es, en tanto, desencuentro, una lectura diferente, una posibilidad creadora o, como la mayor de las veces, un muro infranqueable. Un primer desencanto aparece con la pasividad y el silencio. "Me desencanto de muchas cosas y creo que las enseño", escribe una de los docentes en su historia de vida.

Hay que estar palpitando bajo la pregunta de William Ospina, un interrogante que suena a reclamo, a grito desesperado, pero también a esperanza: "¿Qué es lo que hace que Colombia sea un país capaz de soportar toda infamia, incapaz de reaccionar y de hacer sentir su presencia, su grandeza?". No sólo Colombia, Latinoamérica y el mundo nos desencantan cuando aparecen las armas imponiendo sus veredictos, cuando se nos mueren niños de hambre en África o en cualquier basurero de las grandes ciudades, cuando un político o funcionario público se *rapa* los dineros. Hoy los desencantos han tocado fondo,

han logrado sumergirse en lo más profundo de los corazones humanos para abatir las esperanzas.

¿De qué nos olvidamos con los desencantos? Es un olvido invisible, es un descreer que el futuro es posible, que hay algo allende de las fronteras que nos está proporcionando esperanza, así se esté a la deriva. "El desencanto es un asunto de edad, un niño va aprendiendo a desencantarse, la vida se lo enseña y en la escuela hacemos bastante por consolidarlo", refiere una de las profesoras.

8. **Olvidamos enseñar a estar a la deriva, a estar en riesgos**

"No enseñamos a estar a la deriva, queremos puertos seguros, paraísos estables", escribe uno de los profesores, e insiste: "Nuestra educación, dirigida desde arriba, nos impide abrir rumbos, por eso no sabemos hacia dónde vamos. Ello nos produce una inseguridad mayor: desconocemos la ruta y el destino, lo que parece eximirnos de responsabilidades". La humanidad parece ir a la deriva y eso nos conmociona, donde el docente lo primero que enseña a sus alumnos es el tener miedo, ¿quién, en tales condiciones, podrá aceptar ir a la deriva?

Ir a las derivas como olvidos de nortes. El estar a la deriva no significa que se deba estar inmóvil, pero el estar en riesgo puede inmovilizar al ser humano. Nos agradan los puntos fijos, los mundos ordenados; los cosmos son nuestros réditos, el caos es una amenaza, la manzana que no sabemos confrontar porque nos han enseñado a estar y a permanecer dentro del orden, a no romper los moldes, a no morder el riesgo.

"Queremos matar los riesgos, los errores, el ir a la deriva; por entregarnos al orden, hasta eso lo olvidamos, enseñar, la aventura", explica una profesora. Hay un olvido persistente de querer matar lo extraño por bárbaro, queremos civilizar aquello que nos incomoda y civilizar, por más que se diga, es normalizar. A lo que parece, en cada siglo se asiste a unos olvidos de humanidad que conllevan los anuncios de las muertes del arte, de las teorías, del amor, de la vida, de los movimientos sociales, de los ambientes naturales o el fin de la historia si se quiere"; ese ir a la deriva no implica pensar en tánatos o eros, sino que induce a insistir en la autonomía, en la capacidad de autogestación, en la audacia de arriesgar.

9. Olvidamos enseñar las autonomías para instruir en los celos

Ya nos decía Benavente: "El que es celoso no es nunca celoso por lo que ve; con lo que se imagina basta[5]". Un tipo muy especial de celos son los infantiles o complejo de Caín, que se manifiestan tras el nacimiento de un nuevo hermano. Al profesor le acaecen ese tipo de celos, cuando llega un nuevo compañero o cuando alguno de ellos sobresale.

Hay celos por el conocimiento del otro, por las relaciones del otro, se enseña desde muy temprano a dudar del otro, paso significativo para construir el odio, para dar paso a los celos, de lo cual avisa Abad: "Odiaba con toda el alma, con una fidelidad y una constancia en el odio, que ya se las quisiera para así el amor", esta referencia nos pone a pensar que tenemos buenos méritos para odiar, para celar, decisiones que parecen subyugar la idea misma del amor.

Entre odios, celos y amores, los docentes sienten incertidumbres alrededor del empleo, agotamiento marcado por las exigencias del formato, el desprestigio social y la falta de espacios de autonomía que lo llevan a una carga emocional muy significativa, dificultándole la tarea, provocándole insatisfacción académica, rutina y conformismo, siendo éstos solo síntomas de un malestar más profesional y estructural[6].

Según Abraham, en su obra *El mundo interior de los enseñantes*, "los docentes tienen una visión pesimista sobre su profesión", que los lleva, muchas veces, a guardar silencio y a esconder sus propias experiencias, sus propias prácticas, generando frustración en la tarea docente, perdiendo autonomía en su propio trabajo y convirtiéndose así en un simple técnico o en un déspota.

¿Y cuál es el papel de la educación y de los educadores en todo esto? Savater asegura que "debemos formar un individuo capaz de ejercer la autonomía, de decidir, capaz de no tener al lado a un médico, un cura, un policía quien le diga en cada momento lo que tiene que hacer". El caso es que en el olvido por enseñar la libertad se permite la generación de seres humanos miedosos de construir su autonomía, con bastantes celos y con unas memorias escindidas.

---

5. http://www.proverbia.net/citastema.asp?tematica=91 (Recuperado en marzo de 2013).
6. Cfr. Carina Cabo de Donnet en Educar-portal educativo Argentino y www.carina cabo.com.ar.

10. Persistencia de olvidos. Las memorias escindidas

Hay memorias en plural, no una única memoria como se suele pensar. No sólo basta con los anteriores olvidos, también aparecen otros que, como una fuga mitológica, nos ubican en escenarios comunes, en escenarios que pueden seguirse pensando; una paradoja a la suerte de Sísifo que sube la roca, la echa a rodar, pero desciende pronto para rescatarla del olvido, del abandono. Los olvidos de las escrituras, de las escuchas, de las paciencias y los abandonos éticos hacen parte del *mea culpa* de la experiencia pedagógica. De hecho, enseñar es asombrar con un misterio; valdría preguntar: ¿Es el olvido un misterio? Enseñar es hacerse inolvidable para el corazón del alguien. Porque con memorias escindidas, con memorias selectivas, con memorias programadas, con memorias industriales, con memorias utilitaristas no es raro que olvidemos hasta que somos humanos.

"A veces hacemos memorización y en otras rememoramos", escribe una de las maestras que participan con sus historias de vida. De los abusos de la memoria, de sus olvidos, del mismo acto de hacer memoria no podemos escondernos. Un docente comprometido ha de saber que sus memorias son escindidas, pero no vendible ni transable, ser consciente de que, pese a fallar en sus memorias, jamás negociará la dignidad propia y la de los demás, ni pondrá en riesgo la vida en cualquiera de sus manifestaciones.

Por tanto, el olvido de lo que se puede rememorar no es igual al olvido de lo que no se memoriza. ¿No hay conciencia despierta cuando se olvida?

10.1. Los olvidos por las escrituras

> *Un buen escritor expresa grandes cosas con pequeñas palabras; a la inversa del mal escritor, que dice cosas insignificantes con palabras grandiosas.*
>
> Ernesto Sábato

"La escritura se ha olvidado, no sólo es la ortografía sino el mismo deseo de escribir", ratifica una de las profesoras. Se promueve la lectura de textos lejanos y hasta ininteligibles; de manera contradictoria, no se abordan lecturas regionales, lo que genera en el estudiante

auténtica pereza por abordar libros. Olvidar la lectura es dar un paso importante para olvidar la escritura.

"Promover poesía, teatro o cuentística no es un asunto de los profesores de las ingenierías o de las matemáticas", insiste la misma profesora. La escritura, las figuras retóricas, la poética ha sido relevada por mensajes cortos, por emoticones que, en parte son revolucionarios, porque son otros símbolos, otros lenguajes, pero que parecen acortar el mensaje, acortar la palabra, comprimir los lenguajes. Hemos olvidado que la escritura de los jóvenes, de los infantes viene contradiciendo y poniendo en duda las palabras como las conocíamos, como las llevamos desde la tradición.

Hay una memoria escindida, sí, la historia nace dos veces, la filosofía, dos veces y la misma humanidad, dos veces. El lenguaje nace la primera vez en la palabra, en la oralidad, edad de la palabra hablada, del ruido y nace una segunda vez cuando se pasa a la edad de la escritura, a la edad de la historia; somos dos, unos ante la oralidad y otros ante la escritura; ahora, podríamos ser algo inédito con estas formas de comunicarnos y comprendernos en la cibernética, en la era de los bites, en las era de las redes electrónicas; eso debemos aprenderlo y recordarlo para que en el ejercicio del aula no olvidemos enseñar la historia de la escritura, que es la misma historia de la humanidad.

10.2. Los olvidos por las escuchas

Los docentes olvidan enseñar las escuchas, a veces ni saben escuchar. Existen demasiados hombres sordos o con audición selectiva, como lo cita Sófocles en Edipo: "Tu eres bueno hablando, pero yo soy malo para escucharte". Esto es un juego constante, el uno, docente, habla y el otro, estudiante no escucha o, cuando el estudiante habla el docente no escucha porque sigue en sus propios rumores. Huxley nos advierte que *las palabras están ahí para explicar el significado de las cosas*, de manera que quien las escucha entienda dicho significado.

Escuchamos cuando queremos, lo que queremos, lo que nos conviene, pero qué realmente escuchamos y a quién. ¿Escuchamos a nuestros padres, a nuestros docentes, a nuestros alumnos? Quizá, la mayor parte de las veces fingimos la escucha. ¿Por qué solo escuchamos lo

que queremos oír? Aclara Lenkersdorf que "El escuchar puede ser la transformación de nuestra vida en medio de un contexto de sordos". Tal vez, como si estuviésemos en una sociedad de sordos, sordos selectivos, con escucha distinta y distorsionada, ¿un sordo selectivo qué didácticas despliega para enseñar la escucha?

Recuerdos y olvidos del pasado y del presente. Las palabras son tan livianas como el viento, pero tienen un poder tan grande como el universo; por una palabra se puede vivir y por una palabra se puede morir. Una profesora se pregunta: "¿Qué recuerdo de mis docentes? ¿Qué olvidaron mis docentes? Que éramos niños, que podíamos aprender con lúdica, no con tanta rigidez, que no nos podían obligar a ser parte del *Opus Dei*, que éramos católicas pero no nos podían obligar a rezar todos los días el rosario, a ir todos los días a misa. Aunque en el momento pudo haber sido una ignorancia ahora es un recuerdo, y es algo que no quedó guardado para siempre y que no me gustaría infundirles a mis hijas, allí no nos escuchaban". Se enseñan religiones, ciencias, altas teorías, biografías de grandes personajes, pero no se enseña a escuchar. Para la tragedia griega la escucha ocupa un lugar importante, tanto que Sófocles insiste con Edipo al decir: "Porque en escuchar consiste la precaución de lo que se haya de hacer". La escucha como un don de sabios, la escucha como esa gran galería de aprendizajes.

Resalta un profesor: "no se enseña a tener una mente tranquila y a mantener la calma para la escucha ni, tampoco, a darse cuenta de ello". Krishnamurti sugiere escuchar tanto los ruidos lejanos como los que están más próximos, los sonidos inmediatos, lo cual implica prestar atención a todo. En sociedades apuradas, la escucha no se elabora, la escucha se reduce a mero instrumentalismo, la educación utilitarista sólo escucha sus rumores y niega la voz de los sin voz.

Este modelo tan arraigado en occidente de hacernos los sordos, de adentrarnos por los ruidos es lo que confronta Krishna: percatarnos de los silencios, disfrutar y aprender de ellos, ir más allá del ruido de las palabras, del mundo de las pantallas. Los sonidos del silencio hay que escucharlos, como traduce una clásica tonada, de ahí que son urgentes los llamados por una sociedad igualada e igualitaria que no relegue la ética a parcos manuales de convivencia ni reduzca la formación a torpes diplomas.

10.3. Los olvidos por la ética

"Entiendo la ética como algo necesario para la convivencia", señala uno de los maestros en su historia de vida, luego refuerza su idea: "Se enseña la ética porque la mentira no es plausible". Preguntar por las mentiras y las formas de convalidarlas es preguntarle a la guerra por sus verdades, a la educación por sus paradigmas, por sus falacias. Guerra y mentira son tan cercanas como hambre y pobreza, las guerras nos traen hambrunas, pobrezas, pero en su gran mentira suelen ofrecernos mundos mejores. La mentira más común es aquella con la que un hombre se engaña a sí mismo, de ello saben mucho los dictadores y un poco los sistemas científicos actuales, donde no importa el conocimiento sino la estadística, no interesa el sujeto sino la ganancia, la plusvalía. Orlando Mejía Rivera, en su libro *Pensamientos de guerra*, en su capítulo "El prisionero uno, dos y tres", nos cuenta cómo un prisionero va pasando por muchas injusticias, por malos tratos y humillaciones, pero hay un momento en que se detiene a pensar cuando actuaba como profesor, recuerda como él también humillaba a sus alumnos, a sus abuelos, a su esposa e hijos.

Sabemos que hay sinnúmero de profesores abnegados, que se entregan a su estudiantado, que no humillan, de ahí que en manos de los profesores está sugerir varios caminares, ensenar a ser libres, a que los estudiantes piensen por sí mismos, a que aprendan a escuchar, a opinar, a expresarse, y a tener compromisos.

Un compromiso es una responsabilidad que uno se impone de cara a la vida, permite hacer frente a cada momento y a cada circunstancia que se presente; ese desafío de enseñar lo pertinente más que lo bueno, suele conducirse por el mundo de las prohibiciones, por el escenario de los opuestos, enseñar a no ser malo, porque no sabemos cómo enseñar a ser buenos, no tenemos claras esas didácticas. Expresa Abad: "No es que a uno le enseñen a ser bueno, sino que le enseñan a no ser malo".

10.4. Los olvidos por el cuidado del otro

Sin duda, no sabemos todo lo que creemos ni creemos en todo lo que sabemos. Cuidarnos de los edificios morales, epistémicos, jurídicos, políticos, científicos, lógicos, lingüísticos y formativos es

necesario para el ejercicio docente para confrontar los olvidos. Cuidarnos no involucra el odiar ni el actuar como si no existiesen estas grandes arquitecturas lingüísticas, cuidar implica estar atentos y abiertos a nuevas versiones para que no vivamos en las ciudadelas del olvido que nos suelen imponer con estos edificios morales, epistémicos o educativos.

Nuestras historias latinoamericanas son de demolición, no de sumatorias, nos decantamos por las rupturas, por la novedad y damos paso abierto a la demolición. La novela colombiana siempre espera la aparición de la gran obra que demuela cien años de soledad, así como ésta demolió la María de Isaacs. Como este ejemplo tenemos nuestras prácticas políticas del olvido, del abandono por las acciones de los que nos anteceden; es como si al asumir un rol borráramos el pasado e inauguráramos el gran futuro. Todo esto lo que evidencia es un auténtico olvido del otro, del cuidar al otro. "He olvido enseñar el cuidado del otro, en cambio he insistido en desconfiar de los extraños; ahora que lo pienso es un error", destaca una profesora. Cuando olvidamos al otro, su cuidado, estamos haciendo bastante para ser olvidados y olvidadizos de la condición fundante de humanidad, el cuidarnos, el estar entre nos.

11. **Hilvanando las oclusiones**

Quien avisa no traiciona, se dice en los círculos de enamorados. Si esto es posible, también es posible que avisar sobre los olvidos del ejercicio docente es, al menos, no traicionar el acto académico porque el olvido es una materia que reclama su espacio.

Parece ser evidente que cada olvido de los docentes en el ejercicio de su profesión tiene o genera una serie de consecuencias que terminan influyendo en el sujeto educando (estudiante) que ha "sufrido" ese olvido. Si bien es cierto que todos los males de la sociedad no se le pueden sumar a la incorrecta práctica de la profesión docente, no es menos cierto que la ejecución del acto educativo por parte del sujeto docente sí puede incidir en la configuración del corpus social. Muchas de las realidades anómalas del mundo contemporáneo quizás tengan su origen en una errónea actuación de los docentes, en lo que olvidan enseñar, en sus miedos atávicos.

Es casi seguro que la mayor parte de los olvidos de los docentes no se configuran en los terrenos del saber disciplinar (matemáticas,

biologías, religiones, químicas, lógicas, físicas, metodologías), sino que más bien se relacionan con las labores propias de la formación de sujetos, de seres humanos que requieren convivir, de estar con otros grupos culturales. En ese sentido se afirma una condición de intersección entre las historias pedagógicas narradas, aquí estudiadas, intersección que se da por un elemento común que genera tal afinidad: los miedos y los olvidos.

De esta manera se hilvana la presunción de que el olvido irrumpe como un elemento común a la sociedad occidental. De allí nos queda un interrogante: ¿Será que el olvido es un elemento forjador de nuestra identidad como sociedad? De ser así, ¿hasta qué punto influye el olvido en la configuración de nuestra identidad como colombianos, como latinoamericanos, como humanidad?

Existen otros en apariencia *pequeños* olvidos que pueden tener desenlaces inesperados, olvidos que aparecen en las historias de vida de los docentes:

- Se ha olvidado enseñar la poética de la ciudad, en las posibilidades de reconocerse ciudadano en su creación. "No nos atrevemos a realizar poesía en el aula porque perdemos tiempo", escribe uno de los docentes.
- Se olvida enseñar a leer las noticias más allá de los titulares. "Se requiere ir más allá de los titulares para identificar la realidad que se esconde del país, de la región y del mundo", indica otro de los docentes.
- Se olvida enseñar a los estudiantes la importancia de tener memoria. "Hemos perdido la memoria de los hechos, sean agradables o no, para dejarlos en libros o documentos", destaca otra profesora. La memoria manipulada conduce a olvidos o recuerdos inadecuados, de lo cual tienen mucha responsabilidad los medios de información, los poderes de turno y el ejercicio docente mismo.
- Se olvida enseñar a conversar en forma permanente sobre ética. Muchos abogados conocen bastante sobre derecho pero poco sobre ética. El futbolista que simula caer en el área para que le piten un penal que nunca fue. El militar o criminal que asesina sin piedad en los campos y deja cuerpos sin cabezas y niños sin apellidos. El conductor que conduce ebrio. El presidente que jura decir la verdad y luego se descubre el enjambre

de sus mentiras. El docente que exige respeto, pero ridiculiza a sus alumnos. "En las aulas no conversamos sobre ética porque creemos estar perdiendo el tiempo", manifiesta un docente.

- Se olvida enseñar la responsabilidad del ejercicio público. El servidor público que incumple constantemente con su trabajo y que, sin embargo, recibe religiosamente su salario. El intelectual que vende su talento al mejor postor o que se pone a favor de los regímenes. El funcionario público que conoce su oficio pero decide *hacer la vista gorda* para no comprometerse o silenciarse con el objeto de mantener su cargo. "En nuestros ejercicios académicos criticamos a los funcionarios públicos, pero tampoco enseñamos como ser funcionarios idóneos", escribe otro profesor.
- Se olvida mirar la estética corporal con dignidad. "La modelo reconocida que convive con un reconocido delincuente a cambio de un generoso cheque", especifica una profesora en su historia de vida. La dictadura de unas medidas corporales, dimensiones massmediáticas, poco se cuestiona en el ejercicio académico; el cuerpo pasa a ser un territorio por conquistar sin derecho a dignidad.
- Se olvida enseñar el arte en su dimensión creativa y espiralada. "Es curioso, casi todos los profesores creemos que las artes son geniales, pero muy pocos le confieren importancia en sus ejercicios académicos", indica un profesor. Sobre esto expone Bourdieu que "A medida que el campo intelectual gana autonomía, el artista afirma con fuerza cada vez mayor su pretensión a ella, proclamando su indiferencia respecto al público"; es decir, el artista consumado llega tanto a despreciar al público como el profesor destacado lo hace con sus estudiantes; como vemos no todo en el arte es pureza ni la grandeza implica creatividad.
- Se olvida enseñar la escucha sideral. "No nos enseñaron a escucharnos, menos a escuchar las plantas, las rocas, los vientos o las armonías y desarmonías siderales", resalta una profesora; se agrega a lo anterior que no tenemos asambleas de escuchadores donde se atienda al sujeto individual y al nosotros.
- Se olvida enseñar a ir más allá del ruido de las palabras. Las pantallas nos dominan, sus palabras nos seducen, nos quieren avergonzar de nuestros pasados duros, avergonzar de nosotros

mismos. “Se olvidó enseñar aquel pasado que nos duele, que no nos gusta”, manifiesta uno de los profesores en su historia de vida. Existe una memoria avergonzada, una memoria que se quiere arrojar al olvido, un pasado que poco nos agrada, que nos pone en lo indecible. Unas memorias clandestinas, silenciadas, inauditables que requieren ser escuchadas, leídas y comprendidas más allá del ruido de las palabras y del estruendo de las balas.

- Se olvida enseñar a conservar amistades por caer en las virtualidades. Cambiar de amigos como de ropa es un lema de los últimos lustros; de ahí las deslealtades, el desenfrenado maniqueísmo. “Ahora los amigos son virtuales, suele suceder que no hablamos con el compañero de al lado porque la virtualidad nos acorrala, nos vuelve malos amigos”, escribe una profesora.
- Se olvida enseñar la paciencia para caer en el vértigo de la velocidad. “El que piensa pierde”, vaya encomio a los apuros, no queremos ser pacientes ni lentos, los mercados capitalistas nos exigen correr y correr. “Hay cierto arribismo por ser rápidos y los primeros, donde la internet ha contribuido de forma casi perversa”, escribe una de las profesoras. Esta preocupación por el arribismo, por nuestras impaciencias requieren pensarse desde los actividades académicas.
- Se olvida enseñar la justicia para decantarnos por la venganza y el odio. “No sé, pero pienso que estamos enseñando el odio”, explica uno de los docentes, confirma con esto lo que describe Abad: “Porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos. La vida, aquí, están convirtiéndola en el peor espanto”. Las sociedades más que justicia lo que practican es la lealtad y ya sabemos que toda lealtad sabe burlarse de las justicias, de lealtades mal entendidas, como casi todas, nacen las grandes venganzas y los odios culturales.
- Se olvida enseñar que lo verdadero y lo falso son lenguajes dicotómicos y maniqueos. Hay aproximaciones a verdades y falsedades, pero siempre somos algo más que esos extremos, lenguajes que nos acomodan y excluyen, lo cual es muy dado en sociedades ilustradas, como advierte Zuleta, donde solemos “declarar verdadero lo que nos tranquiliza y falso lo que nos perturba y angustia”. Conocer no es llegar a una verdad

en particular, a una verdad universal sino saber con-versar con los múltiples conocimientos, dialogar con otros saberes y no negarse a interactuar con aquello que se presenta en las galaxias de nuestras ignorancias.

- Se olvida enseñar la potencia del error. "Se potencia el acierto y el error no tiene lugar sino para el ridículo", refiere una profesora. El horror de equivocarnos es cercano al horror que le tenemos al vacío. No podemos hacer del error una angustia para la vida, el error es mitad desacierto y mitad oportunidad, suele decirse en las calles del emprendimiento, pero puede servir a los senderos de la educación.
- Se olvida enseñar el cooperativismo. El nosotros es un desierto que suele variarse por el *yosotros,* un individualismo a ultranza, donde el éxito particular se impone sobre el ideal colectivo. "En el sistema educativo se insiste en la competencia, se alaba al líder y se ridiculiza a los menos destacados", escribe un profesor.
- Se olvida enseñar que la vida no tiene manuales. "A muchos profesores les gusta el paso a paso, los manuales, las guías de aula, y no quieren que los estudiantes se salgan de allí", relata una profesora.
- Entre tantos olvidos, tampoco hemos sabido pasar del aprendizaje por repetición al aprendizaje por comprensión. "Nos gusta que nos repitan lo que hemos dicho, eso es irónico", refiere una profesora.

No todo son desaciertos. Aquí no hemos hecho un acopio, desde las voces de los docentes, de aciertos docentes que, sin duda, existen, de profesores extendidos hacia su alumnado, que son muchos; lo que hemos encontrado son algunas dificultades en el quehacer docente que requerimos conocer para comprenderlas y para repetirlas si queremos tener una sociedad diferente, si creemos que somos posibles, pese a tantos vientos aciagos, de resistir en la esperanza, de ser como el dios romano Jano con dos caras, una que mira al pasado y otra al futuro, en el presente se encuentra la conjunción de estas experiencias, la una consolidada, la otra por convocar los tiempos no gastados. "No todo olvido es malo, hay cosas buenas de olvidar porque esto le da espacio a la memoria, es posible que si algo olvidamos enseñar, daremos espacio a la creación de una apuesta nueva", refiere uno

de los docentes. La memoria y el olvido guardan en cierto modo la misma relación que la vida y la muerte.

Por suerte, los olvidos de los docentes, al menos, ha dado para reconocer que sí recuerdan, recuerdan que algo han olvidado. "Algo hemos olvidado enseñar que ahora rememoramos, algo hemos olvidado enseñar que nunca recordaremos", así es la memoria, así es el olvido paradójico e irónico.

La vida es la memoria, el olvido es la muerte; ambos, memoria y olvido, son los recursos de la humanidad para rehacerse, para consolidarse y editarse de forma distinta, donde lo cotidiano siempre es algo más que memoria y olvido, algo más que vida y muerte.

Como nos dice Ricoeur, "No es lo mismo la memoria de los lugares que la memoria de los hechos", y aún más confusa o diversa será la memoria sobre nuestros pensamientos, donde el olvido no distingue lugar de hecho, ni hecho de pensamiento.

Es evidente que los olvidos han constituido un enorme campo del comportamiento humano, olvido de sí, olvidos del otro, olvidos del dolor, olvidos de la felicidad, olvidos de esperanzas, olvidos de utopías, por tanto, preguntarle a la memoria por sus olvidos es una demanda por los recuerdos idos, pero preguntarle a la memoria de los docentes por sus olvidos es adentrarse por aquellos olvidos de aula que jamás debieron presentarse.

De ahí que lenguajear las pedagogías es, de alguna manera, lenguajear los olvidos; adentrarse por los olvidos de los docentes es preguntarle a la memoria de la humanidad y a sus estados alterados, es no olvidar que somos seres condicionados, no determinados.

Es posible que la memoria sufra de racismo lingüístico, de racismo imaginativo, de racismo intelectivo, que puede ser tan dramático como los racismos que nos ha enseñado la humanidad misma. Al fin de cuentas somos biología, energía cósmica y cultura, de ahí que ese racismo nos pueda estar acompañando para aprender a olvidar a los de siempre, a los olvidados por el poder, a los olvidados por los dioses, a los sin nombre ni gloria, a los cualquieras, a los ningunos, a los nadies.

De ahí que el racismo de la memoria podría estudiarse como un signo de época, como una marca que nos viene sometiendo, porque hay sometimientos consentidos, entonces, nada de extraño tendría que, en este racismo de la memoria, el sometimiento consentido fuera uno de los síntomas por abordar cuando queremos pensar y recordar los miedos y los olvidos de la humanidad.

Va siendo tiempo de historizar los olvidos de los poderes, no para odiarnos sino para perdonarnos y, así, reinventarnos de otra manera, de una manera que aún debemos descubrir.

Ya sabemos algo: hay olvidos de olvidos pero, a veces, el mundo se acaba a favor de un olvido. ¿De qué sirve un dios si olvida? Aunque mejor su olvido que cualquier venganza. Si olvidan las deidades, ¿qué esperar de los hombres? Los primeros descansan, ya no hablan, dejaron sus metarrelatos, liberaron la creación; los segundos, es decir, los hombres, si somos responsables de nuestro devenir, de nosotros mismos y de los demás, no podemos reservarnos muchos olvidos.

Si la academia es un lugar zoologizado por ideas que domestican a los hombres, también ha sabido ser un lugar para conservar los miedos y fabricar los olvidos; no obstante y sin lugar a dudas, los olvidos pueden ser unos relatos, unos estados anímicos, unos estilos de vida, unos lenguajes del poder, pero jamás serán unas paradojas inconclusas ni pasarán a ser unas festejos ajenos.

La academia es una especie de zoológico en donde habitan hombres domesticados por ideas.

JULIÁN SERNA

Multiculturalidades. Inter-trans-endo-exo culturalidad

Desde muchas atalayas interpretativas, desde muchos caleidoscopios hermenéuticos podemos indicar que cultura es todo lo que hace el hombre, el conjunto de sus obras; de ahí desprendemos que las culturas son inter y tras, pero también endógenas y exógenas, todo esto nos mueve a hipotetizar que hay demasiadas variantes del quehacer cultural humano.

La cultura como componente intrínseco de la diversidad que aquí nos ha interesado cobra importancia en el acto de comprender el proceso de enseñanza aprendizaje, de sus olvidos, de sus miedos en esas relaciones humanas que inciden en la construcción de significados y en el desempeño académico.

No sólo existen discursos hegemónicos y/o contra-hegemónicos, miradas hegemónicas y/o contra-hegemónicas, tiempos hegemónicos de vértigo y velocidad frente a tiempos lentos y vitales, formas de representación mental, formas que ordenan y clasifican, nos aíslan del mundo natural, de la vida existencial; no solo hay protocategorías hegemónicas sino poscategorías que se disponen a leernos los futuros. Hay unas lógicas de razonamiento y conocimiento hegemónico sedimentadas en nosotros, unas afectaciones ocultas arraigadas en nosotros, unos mapas emocionales y mentales fijos que nos impiden o dificultan pensar distinto, pensar en claves distintas a los miedos y a los olvidos.

Lo anterior sintoniza con la descolonización del pensamiento que implica la descolonización de las miradas, escuchas y hablas y escrituras; frente al desencantamiento de lo moderno, en nuestra condición de sujetos sin más caras, sin armaduras, tenemos la responsabilidad

histórica, social, cultural, de generar nuevas formas de pensar, de asumirnos en entornos, contextos y territorios móviles, para provocar el pensamiento descentrado. El colonialismo y el centro-europeísmo han llegado a su fin, en tanto ha ocurrido una liberación de las diferencias, una apertura a las diversidades, a los nuevos idiomas culturales del mundo, dando paso así a las emocionalidades y racionalidades locales, a unas posibilidades de liberarnos de los olvidos históricos y de los miedos atávicos.

La descolonización del pensamiento, el desencantamiento de lo moderno, el pensamiento del sur se relacionan además con el advenimiento de la sociedad de la comunicación, resultado del influjo de los mass media, los cuales no permiten propiamente la creación de una sociedad transparente y del consenso, sino que hacen más viable una sociedad plural que permite visibilizar los pequeños relatos, las culturas locales y las minorías político-culturales. Se sale al paso así a la neocolonización, a la reactualización postcolonial del logocentrismo europeo. No obstante que la máquina globalizadora y neoliberal sigue funcionando en aras de reorganizar el orden mundial; eso lo debemos tener claro cuando pensamos las multiculturalidades, cuando queremos saber de nuestros miedos, de nuestros olvidos.

Por tanto, la cultura popular no es la misma que la burguesa y en cada uno de estos escenarios aparecen sus propias claves de existencia, las religiones, las economías, las filosofías o las literaturas no se viven igual en una u otra cultura, los modos de confrontar y afrontar la vida a veces parecen opuestos, en otros momentos confluyen en sus intereses. Sobre la renovación del hombre y la cultura, del hombre y sus ansias, el pensamiento educativo bastante podrá aportar a esta cuestión de los olvidos y de los miedos.

Son tantos nuestros problemas, nuestras muertes reales y simbólicas, productos muchas veces de la sin-razón, otras veces de la vanidosa sapiencia de una razón equivocada, desmesurada, que hoy nos preguntamos si acaso podemos recuperar el pilotaje de la razón, tornar a la demeritada virtud humana, y otra vez preguntar por la justa vitalidad de nuestros juicios y acciones, preguntarnos por una ciencia con ética y una política capaz de conjuntarnos, antes de que nos convenzan razonablemente a todos de sus apuestas desetizadas que pueden conducir al exterminio colectivo, a la autodestrucción humana.

En el sentido antedicho hay un déficit de pensamiento científico y cultural pero también un enorme déficit de pensamiento emocional;

son muchas las situaciones humanas, los acontecimientos humanos, y no basta una ciencia descriptiva, ni una ciencia explicativa que nos hable de miedos y olvidos. Urgen unas ciencias centradas en las condiciones humanas, en el espíritu humano; hay prestigiosas ciencias pero ninguna arroja luces en este aspecto, son ciencias empíricas que a lo sumo avanzan hasta la morfología de los fenómenos sociales, no avanzan hasta una racionalidad de principios y una emocionalidad de las culturas mismas, del multiculturalismo.

¿Cuál es la especificidad metódica de una ciencia ética de los miedos y de los olvidos? Lo que está avisado en obras de grandes intelectuales son unas ciencias abiertas en éticas globalizadas, a las que no se pueden acceder sin restaurar la razón, sin neutralizar la sin-razón loca y genocida, sin corregir los desatinos de la sapiencia racional con los espirales de las emocionalidades.

Las humanidades, las vitalidades de nuestro existir no se bastan con las promesas, tampoco se solazan con lo devenido. La educación no puede echar paso abierto sin revisar con esmero las diversidades y las inclusiones, sus tensiones, sus promesas, sus olvidos y sus miedos, requiere ser, como ya se dijo, un Jano cuyas caras miren el presente por un lado y el futuro en su otra esquina.

¿Cómo incluir sin someter? ¿Cómo enseñar a no olvidar, a no tener miedo sin humillar? ¿Es posible? Hasta eso hemos olvidado. Forzamos la felicidad, forzamos los ratos de humor, ¿cómo no vamos a forzar las inclusiones? ¿De qué manera somos posibles por fuera de las unicidades mesiánicas? Las diversidades, ¿cómo dan cuenta de las multiculturalidades? Ya el mesianismo deja de ser una apuesta política o religiosa en particular, ahora resulta que nos invade cierta creencia de que el arte es una salvación, una opción mesiánica para resolver lo que otras disciplinas no han podido. Bien es sabido que resolver una dificultad humana desde una sola posibilidad es un reduccionismo tan riesgoso como no emprender algo; igual acontece con la educación, se la ha visto salvadora, una mesías para confrontar los grandes problemas epocales y la realidad nos ha mostrado que reconocidos monstruos de la humanidad pasaron por la academia con envidiables laureles, digámoslo claro, estos aparentes mesías se convirtieron en monstruos ilustrados. La gran amenaza es que estos hombres y mujeres mostrencas no son asunto del pasado, siguen emergiendo con arrogante sagacidad como frutos de una razón desnaturalizada y envanecida de sus precarias verdades.

La formación, ¿qué viene prospectando en torno a los miedos y a los olvidos? ¿En qué consisten los sometimientos dentro del sistema formativo? ¿Cuál es el lugar de los miedos dentro de los procesos formativos y la incidencia en la violencia? Ya nada nos parece inocente; si algo nos viene, si algo nos sugieren, nos seduce pensar que existe un ritmo de sometimiento o de imposición que no logramos leer a tiempo.

¿Cuál es la practicidad, las ductilidades, las maleabilidades de los documentos de regulación en las instituciones formativas? ¿En qué consisten los odios humanos, distanciamientos y cercanías en la esfera del tiempo?, ¿mutan, se mantienen? ¿Por qué y para qué vamos a la escuela, a la universidad? Vamos a muchos lugares porque el futuro es una opción o por diversión.

¿En qué consiste ser profesores, ser estudiantes en pleno siglo XXI? ¿Cuáles son los sentidos y significados de ser profesores en este siglo XXI, cuáles de ser estudiantes? ¿Qué sentidos se construyen cuando hablamos de inclusiones y diversidades acorraladas por los miedos y por los olvidos? Si comprendemos la pedagogía como una de las más elevadas semblanzas de las culturas, como una de las mayores apuestas de la sociedad civilizada para hacer posible el desafío de vivir juntos, entonces tendremos mayores urgencias de leer sus coyunturas, de leer desde las pedagogías los signos de nuestros tiempos.

Nos interesa en lo profundo comprender aquellos problemas de época, aquellos problemas multiculturales que suelen romper las tradiciones, que ponen a las humanidades en crisis de sentido y hasta de existencia, por tanto desde el mundo lingüístico de las pedagogías nos adentraremos por los desafíos raizales de humanidad de vernos como proyecto viable dentro de lo inédito del conocimiento, dentro de lo innombrado del despliegue humano.

¿Qué sentidos tiene ser pedagogos en pleno siglo XXI? ¿En qué consiste pensar las pedagogías en épocas del descreimiento por los proyectos humanos? La educación es una de las grandes reservar morales de las sociedades. ¿Desde los movimientos sociales, desde las estructuras sociales en movimiento que desafíos tienen las pedagogías? En estas sociedades del riesgo, sociedades del miedo, ¿en qué consisten los esplendores de un pensar pedagógico? Si suprimimos las pedagogías, ¿qué destinos le deparan a la humanidad? Se ha comprendido que la pobreza es más dramática en sociedades con bajos niveles formativos, ¿qué retos tienen los pedagogos para afrontar los

signos de la pobreza? Desde estas preguntas seminales y desde otros rigores, desde otros lenguajeos, es necesario dar cuenta de las grandes complejidades humanas que las pedagogías no pueden desconocer ni silenciar.

El mundo se habilita desde muchos escenarios, el despliegue apolíneo es una contingencia tan válida como la dionisíaca; ambos constituyen estructuras lingüísticas y mundos paralelos que nos incitan a superar los dualismos para ser viables, no desde las exclusiones y los guetos sino desde las diversidades y las inclusiones como grandes enigmas a superar por cualquier pedagogía que piense más allá de sus linderos de olvidos y más acá de sus miedos.

¿Cómo accionamos las realidades, qué lugar le damos al sujeto cuando abordamos las teorías del Desarrollo Humano? ¿Es posible, y de qué manera, confrontar los poderes simbólicos? En las dictaduras de los neos, ¿en qué consistirán unas pedagogías y unas didácticas renovadas? Lo nuevo nos invita a la renovación, pero puede esconder en sus curvaturas peligrosos afanes.

¿Cuáles son los grandes problemas de época que debemos comprender para intervenir? Esto porque desde la formación podemos estar evadiendo los problemas epocales por quedarnos en los síntomas.

¿Qué ciudades requerimos para dar cuenta de sociedades sin miedos? ¿Las ciudades y sus márgenes, sus fronteras invisibles, ¿qué le están diciendo al ideal de formación? ¿Quiénes nos están diseñando las ciudades, las arquitecturas del pensar urbanístico? Las ciudades modernas están en peligro, son un gran riesgo, son un pánico permanente, se debaten entre miedos y olvidos.

En este crisol de diversidades, de multiculturalismo, no se puede relegar la discusión por el poder, las mismas relaciones de poder que se dan dentro de las culturas y las formas de control que establecen los diferentes poderes. Tenemos unas sociedades mediatizadas, casi controladas por los medios de información, donde la prontitud de la información nos somete a unos rigores de altas velocidades, de altas urgencias de obtener datos.

Esta dinámica cultural de las sociedades massmediáticas es la que no permite leer en profundidad los problemas de época, no permite comprender el presente con sus variantes, donde los niños, jóvenes y adultos aparecen como indefensos o simples objetos, con miedos unos, olvidados otros.

La ciudadanía juvenil reclama espacios, los construye a contrapelo en una forma de oposición o protesta contra el mundo adultocéntrico; en esos escenarios la creatividad casi siempre rompe con el orden, con lo establecido, asuntos que nos interesan cuando pensamos los miedos y los olvidos, porque comprender o conocer el mundo juvenil es también sugerir cierto futuro de humanidad.

Más que comprender la cultura desde contraposiciones o superposiciones teóricas, precisamos comprenderla y abordarla desde sus complejidades, desde sus tensiones, desde sus cosmovisiones, desde sus caosmicidades, desde sus caosvisiones o caos-audiciones y, claro, desde sus complementariedades.

Las culturas se debaten entre conservación y renovación, entre historia y utopía, entre pasado y futuro; las culturas son multiculturales y refuerzan la idea de cambio permanente, pero abogan por mantener sus legados, esas contradicciones que pasan a ser extensiones de una apuesta poco común en la humanidad, y se trata de sobrevolar los juegos de oposiciones para pensar en construcciones lingüísticas de mundos que desborden las pugnas de lo predecible para lo impredecible, no en términos de catástrofe sino en términos de imaginación, no en términos de salvamientos o mesianismos sino en términos de fantasías reconstitutivas.

Auschwitz nos recuerda que nada puede estar al margen de una exigencia ética, ninguna idea del multiculturalismo es viable si olvidamos las posturas éticas, por tanto una apuesta de este orden no puede olvidarse de sus responsabilidades y viabilidades éticas; siempre que se piense en actuar sobre sí o sobre otro, una pregunta por las éticas nos pone un filtro, un cedazo para no caer en el racionalismo bárbaro y en la inocencia o impaciencia del juego de las emociones.

Uno de los grandes miedos aprendidos de las utopías desetizadas, esto para jamas olvidar por algún ser humano, es cuando la ética se rinde y pasa a ser cadáver para muchos intelectuales, políticos y economistas que pretenden imponer sus criterios y sus racionalidades excluyentes. En definitiva, uno de los no negociables para cualquier apuesta humana son las responsabilidades morales y éticas; esto hay que escribirlo en letras de molde sin miedo y evitar que se olviden.

A la plebe debe bastarle con ser plebe

> *Si señores, la plebe no debe recibir educación. Pues si sabe tanto como yo, me desobedecerá en la misma medida en la que ahora me obedece.*
>
> Catalina la Grande, zarina de Rusia

Sea o no un ingenio de esta zarina, sí es sabido que este lema lo han adoptado muchos monarcas; por fortuna, hay otras teogonías menos arbitrarias con la sabiduría. Es probable que al hacerle un análisis ético a las expresiones de Catalina la Grande, la zarina quede en desventaja, no salga bien librada, pero ¿importa?; lo cierto es que al desglosar la sentencia se encuentra cierta sabiduría, sabiduría, claro está del y para el poder. Podemos o no estar de acuerdo con ella o con el poder, pero lo que no podemos negar es que los argumentos esgrimidos por Catalina no son menores, aunque sí un tanto despreciables, y si no es así preguntémosle a los ultrapoderes.

La plebe lo intuye mejor que mucha intelectualidad, *no todo es causa-efecto*. Hay azar y hasta necesidad de lo indecible; no es claro que un miedo u olvido docente implique un efecto específico sobre una sociedad, pero sí es evidente que un miedo y olvido docente pueden desencadenar no una sino múltiples consecuencias sobre una comunidad, hacerla más plebe porque así lo quiere un poder. Un ejercicio intelectual indebido o recortado abre ventanas en espiral, cercena imaginaciones y potencia dogmas, recorta memorias y vende odios. La educación es una clave social, pero no es la única responsable de las tendencias sociales, no es la única responsable de los problemas de la *plebe* para seguir en términos de la zarina. Calidad, cobertura, pertinencia, equidad y eficiencia son grandes categorías que rodean a la educación occidentalizada que, a veces, genera más miedos y olvidos que certidumbres y esperanzas.

Para que a la plebe no le baste con ser plebe, ni para que los lenguajes de los poderes no nos avasallen, lenguajes que tiran hachazos por doquier, quiérase o no, es necesario afrontar las tres enfermedades que, según Saramago, afectan al hombre actual: la incomunicación, la revolución tecnológica y el anhelo de triunfo personal; como sabemos, éstas han sido, entre otras, las apuestas de la sociedad capitalista, la gran marca epocal de las apuestas de occidente, tener gentes enfermas en su soledad, tener gentes incomunicadas o

mal informadas, tener gentes tecnificadas y robotizadas para venderles la idea de un triunfo personal, para hacerles olvidar de las colectividades, para enseñarles a tener miedo, incluso al futuro, porque lo mejor para los poderes es tener seres solitarios, miedosos, olvidadizos y convencidos de ser plebe para dominarlos e imponerles lenguajes.

Los sueños con sus utopías fracasan cuando sus apuestas son inamovibles y plagadas con ideales de eternidad. No sólo para las políticas sociales sino para los educadores mismos, el futuro no puede convertirse en una aplicación mecánica del presente. Si queremos que las realidades cambien tenemos que cambiar nuestros lenguajes, nuestras formas de confrontar las desesperanzas, tal vez Freire lo tuvo más claro: no hay cambio sin sueño, como no hay sueño sin esperanza.

Somos un palimpsesto de culturas, por lo pronto, pese a las dificultades, somos posibles de muchas maneras, de ahí que las comunidades desligadas de los poderes también tengan lenguajes que pueden enseñarnos a dejar de ser víctimas arrancadas de los prejuicios, víctimas desterradas por los olvidos y víctimas apabulladas por los hachazos que lanzan los miedos y los olvidos.

> *Las tres enfermedades del hombre actual son la incomunicación, la revolución tecnológica y la vida centrada en el triunfo personal.*
>
> José Saramago

Bibliografía, miedos y olvidos pedagógicos

Abad Faciolince, Héctor (2006) *El olvido que seremos*. Planeta. Bogotá.

Alvarado, S. V., J. A. Patiño & J. A. Loaiza (2012) "Sujetos y subjetividades políticas: El caso del movimiento juvenil Álvaro Ulcué". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1 (10), pp. 855-869.

Álvarez Tabares, Julián Omar y Elquis Rodríguez Guerra (2012) "Internet y su influencia en la comunicación familiar". En: *Revista Trilogía* Nº. 7 / ISSN 2145-4426 / diciembre / 2012 / pp. 81-101.

Astolfi, Jean Pierre (2003) *El error un medio para enseñar.* (2ª edición.) Diada Editora. Sevilla.

Auge, Marc (1998) *Las formas del olvido*. Gedisa. Barcelona.

Ayuste, Ana (1999) "Participación, acción comunicativa y educación de personas adultas". España. Disponible en: http://www.tdx.cat/TDX-0409108-110942. (Recuperado el 28 de noviembre del 2011.)

Barbero, Jesús Martín (2003) *De los medios a las mediaciones*. G. Gili, en convenio con Andrés Bello. Bogotá.

Barbero, Jesús Martín y Fabio López De la Roche (1998) *Cultura, medios y sociedad*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Barthes, Roland ([1972] 2011) *El grado cero de la escritura.* (2ª edición.) Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

Bauman, Zygmunt (2008) *Miedo líquido.* Paidós. Buenos Aires.

Beck, Ulrich (2000) *Un nuevo mundo feliz.* Paidós. Buenos Aires.
——— (2002) *La sociedad del riesgo global.* Siglo XXI Editores. Madrid.
Bibliotecas virtuales (2011) *Los nuevos grandes miedos de la humanidad*. Disponible en http://portal.bibliotecasvirtuales.com/foros/los-nuevos-grandes-miedos-de-la-humanidad. (Recuperado el 17-12-2012.)
Borges, Jorge Luis (2008) *Ya somos el olvido que seremos*. En: http://blogs.periodistadigital.com/juliosanfrancisco.php/2008/07/21/p180280 (Recuperado en marzo de 2013.)
——— (s. f.) *Everness*. http://www.versos.net/poemas_borges/el_olvido.html (Recuperado en diciembre de 2013.)
Bourdieu, Pierre (2001) Poder, derecho y clases sociales. Descleé de Brouwer. Bilbao.
——— (2002) *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montressor. Tucumán.
Calvo Muñoz, Carlos Manuel (2007) *Del mapa escolar al territorio educativo: disoñando la escuela desde la educación.* Universidad de la Serena. La serena, Chile.
Castells, Manuel (1999) *La era de la información. El poder de la identidad*. Siglo XXI Editores. Madrid.
——— (2009) *Comunicación y poder*. Alianza. Madrid.
Celma, Jules (1981) *Diario de un educastrador.* Traducido por Estela Cedola. Editorial la Flor. Barcelona.
Centro de estudios universitarios para la tercera edad. (s. f.) "¿Cómo enfrentar los olvidos del día a día?" En: http://www.u3e.cl/calidad-de-vida/¿como-enfrentar-los-olvidos-del-dia-a-dia/ (Recuperado en diciembre de 2012.)
Chomsky, Noam (2009) *Miedo a la democracia.* Crítica. Barcelona.
Colodro, Max (2004) *El silencio de la palabra. Aproximaciones a lo innombrable.* Siglo XXI Editores. Santiago de Chile.
Delumeau, Jean (2005) *El miedo en occidente.* Taurus. México.
El Corán (2001) Óptima. Barcelona.
Eliade, Mircea (2001) *El mito del eterno retorno. Arquetipos de repetición.* Verlap. Avellaneda, Argentina.
Fabres Campos, Jorge (2005) *Revista Iberoamericana de educación.* 05 de 11 de 2005. http://www.rieoei.org/deloslectores/1091Fabres.pdf (Recuperado en noviembre de 2012)

Ferraroti, Franco (2011) "Las historias de vida como método". En: *Acta Sociológica* ISSN (Versión impresa) 0186-6028, pp. 95-111. Centro de Estudios Sociológicos, FCPyS, UNAM. México D. F.
Foucault, Michel (1999) *Estrategias de poder*. Paidós. Barcelona.
Freire, Paulo (1975) *La educación como práctica de la libertad.* Ediciones Pepe. Bogotá.
——— (2007) *Pedagogía de la esperanza*. Siglo XXI Editores. México.
Freud, Sigmund (2008) *La interpretación de los sueños.* Libro.dot.com. Madrid.
Fromm, Eric ([1941] 2006) *Miedo a la libertad.* Paidós. Buenos Aires.
Gadamer, Hans Georg (1998) *Verdad y método II*. Ediciones sígueme. Salamanca.
Geertz, Clifford (2003) *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona.
González González, Miguel Alberto (2010) *Horizontes Humanos: límites y paisajes*. Centro de Publicaciones, Universidad de Manizales. Manizales. (4ª cuarta edición.)
——— (2010) *Umbrales de indolencia*. *Educación sombría y justicia indiferente.* Centro de Publicaciones, Universidad de Manizales. Manizales. (4ª cuarta edición.)
——— (2011) *Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo*. Universidad Tecnológica de Pereira. Pereira.
——— (2012) *Desafíos de la universidad. Miradas plurales. Carpe diem*. Editorial Académica Española. Madrid.
Guarín Jurado, Germán (2011) *Episteme, logos. Epistemología, hermenéutica en la interdisciplinariedad contemporánea.* Universidad de Manizales. Manizales.
Habermas, Jürgen (1987) Teoría de la acción comunicativa II. Taurus. Madrid.
——— (1992) Teoría de la acción comunicativa I. Taurus. Madrid.
Jiménez, Andrés Eduardo; Valeria Doménica Castillo & Laura Camila Cisternas (2012) "Validación de la escala de agresión entre pares, y subescala de agresión virtual en escolares chilenos". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10 (2), pp. 825-840. Manizales.
Julien, Francois (1994) *El rodeo y el acceso. Estrategias del sentido en China en Grecia*. Embajada Francesa y Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

KANT, Immanuel ([1785] 2007) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Edición Digital. Creative Commons.
KRISHNAMURTI, Jiddu (1996) *El libro de la vida.* Edaf. Barcelona.
LA BIBLIA (1990) Círculo de Lectores. Bogotá.
LENKERSDORF, Carlos (2008) *Aprender a escuchar.* Plaza y Valdés editores. México, D. F.
LIPOVETSKY, Gilles (2007) *La pantalla Global*. Anagrama. Barcelona.
LIZCANO, Emmánuel (2006) *Metáforas que nos piensan*. Ediciones Bajo Cero. Madrid.
LOMAS, Carlos (2011) *Lecciones contra el olvido.* En: http://octaedro.cat/pdf/09041.pdf (Recuperado en enero de 2013.)
LÓPEZ DE MATURANA, Silvia (2009) *Los buenos profesores: educadores comprometidos con un proyecto educativo*. Universidad de la Serena. La Serena.
LÓPEZ PETIT, Santiago (2009) *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*. Traficantes de sueños. Madrid.
LOS OLVIDOS SOCIALES DEL CRISTIANISMO. (s. f.) En: http://www.ppc-editorial.com/Los_olvidos__sociales__del_cristianismo.html. (Recuperado en noviembre del 2012.)
LUHMANN, Niklas ([1965] 2005) *Poder*. Anthropos. México.
MAINER, José Carlos (2011) "Para una cartografía de los olvidos en la literatura". En: http://www.elpais.com/articulo/portada/cartografia/olvidos/literatura/elpepuculbab/20110917elpbabpor_1/Tes (Recuperado en enero de 2013.)
MCLUHAN, Marshall (1996) *Comprender los medios de comunicación*. Paidós. Buenos Aires.
MEIRIEU, Philippe (1998) *Frankenstein Educador*. Ediciones Leartes. Barcelona.
MEJÍA RIVERA, Orlando (2000) *Pensamientos de guerra.* Universidad de Caldas. Manizales.
MÉNDEZ, Francisco Xavier y otros (1997) "Los Miedos en la Infancia y la Adolescencia". (Tesis doctoral.) Universidad de Murcia. Murcia.
MINISTERIO DE DEFENSA (2011) *Anuario Estadístico del sector defensa y seguridad de Colombia 2003-2009.* Edición Nº 1. Disponible en internet en: http://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/estudios%20sectoriales/Anuario/Anuario_Estadistico2010a.pdf. (Recuperado el 18-12-2012.)

Molano, Alfredo (2009) *Ahí les dejo esos fierros.* El Áncora Editores. Bogotá.
Morin, Edgar ([1974] 2005) *El paradigma perdido. La naturaleza humana*. Kairós. Barcelona.
Nietzsche, Friedrich ([1888] 2000) *Cómo se filosofa a Martillazos*. Grupo Editorial Tomo. México.
——— ([1888] 2005) *El anticristo*. (3ª edición.) Ediciones Leyenda. México.
——— ([1882] 2004) *La Gaya ciencia*. Ediciones libertador. Buenos Aires.
——— ([1888] 2006) *Ecce Homo*. Ediciones Leyenda. México.
——— ([1883] 2006) *Más allá del bien y del mal*. Ediciones Leyenda. México.
——— ([1872] 1998) *El nacimiento de la tragedia*. Edaf. Madrid.
——— ([1872] 2005) Genealogía de la moral. (3ª edición.) Grupo Editorial Tomo. México.
O`donnell, Pacho (2010) *La sociedad de los miedos.* (5ª edición). Sudamericana. Buenos Aires.
Olvidos y recuerdos (s. f.) En: http://olvidosyrecuerdos-juanma.blogspot.com (Recuperado en enero de 2013.)
Ospina, William (2001) *Colombia en el Planeta. Relato de un país que perdió la confianza, 5*. Imprenta Departamental de Antioquia. Medellín, Antioquia, Colombia
——— (2005). *Contravía.* Entrevista a William Ospina. (H. Morris, Interviewer) Uno. Bogotá. 126.
Palma, Pamela (2005). Poder político y medios de comunicación en Perú: impacto del discurso presidencial en la prensa escrita en un régimen democrático. Université Labal
Pamuk, Orhan (2010) *El museo de la inocencia.* Random House Mondadori. Bogotá.
Parra Sandoval, Rodrigo (1989) *Pedagogía de la desesperanza.* Plaza y Janés. Bogotá.
Pauwels, Louis y Jacques Bergier (1994) *El Retorno de los Brujos*. Josmar. Madrid.
Perelman, Chaim ([1977] 1998) *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Grupo Editorial Norma. Santa Fe de Bogotá.
Platón (1994) *Diálogos*. Ediciones Universales. Bogotá.
Pollak, Michael (1989) "Memoria, olvido, silencio". En: *Revista Estudios Históricos*. Río de Janeiro, Vol. 2, Nº 3, pp. 3-15.

PROUST, Marcel (2000) *En busca del tiempo perdido 4. Sodoma y Gomorra.* Santiago Rueda Editor. Buenos Aires.
PUGET, Janine y KAËS, René (compiladores) (1991) *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Centro Editor de América Latina. Asamblea Permanente por los DDHH. Buenos Aires.
QUINTAR, Estela (2006) *La enseñanza como puente a la vida*. Editorial Instituto de Pensamiento y Cultura Latinoamericana. México.
RESTREPO, Laura (2001) *La multitud errante*. Punto de lectura. Bogotá.
RICOEUR, Paul (2004) *La memoria, la historia, el olvido.* Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
ROMANO, Vicente (2007) *La Intoxicación lingüística*. Plaza edición. Barcelona.
RORTY, Rihard (1996) *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós. Buenos Aires.
ROSERO, Evelio (2010) *Los ejércitos*. (2ª edición.) Tusquets. Barcelona.
ROUSSEAU, Jean-Jacques ([1762] 2002) *Emilio o de la educación*. Ediciones Esquilo. Bogotá.
ROWLANDS, Marck (2009) *El Filósofo y el Lobo. Lecciones sobre el amor y la felicidad.* Seix Barral. Barcelona.
SARAMAGO, José (2007) *El hombre duplicado*. Punto de lectura. Buenos Aires.
——— ([1995] 2006) *Ensayo sobre la ceguera*. D. C.: De bolsillo. Bogotá.
SEN, Amartya (2000) *Desarrollo y libertad.* Planeta. Barcelona.
SERNA ARANGO, Julián y Carlos RINCÓN (2008) *La palabra como provocación Magia, versos y filosofemas*. Anthropos. Barcelona.
SERNA ARANGO, Julián (1990) *Borges y la filosofía*. Pereira, Gráficas Olimpia.
——— (1994) *Teoría del recorte del mundo en occidente*. Pereira, Gráficas Olimpia.
——— (2005) *La filosofía nace dos veces*. Anthropos. Barcelona.
——— (2007) *Ontologías alternativas*. Anthropos. Barcelona.
——— (2012) *Antítesis. Contra la inercia del pensar.* Ediciones sin nombre. México.
SÓFOCLES (2006) *Edipo rey. Edipo en colona. Antígona.* Editorial Tomo. México. Original: Edipo 430 a, n, e. Edipo en Colona, 406 a, n, e, y Antígona, 442 a, n, e.
——— (2007) *Edipo rey. Electra.* Longseller. Buenos Aires. Original: Edipo 430 a, n, e. y Electra, original 415 a, n, e.

Teller, Janne (2012) *Ven*. Planeta. Bogotá.
¿Tienen un significado los olvidos? En: http://www.plusesmas.com/memoria/mi_memoria_y_yo/tienen_un_significado_los_olvidos/565.html (Recuperado octubre del 2012.)
Una molécula que acaba con los olvidos (s. f.) http://www.yamelose.com/medicina/una-molecula-que-acaba-con-los-olvidos.html (Recuperado en octubre del 2012.)
Universidad Peruana de ciencias aplicadas (s. f.) *El libro de los olvidos*. En: http://www.upc.edu.pe/0/modulos/TIE/TIE_DetallarProducto.aspx?CAT=400&PRO=404 (Recuperado en diciembre de 2011.)
Virilio, Paul (1997) *El Cibermundo. La política de lo peor*. Cátedra. Madrid.
Watzlawick, Paul (1994) *El lenguaje del cambio*. Herder. Barcelona.
Zemelman, Hugo (2006) *El conocimiento como desafío posible*. Anthropos. México.
——— (1998) *Sujeto: existencia y potencia*. Anthropos. Barcelona.
——— (2002) *Necesidad de conciencia*. Anthropos. México.
Zuleta, Estanislao (1985) *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva y otros ensayos.* Procultura. Bogotá.

- Pensar una escuela accesible para todos
  Norberto Boggino
  Pablo Boggino
- Bullying blando, bullying duro y ciberbullying
  Nuevas violencias y consumos culturales
  Alejandro Castro Santander
  Cristina Reta Bravo
- Docentes privados, desafíos particulares
  Educación privada e inclusión social
  Martín Lucero
- Los alumnos de grado, ¿pueden crear conocimiento o solo reproducir?
  Hugo Darío Echevarría
  Gloria Vadori (comp.)
- Dispositivos y estrategias para el trabajo grupal en el aula
  El aprendizaje cooperativo en acción
  Daniel Stigliano
  Daniel Gentile
- Régimen Jurídico de las Instituciones Educativas de Gestión Privada
  Miguel Sedoff
- Padres Nuestros que están en las escuelas y otros ensayos
  Estanislao Antelo
- Cómo terminar con el aburrimiento y el fracaso en la escuela
  Piaget, la informática, los números y las cuentas
  Germán Rafael Gómez

He aquí un libro extraño, diferente y retador. Miguel Alberto González González ya nos tiene acostumbrados a propuestas escriturales heterodoxas, construidas a partir –retomo sus palabras– de muchas atalayas interpretativas y de muchos caleidoscopios hermenéuticos. Este nuevo libro tensa la cuerda, digamos, y explora los miedos y los olvidos, y no solo en el horizonte pedagógico que anuncia el título de la obra.

Este es un libro bello, de escritura cuidada, que se ofrece a los lectores como promesa de exploración humana, ontológica, intercultural y educativa. Frente a registros escriturales actualmente dominantes –sesudos informes de investigación, artículos científicos para revistas que congelan la experiencia y el devenir humanos– este libro ofrece una propuesta inteligente, lúcida, creativa, irreverente y solidaria.

José González-Monteagudo (PhD)
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Sevilla (España)

ISBN 978-950-808-857-4

Universidad Católica de Pereira
HomoSapiens Ediciones